

BOLETÍN

DE LA

ACADEMIA ARGENTINA

DE LETRAS

TOMO XXXIX. — N° 151-152

Enero-junio de 1974



BUENOS AIRES

1974

BOLETÍN DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

Director : FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ

SUMARIO

<i>Fallecimiento del señor académico don Manuel Peyrou.....</i>	7
BECCO, HORACIO J., <i>Bibliografía de don Manuel Peyrou.....</i>	9
<i>Fallecimiento del señor académico don Alfredo de la Guardia :</i>	
<i>Discurso del señor académico don Bernardo González Arrili... .</i>	11
BECCO, HORACIO J., <i>Bibliografía de don Alfredo de la Guardia... .</i>	15
BONET, CARMELO M., <i>La Facultad de Filosofía y Letras de mi tiempo</i>	19
DE LA GUARDIA, ALFREDO, <i>Larra : sátira y tragedia.....</i>	55
ESTRELLA GUTIÉRREZ, FERMÍN, <i>Guillermo Valencia.....</i>	91
ROHDE, JORGE MAX, <i>Dante en don Francisco de Quevedo.....</i>	101
Textos y Documentos :	
<i>Enmiendas y adiciones al Diccionario común de la Real Academia Española.....</i>	115
Acuerdos.....	169
Argentinismos.....	177
Noticias.....	195
<i>Publicaciones recibidas.....</i>	199

ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Presidente : DON ÁNGEL J. BATTISTESSA

Vicepresidente : DON FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ

Secretario general : DON JOSÉ LUIS LANUZA

Tesorero : DON BERNARDO GONZÁLEZ ARRILI

Don Roberto F. Giusti
Don Francisco Luis Bernárdez
Don Ricardo Sáenz-Hayes
Don Luis Alfonso
Don Jorge Luis Borges
Don Manuel Mujica Lainez
Don Atilio Dell'Oro Maíni
Don Alfonso de Laferrère
Don Jorge Max Rohde
Don Leonidas de Vedia
Don Eduardo Mallea
Don Carmelo M. Bonet
Don Miguel Ángel Cárcano
Don Osvaldo Loudet
Don Ricardo E. Molinari
Don Carlos Mastronardi

ACADÉMICOS CORRESPONDIENTES

- Don Alceu de Amoroso Lima (Brasil)
- Don Luis De Gásperi (Paraguay)
- Don Antonio de la Torre (República Argentina)
- Don Marcelo Bataillon (Francia)
- Don José María Pemán (España)
- Don Aurelio Miró Quesada (Perú)
- Don Elmano Cardim (Brasil)
- Don Julio César Chaves (Paraguay)
- Don Luis Beltrán Guerrero (Venezuela)
- Don D. Enrique Moreno Báez (España)
- Don Pedro Grases (Venezuela)
- Don Pedro Laín Entralgo (España)
- Don Rafael Lapesa (España)
- Don Francisco Monterde (México)
- Don Alonso Zamora Vicente (España)
- Don Orestes Di Lullo (República Argentina)
- Don Juan Draghi Lucero (República Argentina)
- Don Giacomo Devoto (Italia)
- Don Roberto García Pinto (República Argentina)
- Don Carlos Villafuerte (República Argentina)
- Don Emilio Carilla (República Argentina)
- Don Roger Caillois (Francia)
- Don Paulo Estevao de Berredo Carneiro (Brasil)
- Don Enrique Macaya Lahmann (Costa Rica)
- Don Alberto Wagner de Reyna (Perú)
- Don Ángel Rosenblat (Venezuela)
- Don Arturo Uslar Pietri (Venezuela)
- Don Ramón García-Pelayo y Groos (Francia)



Manuel Reyes

FALLECIMIENTO DEL SEÑOR ACADÉMICO DON MANUEL PEYROU

Con la muerte del señor académico de número don Manuel Peyrou, el 1º de enero de 1974, la Academia Argentina de Letras perdió a uno de sus calificados colegas. En la ceremonia del sepelio, cumplida en el Cementerio del Oeste, precediendo a otros oradores —el señor Antonio Requeni y el señor Alberto F. Rivas—, en nombre de esta Academia, nuestro colega don Jorge Luis Borges improvisó sentidas palabras referidas a las excelencias personales y literarias del periodista y escritor desaparecido. Los términos de esa semblanza no fueron fijados en aquel trance, y ello nos impide reproducirlos aquí a modo de explícito homenaje. En sus señalamientos biográficos y necrológicos los principales periódicos locales —así en los de *La Prensa*, a cuya redacción perteneció el extinto— destacaron la personalidad de este certero cronista y muy calificado narrador, nacido en San Nicolás de los Arroyos el 22 de mayo de 1902. En el anhelo de una ulterior recordación menos somera que la de estas líneas, la Academia Argentina de Letras actualiza el testimonio de los merecimientos del colega, asentando seguidamente lo esencial de una escueta pero expresiva bibliografía.

BIBLIOGRAFÍA DE DON MANUEL PEYROU

(1902-1974)

I. NARRATIVA

1) Cuentos

La espada dormida. Buenos Aires, Editorial Sur, 1944, 140 págs.

[Este volumen contiene los siguientes cuentos: *El agua del infierno*; *Muerte de sobremesa*; *La noche incompleta*; *Una espada en la orilla izquierda*; *La playa mágica*; *La espada dormida*].

La noche repetida. Buenos Aires, Emecé Editores, 1953, 167 págs. Colección Novelistas argentinos contemporáneos).

[Este volumen contiene los siguientes cuentos: *El señor Alcides*; *Muerte en el Riachuelo*; *El collar*; *Julieta y el mago*; *El sueño de Alejo Blochman*; *El busto*; *La desconocida*; *El juez*; *El jardín borrado*; *La noche repetida*].

El árbol de Judas. Buenos Aires, Emecé Editores, 1961, 177 págs. (Colección Selección Emecé de obras contemporáneas).

[Este volumen contiene los siguientes cuentos: *La Delfina*; *Nada*; *El matador*; *De este lado del arroyo del Medio*; *El árbol de Judas*].

2) Novelas

El estruendo de las rosas. Buenos Aires, Emecé Editores, 1948, 200 págs. (Colección Séptimo Círculo, volumen 48).

[Segunda edición, Buenos Aires, Compañía General Fabril Editora, 1969, 200 págs. (Colección Los libros del mirasol, número 203)].

Las leyes del juego. Buenos Aires, Emecé Editores, 1959, 303 págs. (Colección Novelistas argentinos contemporáneos).

- Acto y ceniza*. Buenos Aires, Emecé Editores, 1963, 384 págs. (Selección Emecé de obras contemporáneas).
- Se vuelven contra nosotros*. Buenos Aires, Emecé Editores, 1966, 364 págs. (Selección Emecé de obras contemporáneas).
- Marea de fervor*. Buenos Aires, Emecé Editores, 1967, 172 págs. (Selección Emecé de obras contemporáneas).
- El hijo rechazado*. Buenos Aires, Emecé Editores, 1969, 229 págs. (Selección Emecé de obras contemporáneas).

II. TRADUCCIONES

- Thunder of the Roses*. Introduced by Jorge Luis Borges. Translated by Donald Yates. New York, Herder and Herder, 1972, 170 págs.
- [Nota: Prólogo, p. VII-IX. Título original: *El estruendo de las rosas* (novela), 1948].

III. BIBLIOGRAFÍAS

- Bibliografía de Manuel Peyrou*. (En: Horacio Jorge Becco, *Cuentistas argentinos*, págs. 277-278. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, Ministerio de Educación y Justicia, Dirección General de Cultura, 1961).
- Manuel Peyrou*. (En: Susana N. Trevia Paz, *Contribución a la bibliografía del cuento fantástico en el siglo xx*, págs. 31-32. Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 1967. (Corresponde al número 29-30 de la *Bibliografía Argentina de Artes y Letras*. Compilaciones especiales).

HORACIO JORGE BECCO



Juan de la Puente

FALLECIMIENTO DEL SEÑOR ACADÉMICO DON ALFREDO DE LA GUARDIA

DISCURSO DEL SEÑOR ACADÉMICO DON BERNARDO GONZÁLEZ ARRILI

Hablo en nombre de la Academia Argentina de Letras para despedir los restos de su miembro de número y secretario general don Alfredo de la Guardia.

La Academia vuelve a experimentar el dolor de las despedidas apenas transcurrido un mes de la desaparición del académico Manuel Peyrou

La circunstancia de estar la Academia en receso duplicará el sentimiento de pesar entre sus miembros, la mayoría ausente de la Capital.

El elogio del colega desaparecido lo formulamos en mérito a todas las virtudes que lo adornaron, la bondad característica de su trato, el claro talento que empleó en sus obras literarias, periodísticas y educacionales. Durante años de la Guardia mantuvo una prédica levantada y valiosa como crítico teatral, procurando enaltecer la actividad de los autores, perfeccionar el oficio del actor, enderezar y guiar el buen criterio selectivo de los públicos espectadores. En este sentido lo realizado por el colega que acabamos de

perder, tiene un alto precio. Reconocerlo y fijarlo con exactitud será tarea tan necesaria como justiciera. Le añadirán los otros muchos méritos adquiridos como ensayista, sus estudios eruditos sobre escritores universales, su biografía crítica de Ricardo Rojas, sus glosas sabias a la obra de los dramaturgos románticos, su valoración ponderada de nuestro teatro nacional.

Tenía de la Guardia para lucimiento de cuanto sabía, que era mucho y bueno, la habilidad profesional del periodista trasladado al estilo del escritor. Manejaba una pluma ágil, era dueño de un idioma fino, daba a su prosa la entonación requerida por el asunto y la ocasión.

Cuando estudió la poesía dramática del Romanticismo descubrió que ésta fue “un culto a la Libertad” creado por un grupo audaz en el que figuraron “el poeta-combatiente y el héroe-poético” erigidos en “heraldos y en símbolos”. Ese culto de la Libertad fue el suyo, cada jornada renovado con sostenido entusiasmo, con firmísima convicción. Cuando habló de Byron, cuando trató a Ibsen, cuando estudió a Shakespeare, de la Guardia se detuvo con atenta delectación en el examen de la Libertad. Convencido demócrata, apareció en el grupo escogido de los ciudadanos que mantuvieron en alto las banderas humanas de la dignidad y del decoro.

Para nosotros esos méritos, reconocidos cuando se le designara académico, eran de tan sabidos olvidados, porque nuestra gratitud hacia este colega que despedimos habíase enderezado al reconocimiento diario, aunque silencioso, por su labor en la secretaría de la Institución. Fue uno de los grandes secretarios de la Academia, continuando con perfecta armonía lo cumplido por otros académicos llamados a

esa misma función honoraria, de compleja y delicada misión y trascendencia.

De tal manera, que no sólo lloramos la partida inesperada del amigo y colega, del periodista valioso y valiente, del escritor erudito, del estilista selecto, del académico que ocupaba con entera nobleza el sillón Martín Coronado, sino que notamos, con honda pena, que deja vacío el puesto de Secretario, desde el que realizó tanto, con su callada laboriosidad, su equitativo criterio, su bondadosa rectitud.

BIBLIOGRAFÍA DE DON ALFREDO DE LA GUARDIA

(1899-1974)

I. ENSAYOS

1) *Libros*

- García Lorca, persona y creación.* Buenos Aires, Editorial Sur, 1941, 330 págs.
[Otras ediciones: Buenos Aires, Editorial Schapire, 1944; 1952 y 1961, 419 págs.]
- El teatro contemporáneo.* Tomo primero. Buenos Aires, Editorial Schapire, 1945, 349 págs.
[Segunda edición, Buenos Aires, 1952, 349 págs.]
- Imagen del drama.* Buenos Aires, Editorial Schapire, 1953, 255 págs. (Colección Candilejas).
- El verdadero Byron.* Buenos Aires, Editorial Santiago Rueda, 1959, 1045 págs.
- La obra de arte dramático; concepción y técnica del autor teatral.* Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1963.
- Rodolfo González Pacheco.* Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, Ministerio de Educación y Justicia, Dirección General de Cultura, 1963, 136 págs. (Biblioteca del Sesquicentenario; Serie: Cuadernos culturales).
- Ricardo Rojas (1882-1957).* Buenos Aires, Editorial Schapire, 1967, 436 págs. (Colección Letras del Plata).
- Visión de la crítica dramática.* Buenos Aires, Editorial La Pléyade, 1970, 365 págs.
- Hay que humanizar el teatro.* Buenos Aires, Editorial La Pléyade, 1971, 107 págs.

Poesía dramática del Romanticismo. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1973, 508 págs. (Biblioteca de la Academia Argentina de Letras; Serie, Estudios Académicos, volumen XIV).

[En este libro reúne los siguientes ensayos: *Pasión y creación en Shelley*; *Tragedia en vida y teatro de John Keats*; *Kleist o el fracaso inmortal*; *Canto y desencanto de Grillparzer*; *Prisioneros y dramas de Silvio Pellico*; *Cumbres y declives de Víctor Hugo*; *Alejandro Dumas, titán de la novela y el melodrama*; *Peregrinación íntima de Alfredo de Musset*; *George Sand o a la inmortalidad por el amor*; *Balzac y su Comedia Humana*; *Stendhal y el demonio dramático*; *Espronceda, protagonista del Romanticismo español*; *Ética y estética de los dramas de José Mármol*.]

2) Folletos

El teatro de Ricardo Rojas. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Departamento Editorial, 1958, 16 págs.

[Separata de la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, V época, año III, número 3, julio-septiembre 1958, págs. 377-388].

Ollantay. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, Ministerio de Educación y Justicia, Subsecretaría de Cultura, 1964, 21 págs.

Discurso en su recepción académica. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1966, 36 págs.

[Separata del *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, Buenos Aires, tomo XXXI, número 121, págs. 369-398, 1966.

Véase, Discurso de don Fermín Estrella Gutiérrez en la recepción de don Alfredo de la Guardia, volumen citado, págs. 349-368].

Shakespeare, personaje dramático. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1966, 28 págs.

[Separata del *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, Buenos Aires, tomo XXXI, número 119, págs. 7-32, 1966].

Pirandello en el centenario de su nacimiento. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1968, 24 págs.

[Separata del *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, Buenos Aires, tomo XXXIII, número 127-128, págs. 61-76, 1968].

Dramaturgia de Francia y teatro en francés. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1969, 24 págs.

[Separata del *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, Buenos Aires, tomo XXXIV, número 133-134, págs. 269-287, 1969].

Discurso pronunciado en el sepelio del señor académico don José A. Oría. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1970, 8 págs.

[Separata del *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, Buenos Aires, tomo XXXV, número 135-136, págs. 23-27, 1970].

Gloria póstuma de Gustavo Adolfo Becquer (1870-1970). Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1970, 24 págs.

[Separata del *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, Buenos Aires, tomo XXXV, número 137-138, págs. 183-202, 1970].

Gustavo Adolfo Becquer, autor teatral. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1971, 24 págs.

[Separata del *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, Buenos Aires, tomo XXXVI, número 141-142, págs. 277-292, 1971].

Conrado Nalé Roxlo. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1972, 24 págs.

[Separata del *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, Buenos Aires, tomo XXXVII, número 145-146, págs. 247-262, 1973].

Guy de Maupassant, dramaturgo. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1973, 13 págs.

[Separata del *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, Buenos Aires, tomo XXXVIII, número 149-150, págs. 313-325, 1973].

II. NOVELA

Ensueño de Brujas. Buenos Aires, Editorial Siglo Veinte, 1958, 212 págs.

III. PRÓLOGOS Y EDICIONES

Antología del teatro francés contemporáneo. Estudio preliminar de Alfredo de la Guardia. Buenos Aires, Editorial Argonauta, 1945, 2 vols.

[Contienen: 439 y 457 págs.]

Anuario del teatro argentino. Dirección de Edmundo Guibourg. Compilación de Julio Imbert. Prólogo de Alfredo de la Guardia. Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 1969, 105 págs.

González Pacheco, Rodolfo. *Juana y Juan. Cuando aquí había reyes.* Presentación por Alfredo de la Guardia. Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1966, 81 págs. (Serie del Siglo y Medio, número 102).

Ibsen, Henrik. *Teatro selecto.* Traducción de D. J. Pérez Bances. Prólogo de Alfredo de la Guardia. Buenos Aires, Editorial El Ate-neo, 1959, 639 págs. (Colección Clásicos Inolvidables).

Nalé Roxlo, Conrado. *La cola de la sirena. El pacto de Cristina.* Introducción de Alfredo de la Guardia. Notas y vocabulario de Juan Carlos Pellegrini. Buenos Aires, Editorial Huemul, 1965, 155 págs. (Colección Clásicos Huemul, número 50).

[Segunda edición, 1966, 167 págs.]

Nalé Roxlo, Conrado. *Una viuda difícil. Judith y las rosas.* Introducción de Alfredo de la Guardia. Notas y vocabulario de Juan Carlos Pellegrini. Buenos Aires, Editorial Huemul, 1965, 172 págs. (Colección Clásicos Huemul, número 54).

Pérez Pardella, Agustín. *Savonarola. Strip-tease. No matarás. La vis-pera del alma.* Prólogo de Alfredo de la Guardia. Buenos Aires, Editorial Kraft, 1967, 202 págs.

Sánchez, Florencio. *La gringa y M'hijo el doctor.* Introducción por Alfredo de la Guardia. Notas de Carlos Ríos. Buenos Aires, Editorial Troquel, 1964, 153 págs. (Clásicos Troquel).

Urquiza, Juan José de. *Testimonios de la vida teatral argentina.* Prólogo de Alfredo de la Guardia. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, Ministerio de Cultura y Educación, Subsecretaría de Cultura, 1974, 265 págs.

LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE MI TIEMPO

SU CLIMA. SU GENTE

La Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires cuando me inscribí (año del Centenario) era muy joven aún y tenía pocos alumnos. Para más de un funcionario, hechura del profesionalismo utilitario de la época, no serviría para nada. Sin embargo había sido fundada y apadrinada por las más altas figuras intelectuales de esos días. Y ese origen ilustre la salvó cuando un ministro quiso desempeñar el papel de Herodes. Dicen que Mitre con su enorme prestigio y su autoridad la libró de tamaña herejía.

Había pocos estudiantes, pero eran, la mayoría, vocacionales, es decir, auténticos. Para el recién llegado que era yo, aquel puñado de hombres jóvenes me pareció, por su inteligencia y su cultura, excepcional. Entre ellos ambulaba Coriolano Alberini, empleado de la Biblioteca que nunca estaba en su puesto sino conversando en el "hall" o los corredores. En su infancia había sido una de las tantas víctimas de la "polio", flagelo de entonces. Le inutilizó las piernas y lo obligó a usar muletas que llegó a manejar con increíble destreza. Acostumbrado a esa desgracia la sobrellevó con risueño estoicismo. Lucía una hermosa

testa: facciones regulares y enérgicas, cabellera abundante ligeramente ondulada y cuidada con visible esmero. Alguna vez, con palabras de Darío, lo llamé "el vizconde rubio de los desafíos" porque tenía algo de espadachín: era temible como polemista por sus réplicas rápidas, irónicas, mordaces, quevedescas. Daban en el blanco. Cargadas de ingenio se repetían en los corrillos por lo epigramáticas y certeras. Todavía se recuerdan. Su deficiencia física no lo acomplejó. La superó leyendo con avidez, golosamente. Su dormitorio de casa humilde que visité estaba repleto de libros. Leía de todo, pero con preferencia filosofía, que fue su pasión, disciplina en que hubo pocos en el país, si es que los hubo, que pudieran aparearse con él. No era escritor: la prosa le salía un tanto envarada, seca, puro nervio, sin los algodones que brinda la retórica. Pero era un expositor brillante y un hombre de acción. Cuando años más tarde llegó al decanato, después de haberse distinguido como catedrático, demostró aptitudes de organizador poco comunes y sus decanatos (no se contentó con uno) se destacaron por sus realizaciones. Hasta sus enemigos (los de la pequeña política universitaria) lo reconocían y terminaban conquistados por su dialéctica y su "gobierno" de puertas abiertas. Era "político", pero de los constructivos, como Emilio Ravignani. Era psicólogo nato y además de estudio. Conocía a los hombres y sacaba partido de ese conocer. Tuvo amigos y enemigos como todo hombre que actúa con coraje y un cierto menosprecio por los que estorbaban su marcha.

También al ingresar a la Facultad atrajo mi atención Roberto Giusti. Era en ese entonces un muchacho espigado, de rostro saludable, de buen humor permanente (reflejo

de esa buena salud). De origen italiano, como Alberini: había nacido en Luca, ciudad todavía amurallada cuando la visité. Laborioso como buen italiano y como buen italiano aficionado a las pastas, al buen vino y a los toscanos, con todo lo cual fue desapareciendo la figura espigada de los años juveniles. Leyó mucho y escribió mucho con fluencia de periodista, pero de periodista de alto coturno, si es lícito expresarse así. Se especializó en la crítica literaria. Versado como el que más en letras europeas y argentinas, fue el crítico de su generación, valiente en sus juicios, siempre imparciales. Crítico precoz lo “descubrió” a Enrique Banchs cuando nadie sospechaba la riqueza lírica que atesoraba ese joven callado, tímido, triste, solitario que solía frecuentar la Facultad como estudiante pasivo. Fue político sin vocación y publicista con vocación. Y fue sobre todo, con Alfredo Bianchi, padre de ese admirable esfuerzo que era la revista *Nosotros*, un “milagro argentino”, un repertorio de la cultura argentina de esos años, obra de dos hombres pobres, de los quijotes que se salieron con la suya. La Academia Argentina de Letras con plena justicia lo incorporó a su seno, donde es una figura querida y respetada por todos.

Y por ahí andaba, por los corrillos de la Facultad, luciendo su prestancia física y su elegancia de aristócrata inglés, Álvaro Melián Lafinur, quien ocuparía años después, también él, un sillón académico. Escribía en *La Nación*, pero era más escritor que periodista. Atildado en su atuendo, fino en sus maneras, atildado en sus versos y en su prosa, más cerebral que efusivo. Rostro enérgico, de perfil “numismático”, hubiera dicho Larreta. Ojos azules, sonrisa triste, palabra ligeramente ceceosa. A raíz de su

muerte y por pedido de su diario, publiqué una semblanza. Sería, pues, redundante lo que dijera aquí.

Otros huéspedes o simples asistentes ocasionales solían acudir por las tardes a los corrillos de la Facultad que tenían algo de tertulia literaria o de cenáculo. Abundaban los periodistas (alguna vez vi en el grupo a Alberto Gerchunoff prodigando ingenio, a la par de Alberini, con su verba chispeante, con sus frases lentas, masticadas, nítidamente vocalizadas). Esporádicamente aparecían estudiantes de otras facultades (como Osvaldo Loudet, como Julio Noé, como Tomás Casares) y también oficinistas como Alfredo Bianchi, como Luis Mathatan, a quienes la vocación literaria los empujaba hacia ese rincón de Buenos Aires donde podían alternar con selenitas que padecían su misma enfermedad.

Un día me topé con un estudiante nuevo de modales corteses, de rostro sanguíneo, de ojos bondadosos. No pertenecía a nuestra cofradía y usaba galerita como los socios del Jockey Club. Me saludó con efusividad como si me conociera. Y es que me conocía de nombre. Era este nuevo discípulo Carlos Obligado, hijo mayor de Rafael Obligado, "el cantor del Paraná", el poeta, en décimas perfectas, del legendario Santos Vega. Don Rafael había sido miembro del tribunal que premió mi ensayo "Estirpe e idioma". Carlos lo conocía y me felicitó. Nos hicimos íntimos. Mozo rico me invitaba algunos días a almorzar en el Jockey Club, donde miraba suspenso su pinacoteca, conjunto de obras maestras, la maravilla de su escultura central, su lujosa "librería", lugar solitario donde era posible leer sin otra presencia humana. Toda una muestra de civilización que hordas regimentadas incendiarían y harían pedazos años después.

En una ocasión vi, solitario, con cara de pocos amigos, en una de las mesas del comedor, a Lisandro de la Torre, a quien yo admiraba y admiré siempre por su coraje, su talento y su hombría de bien. De noche solíamos cenar en el "centro", en restaurantes de categoría. Nunca Carlos me dejó abonar la "adición". Sospecharía lo magro de mi cartera. Otras noches, si el programa atraía, nos metíamos en algún teatro. Funcionaban excelentes compañías de comedia española. Eran los tiempos de María Guerrero, de Rosario Pino, de Catalina Bárcena. . . , y el Odeón el escenario preferido. Todo ese teatro me era familiar, merced a entradas de favor o de claqué que conseguía, no sé cómo ni dónde, mi hermano Emilio. De ese mismo origen eran las entradas a los de "género chico", a la sazón en su apogeo, con tiples llenas de gracia y de grasa y cómicos desopilantes como Rogelio Juárez, José Palmada, Félix Mesa y otros de menor cartel. Alguna noche Carlos, yo y algún compañero de Facultad, entrábamos al "Royal" u otros lugares "alegres" donde había poca ropa en las tablas y muchas calvas en la platea.

Al acercarse la época de los exámenes yo frecuentaba la residencia señorial de don Rafael, en la calle Juncal. Y allí, en su biblioteca, repasábamos, conversábamos, fumábamos. Él ponía su mucho saber de viajes y de lecturas no metodizadas, varios pocillos de café riquísimo y yo mis apuntes taquigráficos de algunas clases que nos servían como guías.

Cierta vez me invitó a pasar días en "El Castillo", un castillo levantado a orillas de un pequeño afluente del Paraná llamado Carpincho. El Paraná en ese paraje tenía anchura de mar: la otra orilla se perdía en el horizonte.

Era un lugar cargado de historia, pues, muy cerca se encontraba la Vuelta de Obligado con las "rotas cadenas" de la época de Rosas. Para un visitante moldeado y adulterado por la ciudad —mi caso— aquello era un "paraíso" y así se llamaba —se llama todavía—, la estación ferroviaria que sirve a esos campos ubérrimos cubiertos de chacras, de soberbios maizales, de montes de frutales y pastos siempre verdes.

Rodeando el edificio, emplazado en lo alto de la barranca, de arquitectura exótica, réplica de algún modelo europeo, había un parque con árboles "finos", obra, posiblemente de un parquista europeo. Y bajando la barranca se extendía una espesa maraña con árboles autóctonos, entre los que sobresalía, por la belleza de su flor, declarada "flor nacional", el ceibo (o seibo, según escribía el poeta de ese litoral). Esa maraña estaba poblada por muchedumbre de pájaros que iban y venían de las islas: algarabía de picos, policromía de alas. Por esos andurriales me gustaba vagar, escuchando a esos pájaros y tratando de localizarlos, pues parecían invisibles.

Conocí de cerca a los "castellanos": a don Rafael, a doña Isabel, su esposa, y a los hijos, Carlos y Jorge. Don Rafael parecía un hidalgo escapado de una pintura del Greco, con su barbilla en punta cenicienta. Era magro, amorenado por la vida al aire libre (según mentas había sido buen nadador) y buscaba en ese contacto con la naturaleza, con ésa que lo vio nacer, alivio para el asma que le amargó las postrimerías de su vida. Era un hombre llano, sin el menor empaque, de palabra tranquila, de maneras suaves, y doña Isabel la bondad personificada. La traté bastante allí y en su residencia porteña de Florida y Charcas.

Había en su sangre, como en muchos argentinos de la primera napa, ascendencia española: lo denunciaba su apellido: Gómez. Y por ahí (en país como éste, huérfano de prejuicios raciales), se filtrarían algunas gotas de sangre germana. Doña Isabel era muy blanca y de ojos tirando a claros, que habían heredado sus hijos. Ese lejano aporte alemán explicaría la germanofilia de Carlos durante la primera guerra mundial. Doña Isabel era católica, de un catolicismo activo, moralizante, que le proporcionaba clientela al cura de Ramallo. Cuando estuve allí, en una Semana Santa, se oficiaron misas al aire libre y se “regularizaron” muchas situaciones: se casaron parejas sólo ayuntadas, se repararon algunos entuertos ocasionados por el “germen disperso”, por la semilla que individuos desaprensivos esparcen por la campaña llenando de “guachos” el rancherío, delito social amparado por la impunidad.

Allí conocí a Jorge, el otro vástago del poeta. Bastante menor que Carlos no se parecían ni física ni espiritualmente. En ese entonces era delgado, con algo de árabe en su estampa. Había, como Carlos, heredado del padre y del ambiente que lo rodeaba, el amor a la poesía y escribió versos con chispa y perfección formal. Del árabe —es pura fantasía mía— tenía el nomadismo, un prurito incontenible de andar y andar. Vivió recorriendo mundo, caminos de Europa y no sé si también de Asia (por lo menos el propósito existió). Vivió sin mayor apego a su terruño, tan enraizado en su padre. Una tarde, mientras mirábamos en San Pedro, desde un balcón, un desfile de gentes del pueblo, me confesó que no le gustaba el tipo criollo. Prefería el blanco europeo, y años después, dejándose llevar por esa inclinación, se casó, fuera de su patria, con una

muchacha rubia, suiza de origen alemán; muy culta y muy bonita. De vuelta, ya en su tierra, no se entendieron y se separaron. Después se unió con una argentina, pero hija de norteamericanos y terminó radicándose en el país del Norte. No le interesaba, como a tantos compatriotas de formación europea, nuestro folklore, lo vernáculo, lo típico criollo. Era abúlico, inconstante, indeciso y como a muchos argentinos muy inteligentes, le flaqueaba la voluntad. Por eso, siendo estudiante, se atascó en una materia que no le gustaba y no terminó su bachillerato.

En alguna de sus frecuentes andanzas por el viejo mundo que efectuaba montado en una motocicleta, llevó a su grupa a otro andariego incansable, a otro Jorge, a Jorge Max Rohde, amigo entrañable de los Obligado. Rohde era entonces soltero y ocupaba un departamento en la calle Reconquista, donde acostumbraba reunirse con amigos de su misma feligresía. Era y es un estudioso de tenacidad germana. Vivió siempre entre libros e inmerso en un clima intelectual. Era y es un noble espíritu que mereció las altas distinciones que fue conquistando a través de los años. Incorporado a la diplomacia, residió mucho tiempo en el extranjero con María Esther, su esposa, satisfaciendo así sus ansias de conocer mundo y gentes hechas a un clima de altura. Cuando llegó a la Academia Argentina de Letras lo hizo respaldado por una impresionante producción literaria en la que alternaban lo argentino y lo universal. No hubo fronteras en su quehacer literario, pero la crítica fue su fuerte y Menéndez y Pelayo su "pontífice máximo". Siguiendo el magisterio del maestro santanderino, estudió la literatura de su patria a la luz de las "ideas estéticas", enfoque nuevo entre nosotros. Ade-

más, llenó muchas páginas con "Memorias", con experiencias de su vida tan poco sedentaria. Cuando joven rindió culto a la gaya ciencia e incursionó en el campo de la novela siguiendo la estela de Ángel de Estrada, otra de sus devociones.

Gracias a una invitación de Rohde pude conocer al autor de *Rendición*. Era de baja estatura, morocho y friolento (lo conocí en pleno invierno). Nos recibió en su residencia de la calle Bolívar, pegado a la estufa, una estufa a leña (las que utilizaban los ricos en esos inviernos). Y pegado a ella (como lo estaría Mallarmé junto a la de porcelana y rodeado de catecúmenos) hablaba y hablaba, y lo hacía con admirable fluidez y galanura. Pintaba con la palabra y narraba anécdotas e incidencias de su vida de trotamundos. El pequeño auditorio no chistaba encantado con ese decir natural de charlista nato. Sólo en García Sanchiz, el charlista por antonomasia, años después oí algo semejante. Murió en su ley: viajando, murió en la soledad de un camarote. La iglesia de San Ignacio, cuando su funeral, se llenó de amigos, de discípulos (muchos del Colegio Nacional Central) y de admiradores. Hubo en el país un esteta menos y un vacío más. Un vacío difícil de llenar.

Carlos Obligado fue siempre generoso conmigo y trató siempre de ayudarme y lo hizo con una delicadeza de caballero. Como no quería herir mi susceptibilidad, me encargaba tareas contables que yo, como perito mercantil estaba en condiciones de realizar. No era, pues, dádiva sino retribución de servicios. Su último favor, lo recibí en España, ya envejecidos los dos. Lo recibí de la manera más impensada. Como otras veces el azar se introdujo en

mi vida. Sucedió así: yo estaba de paso por España. Había ido partiendo de Inglaterra, donde estuve integrando una pequeña delegación de profesores de la Argentina: Dana Montaña, del Litoral; Edmundo Correas, de Mendoza, yo de Buenos Aires y Edgardo Niño (todavía estudiante) de Catamarca. Viajábamos merced a la munificencia de ese quijotesco "gentleman" que fue Millington Drake (ex embajador inglés en el Uruguay) vinculado con la Argentina por lazos de afecto y, creo, también de intereses. Había fundado en Londres el "Hudson Institute", albergue señorial de sus invitados, la mayoría rioplatenses o de países de habla hispana, la que el anfitrión hablaba correctamente.

Nunca supe por que vía me había llegado esa distinción. Lo cierto es que residimos en Londres en una mansión de varios pisos que ocupaba el Instituto y visitamos a costa del mismo universidades, museos, teatros, lugares históricos, el Parlamento, iglesias protestantes y católicas... y llegamos a conocer, todavía racionado y con las heridas de la guerra reciente no cicatrizadas, en toda su seriedad, estoicismo y autodisciplina al magnífico pueblo inglés.

Terminada nuestra excursión por el Reino Unido visitamos España, aprovechando una invitación que nos hiciera un ilustre compañero de hospedaje, Manuel Fraga Iribarne, en nombre de la institución española de cultura a la que estaba incorporado como dirigente. No habíamos estado, Niño y yo, nunca en España y nos complacía poder hacerlo en vísperas de nuestro retorno a la Argentina. Ante algunos escrúpulos, que manifestamos, por razones ideológicas, se nos prometió quitar a la visita todo trasfondo político, promesa que se cumplió estrictamente. Inicié

el paseo con Niño, excelente compañero de ruta, y se nos alojó en uno de los grandes hoteles madrileños. Visitamos Toledo, Badajoz, el Escorial y la zona andaluza, en especial Sevilla. Finalmente, regresamos por el puerto de Bilbao.

Y bien: estando en Sevilla, recorriéndola con avidez y curiosidad de turistas hispanófilos, al entrar en su catedral nos cruzamos con Carlos Obligado, que en ese momento salía. Estupor en ambos. Un abrazo, algunas explicaciones cortadas, elípticas, sobre el casual encuentro. . . , y en seguida una invitación de Carlos a almorzar con él esa misma mañana, pues al día siguiente se embarcaría en Cádiz rumbo a la patria.

El hotel era una maravilla, un palacio levantado en época de esplendor por una nobleza venida a menos, y destinado, como muchos en España, a la prosaica y útil función de dar de comer. La Giralda estaba a un paso y muy cerca el barrio Santa Cruz con sus patios de ensueño revestidos de mayólicas, con sus aljibes moriscos y la pulcritud de toda Andalucía. El hotel era muy grande. Lo exornaban y daban sombra espaciosas galerías provistas de cuadros y esculturas; y en su enorme patio conventual había albercas y surtidores musicales como los del Alcázar, y perfumes difusos de claveles, de azahares, de alhucemas. De tiempo en tiempo se oía un "jipío" agareno, penetrante, que venía de lejos, acaso de la gitanería asentada a orilla del Guadalquivir.

Almorzamos, como en el mejor hotel de los modernos, platos típicos, rociados con vinos dulzones, de esos que traidoramente "suben a la cabeza". Almorzamos en medio de una charla gustosa y alegre y del humo de los habanos

que Carlos fumaba con fruición. Dé' pronto, como sospechando que yo andaría necesitado de pesetas (y era la "purísima") extrajo la billetera y me preguntó cuántas quería, simulando que, aceptándolas yo, le hacía un favor, pues siendo inminente su retorno a Buenos Aires no las iba a precisar.

Naturalmente acepté: me venían de perlas. En ese entonces el dinero argentino no se cotizaba en ninguna parte y era el único que me quedaba. Ya de regreso pasamos por Madrid. Dejamos el hotel como dos pícaros, casi a escondidas, para esquivar las abultadas y multiplicadas propinas de los hoteles de lujo, y el horno no estaba para bollos. Salimos rumbo a Bilbao, de donde partiría al día siguiente el barco argentino que en esos días se hallaba en Southampton, una de sus escalas. Pero la confianza mata al hombre tanto como la desconfianza. Confiados en que no sufriría modificación la fecha prefijada, invertimos en compras, no todas necesarias, las pesetas que Carlos me facilitara, y nos alojamos, creíamos que por pocas horas, en un modesto hospedaje donde "toda incomodidad tenía su asiento". Hacía mucho frío y no funcionaba la calefacción y la comida era mala y escasa. Lo único reconfortante era la vasquita que nos atendió y que nos recordaba a una Imperio Argentina juvenil.

Al día siguiente casi nos desmayamos al enterarnos de que el navío seguía amarrado en el puerto inglés por un desperfecto en las máquinas. El pobre era chatarra sobreviviente de la pasada guerra, uno de esos barcos que habían servidos a los aliados para trasladar soldados a la infernal hoguera, ahora cansado y obsoleto.

Ya sin blanca o poco menos combatíamos el frío con

largas caminatas por las calles de Bilbao, rectas y limpias como la gente vascongada; y combatíamos la hambruna embuchando castañas asadas que se vendían en puestos callejeros. Pasó otro día y el "drama" se agudizó, pues el barco no había podido zarpar, superar su invalidez. Se me ocurrió entonces pedir auxilio, despachar un cable a Madrid a pesar de ser ese día, un sábado, día no laborable en las Cortes, lugar de trabajo de nuestro protector. Ya estábamos dispuestos a liquidar a cualquier precio lo que guardábamos en las valijas, pero no fue necesario: el S.O.S. llegó a destino y a tiempo. Fraga Iribarne, enterado de nuestra situación de náufragos, nos tendió la mano con su gentileza habitual, enviando a un emisario que nos sacó de apuros. Finalmente, todo salió bien. El ya achacoso sobreviviente de la tremenda contienda ancló en los muelles de la ciudad de Unamuno y esa noche dormimos tranquilos acunados por las inquietas olas del Cantábrico.

En Buenos Aires, todavía en el puerto, oímos como despertando de un sueño, "slogans" y estribillos que nos eran familiares y que difundían radios y alto parlantes, lo que me hizo pensar que nada había cambiado. Por supuesto, mi primera diligencia fue devolver a Carlos el préstamo providencial de Sevilla y agradecer la "gauchada".

Vendía salud y se jactaba de ello. "Nunca he estado enfermo" me dijo alguna vez. Y como suele ocurrir en las personas muy sanas, el roble cayó de golpe, inesperadamente y lo más triste en medio de la soledad. Estaba solo cuando se produjo el colapso, solo en su departamento de la calle Callao. Su esposa, Lucy Nazar Anchorena, había fallecido años atrás. Todavía estaba fresca la tinta con que el poeta la había exaltado en versos elegíacos de ro-

mántico lirismo y clásica perfección formal. Y el resto de su familia se hallaba ausente, pues ninguno sospecharía la inminencia de tan luctuoso desenlace. Sentí el vacío. Eran muchos años de amistad sin grietas, sin retaceos, a pesar de ocupar posiciones antagónicas en cuestiones pasajeras como son las políticas. Desahugué mi congoja en unas líneas de recuerdo y homenaje que se publicaron en el *Boletín de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares*, repartición pública que durante años había dirigido y desde la cual hizo, sin discriminaciones, mucho bien a los escritores que necesitaban ese apoyo estatal.

Otro condiscípulo de la Facultad a quien me unió una amistad fraterna, que duraría toda la vida, fue Luis Matharan. Era entrerriano, de ascendencia vasco francesa, flaco y feo. En su infancia había vivido en el campo. Le gustaba esa vida y el paisaje de su provincia, y era baquiano en faenas rurales de tipo casero. Se notaba en su hablar un dejo ruralista, apaisanado que nunca trató de ocultar.

Muy lector y muy inteligente. Oí decir a su respecto que un ministro de Alvear, Antonio Sagarna (quien había conocido en carne propia los rigores de la pobreza), también entrerriano, no le fue esquivo en su ayuda. En Sagarna estos gestos eran comunes, este tender la mano a estudiosos que luchaban con dificultades económicas o ambientales. Matharan siempre tuvo para Sagarna palabras de agradecido.

En Buenos Aires, como tantos provincianos que deseaban estudiar, buscó sostén en un empleo público y empezó a vegetar en una oficina de la Municipalidad. Fue entonces cuando se inscribió en "nuestra" Facultad. Allí nos

conocimos. Y allí también lo conoció Emilio Ravignani, hombre activísimo, múltiple, generoso, abogado, político, historiador, catedrático, publicista... Su capacidad de trabajo era sorprendente. Ravignani se desempeñaba entonces como secretario de Hacienda en la intendencia de Carlos Noel y cuando supo que ese muchacho un tanto retraído con el que se codeaba en la Facultad, tan culto, tan versado en humanidades, era un empleado del montón en la Municipalidad, lo sacó de ese anonimato y le dio un cargo jerárquico acorde con sus merecimientos. Y Matharan no lo defraudó, pues fue un funcionario probo, diligente, responsable. Pero los méritos a veces no bastan en la vida burocrática. Vino un cambio político y en ese "avatar" cayeron justos y pecadores y la Intendencia perdió a uno de sus mejores elementos.

A esta altura de su vida Luis se había casado. Lo había hecho con una dulce discípula de fina sensibilidad y clara inteligencia, Mercedes Daus ("Mechita" le decíamos sus compañeros de promoción). Habitaban en una modesta casa de Villa Devoto en cuyo fondo se había instalado una enorme pajarera en la que su dueño coleccionaba ejemplares que le recordaban con su algarabía las mañanas y las tardes de su pago entrerriano. Otro "amor" eran los perros. Y su ruralismo asomaba, además, en una huertita que cultivaba en sus horas libres. Allí, entre árboles, flores, pájaros y perros y el arrimo silencioso y cálido de su Mercedes, tuvo dos hijas de calidad poco frecuente y ambiente para frecuentación de sus autores dilectos. Había sido en la Facultad uno de los más aventajados estudiantes de latín. Horacio era una de sus devociones y lo leía no en traducciones como la mayoría sino en el idioma

original. Otra devoción fueron, a pesar de ser tan distintos, dos altos poetas italianos: Leopardi y Carducci, a quienes también leía en su idioma. Y como vivía leyendo y nada de lo humano le era ajeno, le resultaban familiares las grandes figuras de la literatura universal. Y bien: a pesar de todo ese saber no había terminado su carrera, pues, como él decía, le faltaba "pique". Se entregaba a un cómodo escepticismo, que se traducía en abulia, en "noncuranza". Debía rendir dos o tres materias finales. Sus amigos lo empujábamos, lo alentábamos, lo "cargábamos". Pero él se mantenía en su abúlica indiferencia. Fue necesario, para vencer su apatía, el pedido estimulante de lo que parecía más débil: la compañera "dulce y silenciosa". A Mercedes le molestaría que Luis quedase rezagado cuando otros con menos condiciones se abrían camino, iban escalando peldaños. Cedió finalmente: rindió sin esfuerzo las asignaturas que le faltaban y ganó cátedras que serían un sostén económico y un sostén espiritual.

Nos parecíamos mucho, sobre todo por nuestros defectos y por eso nos comprendíamos y no hubo secretos entre nosotros. Desde los días en que ambos éramos estudiantes nos veíamos con harta frecuencia. Él vivía en el barrio sud con sus hermanas y sobrinos y yo en Lomas de Zamora, pero tenía mis ocupaciones en el barrio Norte, en el subsuelo de un "petit hotel" de la calle Charcas. Y allí acudía Luis casi todas las tardes después de sus tareas burocráticas. Iba a charlar. Le gustaba charlar y lo hacía muy bien. Luego salíamos a caminar, imitando a los peripatéticos de nuestras lecturas, sin rumbo fijo, pero, por misterioso imán, terminábamos recalando en el refugio de la calle Viamonte con la esperanza no confesada, de en-

contrar en él a las que en esa sazón eran nuestras “simpatías”. En la Facultad ambos teníamos, además, otros alicientes: amistad, cordialidad y ambiente propicio para satisfacer apetencias vocacionales. Todo lo demás importaba poco.

En la zona sud vivían, si bien transitoriamente, otros condiscípulos: el correntino Florián Oliver (en Bánfield) y con él Jacinto Cúccaro, nacido en la Italia meridional, traído de muy pequeño y formado en Río Cuarto. Los dos eran maestros y por lo tanto muy pobres. Oliver cuando se acercaba el fin de mes, pignoraba el revólver y con ese dinerito pagaba la pensión. Recuperaba el arma cuando recibía su sueldo de maestro. Ese juego se repetía todos los meses.

También en el sud (en Adrogué) residía entonces, o veraneaba, Tomás Casares. Abogado, prefería a picar pleitos (¿lo hizo alguna vez?) entregarse a las especulaciones filosóficas y llegó a ser, todavía con aspecto juvenil, profesor de filosofía en la Facultad. Hombre íntegro, servicial, talentoso, estudiaba y descansaba en una hermosa casa quinta y en ella pasamos, algunos de sus amigos, buenos momentos. Yo tenía como chifladura casi obsesiva el problema del pauperismo en el mundo (era lector apasionado de Henry George, “el profeta de San Francisco”). Por eso en un almuerzo a que fui invitado, el anfitrión, bienhumorado como siempre, puso a mis alcances un enorme pan como contribución al alivio de ese flagelo social.

Era amigo —o lo había sido— del futuro presidente de la Corte Suprema, Jorge Piacentini, emparentado con los Mitre, un lindo muchacho vivaz, inteligente y de espíritu aventurero. Frecuentaba la Facultad y se casó con

una de las alumnas. Tenía estampa de galán de cine y fue entre nosotros uno de los pioneros de esa industria en esos años naciente. Dirigió una película en la que abundaban, como en muchas de hoy, las trompadas y otras formas de la violencia. Faltó oficio, faltó dinero, faltó madurez y nuestro amigo fundió los pesos de que disponía. Su espíritu aventurero lo empujó, a raíz de ese fracaso, hacia la Patagonia, donde pensaba hacerse rico cazando fieras. . . , y “corrió la liebre”. Después viajó por el extranjero: ganó mucho, perdió mucho. Hedonista, donjuán, laborioso, vivió intensamente. Y este ejemplar humano de fuerte personalidad —¡zancadillas del destino!— tuvo un final lamentable: postrado en una silla de ruedas cruzaba de una acera a la otra y recorría la calle Santa Fe, que era su calle. “No somos nada”.

Como lo había hecho con Obligado —sus escapadas a Europa nos apartaron un poco— dediqué algunos domingos, acompañado ahora por Matharan y algún otro amigo, a visitar teatros. Era extraordinaria, por su calidad y profusión, la actividad teatral de Buenos Aires. Las mejores compañías líricas del mundo actuaban en el Colón y en el Ópera, teatro que se demolió, y fue una lástima, para levantar en ese solar, un cine monumental. En el Politeama representaba obras de Shakespeare ese monstruo de la escena que era Ermete Zaccone; el Coliseo lo ocupaba una compañía italiana de operetas en la que brillaba una “vedette” austriaca, hermosa y apicarada que hacía las delicias de un público nada mojigato que colmaba la sala; en el Argentino —ya un barracón— el bufo inimitable, Florencio Parravicini, sembraba el teatro de carcajadas con su “vis cómica” irrestañable y sus desvíos hacia el doble

sentido que tanto engolosinaba al auditorio femenino; en el Teatro Nuevo, Roberto Casaux divertía con sus grotescos tan humanos y tan porteños.

Y había zarzuelas españolas, como hoy en el teatro Avenida, sainetes en el Apolo, en el Nacional, en el Mayo, con los hermanos Ratti, con Pomar y Vittone, con Muiño y Alippi, parejas inolvidables y con intérpretes españoles de la misma cuerda. Esto es sólo una parte de lo que nuestras secas finanzas nos permitían ver y oír, y no siempre desde la platea.

El tiempo hizo lo suyo: encaneció nuestras sienes y raleó algunas cabezas. Ya casado Cúccaro, Matharan y yo, por iniciativa del primero nos afincamos en un rincón serrano de Córdoba, de "traslasierra", en Villa de las Rosas. Allí levantamos con muy pocos pesos refugios rurales, formando "el barrio de los doctores", como lo llamaban los vecinos. Y Córdoba nos brindó, generosa, cielos de azul purísimo, noches consteladas de estrellas, espesa fronda poblada de pájaros, y a Cúccaro, en el fondo de su predio, un hilo de agua travieso y "nemoroso" que se utilizaba para baños. Allí veraneábamos con nuestras respectivas esposas. Las tres habían sido alumnas de la Facultad, de modo que hablábamos todos el mismo lenguaje y teníamos recuerdos comunes. Hubo alegría en los hogares, Jacinto y yo éramos profesores en la Facultad, Matharan había normalizado su situación con varias cátedras en institutos de segunda enseñanza, y las tres mujeres, dedicadas también a la docencia, ganaban para sus "alfileres".

Cúccaro, como italiano auténtico, se comía las eses y parvas de tallarines remojadas con vino Champaqui.. El vino le servía para saber cómo andaba de presión. Si be-

bido un litro no había novedades quedaba tranquilo . . . , y ¡adelante! Y digería, además de pastas, platos criollos y todo ello matizado con periódicas lecturas de Benedetto Croce. Matharan seguía fiel a sus latines: para el brocal del pozo de su casa acuñó unas frases en el idioma de Cicerón que la intemperie ha respetado. Por las mañanas solía arrimarse a un boliche esquinero para conversar, delante de un vasito de vino, con su dueño o parroquianos. Le gustaba ese contacto con la gente del lugar, sencilla y sin trastienda. Yo en mi solar plantaba árboles, mataba hormigas, escuchaba a los pájaros, inundaba las cuevas de los tucutucus y perdía el tiempo enfrascado en una tarea inofensiva e inoperante: la de hilvanar palabras.

Esta eglógica vida terminó mal: con el deceso sorprendente de Jacinto, víctima de un infarto. Su familia había regresado a San Martín donde vivía. Se hallaba solo cuando sobrevino el ataque. Al saberlo los vecinos acudimos en su ayuda, pero ya nada había que hacer. Falleció a mi lado, en un auto, mientras lo llevábamos a un sanatorio de Villa Dolores.

• Parecido final, por lo inesperado, le tocó a Matharan poco después, en su departamento de Buenos Aires. Había perdido a su Mercedes que se fue del mundo como había vivido, silenciosa y dulcemente y refugiada en la religión. Luis quedó quebrado, vencido. Nunca su salud había sido floreciente y este golpe acabó con sus reservas vitales.

Meses después celebramos un hecho que hubiera halagado a su compañera, como halagó a sus amigos: Osvaldo Loudet, rector del Colegio Libre de Segunda Enseñanza, lo había nombrado vicerrector. Con ese motivo hubo un ágape y a todos nos pareció acertadísima la designación,

que el agasajado agradeció con palabras entrecortadas por la emoción. El premio le llegó tarde: ya estaba herido de muerte. Él lo sabía y quiso rendir un homenaje a la amada "dulce y silenciosa" que había compartido su vida, y lo hizo reeditando su libro de versos juveniles y agregando otros nostálgicos, elegíacos, penetrados de conmovedora ternura.

Luis murió tranquilo, rodeado de los suyos. Y yo hice lo que nunca hubiera querido porque no me tenía confianza: hablé en el cementerio. Quise despedirlo y como lo presentía aquello fue deplorable. Cuando me vi frente al ataúd, a aquella caja negra que contenía el cuerpo descarnado del gran amigo, del confidente en las buenas y en las malas de toda una vida, se me aflojaron las rodillas, se me anudó la garganta, perdí mi serenidad habitual y me dominó la congoja hasta las lágrimas.

Fue buen poeta, pero inactual. Impregnado de cultura clásica escribió versos ortodoxos, académicos. Y sólo cuando el dolor rompió esos esquemas dejó fluir la lava romántica que dormía en su corazón. Y fue buen prosista, pero nadie lo supo. Escribió cuentos de ambiente serrano: paisajes, anécdotas y gentes de la zona que conoció y lo hizo con una prosa muy trabajada y rica, pero nadie lo supo. Se habrá perdido. Su modestia excesiva la dejó perder.

El día del sepelio llegué a mi casa muy cansado. Puse al espíritu en "punto muerto", dí licencia a mis fantasmas, a los que me acompañan en mi soledad, dejé a las palabras "en libertad", a esas que torturo por simple pasatiempo, y me eché a dormir. No podía hacer otra cosa.

Continúo revisando mi pasado, el relacionado con mi

tránsito por la Facultad. Soslayo, por razones obvias, lo más íntimo: campo vedado, "hortus conclusus". En mis primeras andanzas llamaron mi atención dos condiscípulas que formaban un perfecto contraste: una rubia y la otra morena, como en las novelas de Carlota Braemé que había leído en mi adolescencia. Quiero nombrarlas.

La rubia era una belleza. Se llamaba Gisberta Smith, casada con un mozo de apellido alemán que falleció en plena juventud. Era una belleza de probable origen irlandés: ojos celestes, cabellos de fibra finísima, voz suave y esbeltez de reina, de reina de cuentos de hadas. Y eso escribía: cuentos de hadas, cuentos para niños (ella que no los tenía) que publicaba en *La Prensa*. Se sabía hermosa y explotaba ese privilegio con una coquetería discreta que nunca pasaba de ahí, pues era más cerebral que apasionada. Vivía en un coqueto departamentito de la avenida Callao, donde daba clases de cultura general a chicas "bien" que la necesitaban.

Cuando nos visitó Amado Nervo como diplomático de su país, ya sentenciado por una seria enfermedad, se le hizo un homenaje en la Escuela Normal de la calle Córdoba y en su sala magna, repleta de delantales blancos, Gisberta, con voz casi aññada le dio la bienvenida y el poeta místico pagano de *La amada inmóvil* agradeció con un poema recitado a media voz, y una improvisación que nos conmovió a todos. Sabía decir.

Poco después terminaba sus días en Montevideo, en la cama de un sanatorio, rodeado de amigos y admiradores, entre los cuales figuró nuestro Pedro Miguel Obligado como representante de la lírica argentina.

La morena se llamaba Lidia Peradotto. Era una morena

italiana: tez canela, ojos negros brillantes, cabellera oscura, maneras sosegadas sin vestigios de la fogosidad meridional. Parecía una monja, una monja laica liberada de todo devaneo sentimental. Su palabra era mansa, tranquila, lenta, con una prosodia que denota que su castellano, correctísimo, no lo había “mamado” sino aprendido. Según es común en los extranjeros que lo hablan muy bien, lo vocalizaba fuertemente y era inocultable el idioma natal. Estudiosa, talentosa, sin asomos de coquetería, risueña, pero espiritualmente seria, era la única mujer que había llegado, en nuestra Facultad, a la cátedra universitaria, una cátedra de Lógica que desempeñó muchos años y siempre con ejemplar dedicación e idoneidad.

También solían frecuentar nuestra casa algunos personajes pintorescos, “locos lindos”, “fumistas” y simpáticos, como un entrerriano que se hacía llamar “vizconde”, un bohemio perfecto. Había paseado su bohemia por caminos de Francia como un “mochilero” moderno. Era inteligente y despreocupado y se complacía en *épater* con despropósitos verbales o actitudes inusitadas. Cuando visitaba Buenos Aires sabía arrimarse a la Facultad donde todos lo conocían. Una tarde se “paseaba” por el “hall” con Carlos Obligado y alguien (acaso el mismo Obligado) dejó caer como al descuido un billete de cien pesos, suma entonces nada despreciable. El “vizconde” a quien esos pesos le harían mucha falta, no se inmutó y orgulloso como un hidalgo no se molestó en recogerlo. Lo veía y lo dejaba y seguía conversando. Cuando pasó a mi lado se estaba refiriendo desde su Olimpo al “gallego” Cervantes (!). Gozaba con estas “boutades”. Lleno de recursos de novela picaresca y de experiencia de vida adqui-

rida en el roce con toda clase de gentes, obtuvo años después un puesto oficial en Francia, vinculado, creo, con la diplomacia argentina. Ya canoso, ya jubilado, ya burguesamente instalado en su país, dio una charla en el nuevo teatro San Martín, de Buenos Aires. Asistimos viejos amigos y mucho público. Era el de siempre. Su grajejo provinciano se conservaba intacto. El "vizconde" sobrevivía en ese hombretón con aspecto de burócrata bien comido.

En el mismo "hall" de la Facultad, sentado siempre en uno de sus bancos, conversaba displicente otro "fumista" de talento. Era un mozo de "apellido". Muy cerca de ese banco parloteaba el bullicioso enjambre femenino y nunca vi que se acercase a ninguna de las muchachas. ¿Misoginia? No. Por lo que sabía de él no había tal misoginia. Tal vez fuera timidez, una timidez que disimulaba diciendo que las conquistaba con el desdén. Era su método. Nunca supe qué hacía allí, si era alumno o no lo era. No asistía a las clases, no rendía exámenes. Pero sin duda era un estudioso, un conocedor de las literaturas madres. Lo demostró en una conferencia que dio —caso insólito en un franco tirador— en el aula magna con una "cancha", una versación y dominio de sí mismo que no suponíamos sus compañeros de tertulia.

Pasaron varios años y mucha agua debajo de los puentes. La vida me brindó encantos y desencantos y el tiempo "con sus mudanzas" me mostró el envés de mucha gente: lo auténtico y lo ficticio y me enseñó a calibrar mis posibilidades y mis limitaciones. Estas limitaciones fueron aumentando o acentuándose con el decurso de los años, colocaron en su justo nivel viejas ambiciones y me

sumieron en una prudente modestia. Y me hice una filosofía de bolsillo fundada en el “conócete a ti mismo”, con su moral, la del paisano estoico: “traga amargo y escupe dulce”. No es fácil, pero no imposible. Para eso hay que comprender a los demás y perdonar, perdonar siempre. Eso satisface a Jesús.

Volviendo a mis fantasmas: He dicho más de una vez que siempre me ha gustado el ambiente de mi Facultad. Ya profesor y funcionario de la misma, muchas tardes recluso en mi despacho de burócrata, mientras ojeaba y hojeaba expedientes de tapas amarillas, me detenía a escuchar, nostálgico, el charladero del “hall” y los corredores, babélica mezcla de voces juveniles y de risas... *¡O tempora, o mores!* Y evocaba entonces un pasado, como el manriqueño, *mejor*. Lo más feliz de mi vida estaba encapsulado entre esas paredes.

Por esos patios y corredores anduvieron con su carga de ensueños, de ilusiones, de esperanzas, de penas y alegrías, amigas y amigos dilectos, algunos de los cuales he nombrado en líneas anteriores.

Y por allí también anduvieron profesores queridos y admirados que fueron mis maestros y guías. Había en el elenco docente argentinos y extranjeros. A algunos no alcancé a conocer: pertenecían a la generación “pionera”. Otros, todavía en actividad, formaban la “guardia vieja” y otros pertenecían a los años de transición: eran hijos los más de la Reforma universitaria del año 18. Entre los extranjeros siempre hubo contratados y de alta calidad: franceses, alemanes, italianos, españoles. Pero esa calidad también se dio en los argentinos. De éstos voy a nombrar, en primer término, a don Rodolfo Rivarola, ex-decano y

profesor de ética y metafísica, un profesor que pensaba “con su cabeza”, o más exactamente, que “repensaba” como lo hacía Montaigne y siglos después nuestro Vaz Ferreira —que repensaba lo que había leído y ya “peptonizado” lo transmitía a los alumnos; no lo repetía servilmente como los catedráticos sin personalidad.

Rivarola tenía los ojos saltones, hablaba sin apuntes, como pensando en voz alta, mientras caminaba por un costado del aula, con aire cansino como de enfermo. . . y pasó los ochenta. Exponía con palabra precisa, medida y lentitud episcopal. Escuchaba benevolente a sus alumnos, pero no polemizaba, no discutía. Prefería, aunque se equivocasen, que pensarán también ellos “con su cabeza”.

Enseñaba literatura Calixto Oyuela: enjutez quijotesca, ojos vivísimos, como si su rica vida interior se hubiera concentrado en ellos. Parecía salido de un libro de caballerías, pero buscaba sostén y abrigo en las páginas ejemplares de un moderno, el ciclópeo Menéndez y Pelayo al que conocía de pe a pa. Ascético, descarnado, nervioso, posiblemente irritable. Así sería, se me ocurre, Fray Luis de León, otra de sus devociones.

¿Y qué decir de ese viejo admirable que era Francisco Capello? Lo queríamos porque era para nosotros el sabio auténtico, sin empaque, sin “parada”, casi doméstico. Después de su clase tomaba el tranvía en Viamonte y San Martín, y si nos encontraba recién trepados al vehículo como él, se empeñaba en pagarnos el boleto. Acostumbraba visitar el mercado del Plata, pues era comilón y excelente cocinero. Los domingos solía recibir a algunos alumnos para almorzar. Dicen que revolvía el arroz y enhorquillaba los espaguetis frente a una *Iliada* colocada en un atril, y

dicen que se complacía en preparar platos homéricos... naturalmente incomibles. Pero han de ser habladurías. En clase era difícil seguirlo. Verboso y con un castellano correcto, pero de fuerte acento italiano, explicaba mientras llenaba el pizarrón de palabras ilustres y su ropa de polvillo de tiza. Para mí, para mi ignorancia casi total de la materia, "todo aquello era griego".

En otro sector del saber sobresalía Alejandro Korn, médico psiquiatra que se hizo disertar en doctrinas filosóficas. Las enseñaba con un ligero tartamudeo que nunca lo molestó para transmitir ideas hondas y afiladas. Tenía algo de latino: la sonrisa fácil y el enojo fácil. Cierta vez, perdido el control, ignoro por qué, saliendo de la sala de profesores le oí palabras fuertes dirigidas a un colega teatral, pero inofensivo. El aludido también salía y agarrándose la cabeza exclamaba: ¡el Apocalipsis, el Apocalipsis! Y es que también los filósofos suelen tener sangre torera.

Dejó discípulos fervorosos: el más adicto Francisco Romero y murió a la manera socrática, pero sin cicuta, rodeado, como el maestro, de discípulos, sin que esto signifique, naturalmente, pensar en paralelismo, muerte que quedó documentada en un enorme óleo de dudoso gusto.

Christofredo Jakob era un alemanote cargado de sabiduría y de vitalidad. Enseñaba Biología, asignatura que sólo aprovechaban los que venían de la Facultad de Medicina, pero que él con su brío y su sonriente simpatía hacía potable a los que carecíamos de esa base científica. Para nosotros se trataba de un sabio de veras. Buscaba el secreto de la vida escudriñando en las circunvoluciones del cerebro y emulsionaba esa pesquisa con una extraña metafísica (extraña para nosotros, los turistas en esa selva).

Como en muchos alemanes de alto nivel, se ayuntaban el hombre de ciencia y el artista: manejaba el bistori y tocaba muy bien el piano. Además le gustaba bromear y escalar montañas. Era andinista. "Descansaba" de sus trabajos de laboratorio y de cátedra tomando un avión rumbo a la cordillera y haciendo excursiones por las vecindades del Tronador. En una de esas excursiones —oí decir— el pianista perdió, helado, uno de sus dedos. Fue una mala jugada del destino.

Ernesto Quesada también pertenecía a la Guardia Vieja. Eran los años de la primera guerra mundial y don Ernesto resultó un germanófilo total. Hasta su aspecto físico respondía a esa posición. Corpulento como un bávaro, usaba bigotes y corte de pelo a lo káiser. Muy germana su capacidad de trabajo. Su erudición era abrumadora. Sus monografías se transformaban en abultados volúmenes, preñadas de citas y transcripciones. No era simpático, pero, sin duda, excelente persona. Sus alumnos concurrían a su mansión de la calle Libertad y utilizaban su fabulosa biblioteca. Ya viejo se molestó con sus compatriotas —ignoro la causa—, se radicó en la patria de Bismarck y donó al Instituto Ibero Americano de Berlín el impresionante repertorio de libros y documentos que constituían esa biblioteca. Y allí quedó. Según el ex bibliotecario, señor Leopoldo Calviño, la donación comprendía más de sesenta mil volúmenes y dieciocho mil manuscritos.

Rómulo Martini formaba parte, asimismo, de la generación de los pioneros. Fue mi primer maestro de latín. Voy a recordar un hecho anecdótico personal: no interrumpí mis estudios en mi primer año de Facultad gracias a una carta disuasiva e inesperadamente elogiosa que me

remitió cuando supo que yo, magnificando una traba burocrática, estuve a punto de no seguir adelante. Cosas de la época. Éramos pocos y profesores y alumnos se conocían de tanto verse y comunicarse y ese conocimiento explica el gesto del doctor Martini y testimonia la generosidad de su espíritu. Tenía fama de severo en los exámenes, severidad que nunca sentí. Ya graduado me brindó su amistad y estuve más de una vez en su residencia de Belgrano, en cuyo subsuelo había instalado un teatrillo donde una compañía de aficionados, entre quienes figuraban sus hijas e hijos, representaba comedias de Goldoni, por supuesto en castellano.

Ha sido siempre el de Martini uno de mis buenos recuerdos.

A otros profesores de la “vieja guardia” conocí, pero desde la vereda de enfrente, pues la asignatura que enseñaban: Antropología, Geografía física, Arqueología americana, Historia argentina y algunas más, no pertenecían a mi sección, a mi “vitrina”. Uno de ellos fue David Peña. Había fundado un Ateneo que tenía más de “peña” que de ateneo. Y era dueño de un diario batallador. Lo había fundado con el propósito quijotesco de “enderezar entuertos”. La historia le sirvió para escribir teatro de tema histórico y para dictar clases brillantes, pues era más orador que “diseur”. Y otro fue Juan Agustín García, de su misma rama, el ilustre autor de *La ciudad indiana*, un historiador que creía en los héroes, pero no los endiosaba empinándolos sobre su nivel humano.

No sería justo soslayar a dos figuras que poblaban el aula magna: José Ingenieros y Ricardo Rojas. Ingenieros era delgado, feo, de rostro “juanetudo”, como lo calificó

Manuel Gálvez en *El mal metafísico*. Era talentoso, simpaticuísimo, generoso, accesible: nunca puso distancia entre él —toda una autoridad— y los estudiantes que lo frecuentaban. Era muy pálido, pues hacía de la noche día: trabajaba toda la noche y dejaba de hacerlo a la madrugada, cuando llegaba el lechero. Solía reunir en su piso de la calle Viamonte a discípulos y amigos; a una de esas reuniones nocturnas asistí invitado para leer una comedia de la que era autor, en presencia de Vicente Martínez Cuitiño, mi compatriota y comediógrafo descollante en esos años. Aprobada por tan autorizado juez, él mismo se la llevó a don Joaquín de Vedia, quien también la aceptó para el repertorio de la compañía Membrives-Casaux que actuaba en el Apolo y que él dirigía. Pero, lo de siempre: aparecieron autores de cartel que iban desalojando a los noveles. Entonces, inexperto, quisquilloso, amostazado, la retiré. Hoy estaría totalmente fuera de onda.

Ingenieros era bromista y sus bromas, no siempre livianas, las daba con la complicidad de su clan: Nicolás Coronado, Muzzio Sáenz Peña y otros de la misma cofradía. No había en esas bromas —quiero creerlo— malignidad, sino deseo de pasar el rato a costa de algún pobre diablo o tipo pintoresco que presentaba mucho blanco. Era el espíritu travieso, molieresco que florecía en este médico calvo que llenaba el aula magna de la Facultad con sus clases pensadas, metodizadas, amenas y respaldadas por un manifiesto dominio del tema.

Ricardo Rojas no tenía nada de solemne, a pesar de su apariencia de ídolo incaico. En su trato diario era llano y cordial. Era, además, un ejemplo viviente de lo que puede rendir la "eurindia", la fusión de lo europeo y de lo ame-

ricano más auténtico y que fruteció, ya en nuestro siglo, con hombres como Rubén Darío, como Henríquez Ureña, como Mario Bravo y mujeres como Gabriela Mistral.

Rojas era en nuestra Facultad, cuando yo la cursaba, uno de los profesores más jóvenes y con sus lecciones magistrales, dichas con una voz virilmente timbrada y elocuencia romántica, y siguiendo la estela de Sainte-Beuve y de Hipólito Taine, iba tejiendo la historia de la literatura argentina o, mejor, de la cultura argentina. Esa historia se gestó en su Instituto de la Facultad sobre una documentación muchas veces ignorada, faena silenciosa e ininterrumpida dirigida por el maestro y realizada con la asistencia de discípulos adictos y fervorosos.

La Reforma universitaria del año 18 trajo la democratización de la Universidad. Y con ella, como lo observara Vaz Ferreira, se emparejaron el hijo del estanciero y el hijo de su capataz.

La oligarquía terrateniente que había copado todos los puestos claves en el gobierno, en la justicia, en la universidad, fue dejando sitio a una clase media pujante que irrumpió desde abajo con bríos de conquista. En la Universidad los cuadros se fueron llenando con profesores "nuevos". En mi Facultad empezaron a subir a la cátedra, a través de una severa selección, tamizados por concursos exigentes, condiscípulos que la merecían, algunos muy brillantes y todos muy capaces; y con ese aporte se rejuveneció. Vinieron también de otras vertientes: de la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata, gemela de la nuestra; del Instituto Superior de Segunda Enseñanza. Vinieron algunos de la Facultad de Derecho y de Medicina. Y vinieron autodidactos, estudiosos que habían interrumpido

pido sus estudios oficiales sin paciencia para terminarlos y deseosos de entregarse cuanto antes a disciplinas que tiro-neaban desde el fondo de una vocación insobornable. La cultura del país les debe mucho a los autodidactos, desde los geniales como Sarmiento y Ameghino hasta los actuales, éstos que dejaron sin rendir alguna o algunas materias del ciclo universitario, las que menos les interesaban, como Rojas, Arrieta, Rohde y tantos más.

La conflagración mundial del año catorce, la Revolución bolchevique que liquidó al despotismo zarista, la segunda guerra mundial con el surgimiento del nazismo y del fascismo, fueron sacudimientos sísmicos que terminaron con la placidez de “la belle époque”. Todo se trastrocó, se rompieron los viejos esquemas, se abrieron las compuertas que habían frenado a “la rebelión de las masas”, se hicieron añicos en algunas naciones las “estructuras” tradicionales poniendo arriba lo que estaba abajo.

Este sacudimiento que costó la vida a millones de seres humanos y que convirtió en escombros riquezas y obras de arte heredadas de muchas generaciones fenecidas, apenas nos alcanzó y ello tal vez por razones de situación geográfica. Al contrario, “nos llenamos de oro”. Habíamos vivido hasta entonces en una paz burguesa amparados por una sabia Constitución y en un clima de libertad y tolerancia, ése que caracterizó a la magnífica “generación del 80”.

Era la Argentina una nación inmensa y rica, pero no había salido aún del período de los andamios, un país en construcción —y sigue siéndolo— y por ende lleno de fallas, de resortes flojos, fallas registradas por la literatura —el mejor termómetro social—. Se señalan en *Martín Fierro*, nuestro poema máximo, y en novelas costumbristas:

en *La Bolsa* de Julián Martel, en *Pago chico* y otras de pícaros de Roberto Payró. . . Pero resortes flojos encontramos en todas las latitudes, salvo en los polos porque allí no viven hombres.

Uno de los colazos, si bien lejano e incruento, de aquel sismo social fue la ya nombrada Reforma universitaria, pues al democratizar la enseñanza superior, la purgó de todo residuo clasista o de privilegio. La enseñanza superior no era gratuita y a mi entender no debe serlo, como la postula la demagogia, pero todo estudiante auténtico podía eximirse del pago de aranceles con sólo solicitarlo.

La Reforma fue iniciada por estudiantes de Córdoba y desde ese foco se extendió a todas las casas de altos estudios de la república y tuvo como todo lo humano su lado positivo y su lado negativo. Sufrió, como todo, los sacudimientos de la época, su iracundia, su confusión de ideas, su intemperancia. Pero, conviene destacarlo, nuestra Facultad, "la de mi tiempo", si bien rejuvenecida, siguió viviendo en la "*belle époque*". No llegó a contaminarla la alienación imperante en el mundo. Caso insólito: reinaba en ella un clima de libertad. De libertad de pensamiento y de expresión. El dogmatismo, el sectarismo, el fanatismo, la intolerancia, fuerzas negativas, no eran cizaña que prendiese en ese huerto. Basta para comprobarlo echar un vistazo al plantel de profesores: los había de todas las tendencias y credos y todos convivían sin chocar: católicos y liberales, positivistas y agnósticos, conservadores y socialistas, antisemitas y judíos. . . Era una clase media que brotaba del aluvión inmigratorio, limpia de prejuicios ancestrales.

La Reforma trajo la intervención de una fuerza nueva:

la estudiantil, que hizo irrupción en los viejos claustros y los oreó con su desbordante vitalidad. Los Centros de estudiantes, antes anémicos, pasivos, reunión de amigos, se convirtieron en un hervidero de sangre joven que encontró su cauce en la política universitaria, anticipo de la otra, de la que es una de las grandes pasiones argentinas. Empezaron a surgir minitribunos, minicaudillos que desahogaban sus bríos, su iconoclasia y su irreverencia en asambleas vociferadas que interesaban más que las clases de rutina. La Reforma trajo, finalmente, la representación estudiantil en los consejos directivos que se animaron con voces no siempre serenas, con las cuales los jóvenes consejeros (en nuestra Facultad no faltaban las mujeres en esa función) manifestaban su disconformismo generacional, muy a menudo constructivo. La máquina funcionó bastante bien dirigida por un gobierno "tripartito" constituido por una mayoría de profesores titulares, una minoría de profesores adjuntos y la representación estudiantil con su mayoría y su minoría.

Más tarde la crisis mundial de todos los valores, el "cambio" tan apetecido y promocionado por los descontentos, repercutió aquí como en otras partes, en el orbe universitario.

Mas esto es actualidad candente y escapa al propósito sólo evocativo de estas líneas y sólo referido a la vida de "mi" Facultad. Hubo en ella, como en otras, brotes de violencia difícilmente justificables: la indisciplina como norma, el desorden como deporte, como desahogo "lúdico", la insolencia como "machismo", la falta de respeto por jerarquías y prestigios, el nihilismo sin sentido: destruir por destruir, la mala educación en todas sus formas...

Pero sería injusto y aventurado generalizar. Hubo —y hay— en todas las Facultades miles y miles de jóvenes que estudian con seriedad. Y son mayoría, “la mayoría silenciosa”. Por eso no cabe alarmarse. El país avanza, cojeando, pero avanza. Es lo que importa. Avanza en lo material y en lo cultural. Sólo los hombres murciélagos no lo ven. Se publican libros, revistas y diarios a la par de las naciones más adelantadas. Conferencias, conciertos, exposiciones de obras de arte, sobre todo cuadros, llenan diariamente muchas salas. Estamos al día en materia de teatros, de cines. . . y de deportes.

En fin, siempre caemos en lo mismo: el “loco” Sarmiento tenía razón. En lo fundamental el nuestro es un problema de educación. Hay que educar al soberano y lo demás vendrá por añadidura. Eso significa quitar las anteojeras a los dogmáticos, despejar las mentes de los obtusos, liberar al ignorante de falacias y espejismos. Eso es civilizar, desbastar, alejarse de la barbarie. Y en esa faena nuestra modesta Facultad hizo lo suyo. Cuando, como lo anticipé, en sus primeros pasos un funcionario obnubilado pensó en suprimirla, ya era en la vorágine porteña un oasis de paz, un ejemplo de convivencia pacífica y un foco, si bien pequeño, de irradiación del saber universal. Y no hay que apartarla de ese noble destino.

CARMELO M. BONET

LARRA : SÁTIRA Y TRAGEDIA

I

Mariano José de Larra está leyendo las últimas páginas de *Werther*. La misiva a la amada inasible. “Oigo las doce... ¡Sea lo que ha de ser! Carlota... Carlota... ¡Adiós! ¡Adiós!” Y en seguida: “Un vecino vió el fogonazo y oyó la detonación”... “a las seis de la mañana del siguiente día entró el criado en la alcoba con una luz y vió a su amo tendido en el suelo, bañado en su sangre y con una pistola al lado”... Goethe daba así término a los dolores, a las penas del joven y desdichado amante —*Die Leiden des jungen Werther*. El futuro *Fígaro* contaba poco más de quince años y ya estaba preso del amor y de la literatura. ¿Se suicidaría? Habíase enamorado de una mujer desconocida, admirada en uno de los paseos de Valladolid, ciudad en que residía, entonces —1824— y, con gran sorpresa, vuelta a hallar en la casa vecina a la suya, con la que se comunicaba por un balcón enrejado. Mariano José hablará varias veces con ella, tan sorprendida como él. Una noche verá, al través de cristales y visillos, que esa mujer de la que se prendó con un *coup de foudre*, está en su habitación con un hombre. Observa incierto, celoso y desesperado. Ese hombre es su padre... Vuelve

a entrar. Sobre su mesa está el *Werther*. Todavía es pronto. En vez de la muerte, está la huída. Sale de la casa paterna y se va solo a Madrid, desolado, rencoroso contra su progenitor, enemigo de los hombres, indignado contra el mundo.

Estaba otra vez en su ciudad natal —allí había visto la luz primera el día 24 de marzo de 1809— y recordaba, sin duda, todos los episodios, la mayoría tristes, de su infancia. En su precocidad había sufrido con el alejamiento de su padre del hogar de la familia, presidido por su abuelo, don Antonio Crispín de Larra, en aquel vetusto edificio de la Casa de la Moneda, cuya administración ejercía el anciano, en la calle de Segovia. Él y su esposa, doña Eulalia Langelot, recordaban siempre a sus dos hijos mayores, muertos en la guerra contra las tropas invasoras de Napoleón, el año ocho, si bien se consolaban con sus dos vástagos menores, Eugenio e Isabel. Su padre, don Mariano de Larra, había sido médico en el ejército de José I, el rey intruso, y esa actitud provocó la ruptura. El niño quedó con su madre, María de los Dolores Sánchez de Castro, en el domicilio familiar, donde el *afrancesado* sólo aparecía en rápidas y ocultas visitas. El infante alternaba los juegos y las lecturas, porque su abuela, aficionada a los autores clásicos, ya le enseñaba a leer, a los dos años de edad, en las páginas del *Quijote*. El pequeño, tan precoz, no por eso dejaba de hacer sus travesuras, pues a la incipiente vida interior, revelada por una mirada rápida e inquisitiva, agregaba una actividad constante. Sucediéronse las alternativas de la guerra entre ingleses y españoles por una parte, y franceses por otra, hasta que la batalla de Vitoria, ganada por Wellington, determinó la liberación de España.

El médico partidario de *Pepe Botellas* tuvo que emigrar a Francia y se llevó con él a la esposa y el hijo. Curiosamente, en esa caravana de equipajes —robo de innumerables tesoros hispanos—, que seguía al ejército derrotado iban dos coches conduciendo a dos niños geniales: Víctor Hugo y Mariano José de Larra. En 1814 quedó éste internado en un colegio de Burdeos, mientras sus padres continuaban la marcha a París, donde el médico alcanzó pronto clientela y prestigio. El pequeño español padeció soledad y novatadas, pero aprendió en seguida a hablar y escribir en francés y, a tal punto, que olvidaba su lengua materna. No comprendería él los graves sucesos que se desarrollaban en aquel país: la invasión por las tropas de los reyes coligados, el destierro de Napoleón, la vuelta desde la isla de Elba, la catástrofe de Waterloo, la restauración borbónica. El niño salió de Burdeos, vivió en París, en medio del lujo que ostentaban sus padres, jugó en los jardines de las Tullerías. Hasta que el gobierno de España amnistió a los exiliados y el doctor Larra tornó con su familia a Madrid. Otra vez Mariano José pupilo en un colegio, el de San Antonio Abad, donde, según costumbre, los discípulos le reciben con hostilidad. El primer día uno de los más díscolos le tira al rostro una pelotilla empapada en tinta, y se producen el alboroto y las carcajadas. El maestro interroga, Mariano José no acusa y aguarda la salida para darle un puñetazo en la nariz, sangrante, al ofensor. Así se hace respetar. Sin embargo, no quiere reñir, sino leer cuanto libro cae en sus manos. Empieza a traducir al castellano fragmentos de una versión francesa de la *Iliada* y a componer un cuadro sinóptico de la Gramática, pues inmediatamente dominará el idioma de Cervantes tan

bien como el de Molière. Cuenta sólo diez años y ya está entregado a su primera pasión, la literatura. En la casa paterna, trasnocha entregado a sus lecturas y advierte que su padre recibe visitas misteriosas de hombres embózados, que luego, si bien hablan en voz baja, dejan oír las palabras “revolución”, “cortes”, “libertad”. Quiroga y Riego se pronuncian con sus regimientos, en Andalucía, e imponen a Fernando VII la Constitución de 1812. La España liberal respira y gobierna después del *terror blanco* desatado por el rey felón contra los mismos que, luchando contra los franceses, le habían devuelto la corona. Se eligen Cortes, créase la Universidad Central —el infausto monarca había cerrado los centros de estudios para abrir escuelas taurinas—, se funda un Ateneo, donde se realizan sesiones literarias, se organizan bibliotecas. Los hombres que se habían reunido en Cádiz para mantener a la patria contra Napoleón, bregaban, ahora, para que España se europeizase, más aún, para que abriese un camino de libertad en el continente, puesto que allí reinaba la Santa Alianza de los soberanos absolutos. Comenzaba una pugna que se prolongaría con triunfos y fracasos en el curso del siglo XIX y que prosigue en el actual. Pero, como siempre ocurre, los exaltados, los que ignoran el *tiempo histórico*, se entregaron a demasías, que perjudicaban a su propio sistema político. Los nuevos *Comuneros* no comprendían que si bien sus antecesores levantaban un alto y patriótico ideal para combatir por los fueros españoles contra el rey flamenco Carlos I, ya ambicioso del Imperio germánico, ellos no debían pelear contra un moderado cambio de régimen, contra esa misma “revolución al agua de rosas”, como la había nombrado Lord Byron, tan atento a la libertad de

España. Tal vez desilusionado de sus correligionarios más vehementes, el médico Larra decidió pasar unos meses en el pueblo de Corella, con su familia. Allí fue Mariano José, lejos del tío Eugenio, que le llevaba a teatros y otras diversiones en Madrid, y se entregó más que nunca a los libros. Los estudios del colegio de Burdeos y del matritense son ampliados por este lector sempiterno que, a los once años, conoce gran parte de la literatura clásica grecolatina y castellana y tanto de la francesa. La España liberal ha sido avasallada por la invasión de los "Cien mil hijos de San Luis", mandados por el duque de Angulema, que no tarda en regresar a Francia, repugnado por la sangrienta represión del miserable Fernando. Los turiferarios del absolutismo gritan: "¡Vivan las cadenas!". El ministro Calomarde lanza la frase célebre: "Los que tienen la funesta manía de pensar". Por todas partes, horcas y fusilamientos. Cuando se calma un poco la persecución, la familia Larra vuelve a Madrid. Mariano José ingresa en el Colegio Imperial de Jesús, cuyas clases resultan elementales para este alumno que se ha dado a sí mismo tantas lecciones. Y que está atento a todos los sucesos de la vida y del reino. Cuenta sólo quince años y ya se asoma a las reuniones de una sociedad secreta revolucionaria, la de los *Numantinos*, donde Espronceda, Escosura, Ventura de la Vega —ese argentino-madrileño—, todos muy jóvenes, conspiran para restaurar la Constitución. Serán descubiertos y encerrados. El tío Eugenio y su sobrino se han salvado porque no llegaron a afiliarse. Don Mariano de Larra decide alejarse nuevamente de la Villa y Corte, y se instala en Valladolid, no para realizar, según vimos, una vida austera.

Mariano José recuerda estos episodios cuando llega, otra

vez, a Madrid, ahora en un estado de ánimo desesperado, pero dispuesto a seguir siempre sus estudios y a gozar de una vida independiente. Por medio del tío Eugenio recibe dinero que le permite vestirse bien y alternar con los escritores que empiezan a darse a conocer. Van corriendo los años y él aproximándose a los veinte. Es un gallardo mozo. Estatura airosa, cabello muy negro con un tupé sobre la frente despejada, ojos también negros y de gran vivacidad, una boca golosa y en el labio un bigotillo, que, andando el tiempo, se completará con una corta barba en U. Viste como un *dandy*. Corbata negra en torno al cuello, levita verde oscuro, ceñida al talle ágil, chaleco de igual tono, más pálido, ajustados pantalones gris perla, sujetos con trabillas al calzado de charol. Un bastoncito flexible en la mano. Con qué placer aquella mujer desconocida de Valladolid le hubiera cambiado por su padre, galán casado y maduro. Ahora, ya olvidada su pesadumbre, el horizonte es amplio y luminoso. Concorre a las tertulias literarias de los cafés madrileños. Allí están Espronceda, de palabra tan ardorosa como su estro lírico; Ventura de la Vega, que une el donaire a la bondad; Bretón de los Herreros, imaginativo y ocurrente; Patricio de la Escosura, templado y serio; Mesonero Romanos, que todo lo anotaba para sus *Escenas matritenses*; Juan de la Pezuela, que conciliará las armas y las letras; Juan Bautista Alonso, poetastro sin fortuna; y otros más, Roca de Togores, Campo-Alange, Donoso Cortés, Ferrer del Río. Debátense la estética de las artes, las críticas a los literatos de la anterior generación, las murmuraciones de sociedad, las loas a las bellezas juveniles del día, y así con la censura a los escritos de Gómez Hermosilla y de Miñano alterna el elogio a la angelical

Francisquita Urquijo y a las “tres gracias”, que son las hijas del marqués de Parcent. Con unos u otros se forma la “Partida del Trueno” para hacer trastadas a todo el mundo. Una de ellas, que tuvo a Mariano José como principal artífice, fue la de pintar de amarillo —dejándolo irreconocible— el coche del duque de Alba, mientras esperaba a la puerta de una casa, una noche, con el cochero dormido. Echaban tinta en las pilas de agua bendita de las iglesias, ataban cántaros de leche y hornillos de castañas a las traseras de los carros, bombardeaban con pelotillas de cera a los transeúntes, fingíanse amigos de cualquier desconocido y lo abrumaban con abrazos y zamarreos. Todo era para distraerse, a ratos, de sus cuidados e inquietudes, pues estos muchachos estaban gravemente preocupados por el porvenir de su patria, donde no cesan las persecuciones crueles ordenadas por el gobierno reaccionario, ejecutadas por Chaperón, el conde de España y tantos otros absolutistas.

Larra ha abandonado los estudios de leyes, que cursó en Valladolid, y los de medicina, que seguía en la Corte. Busca un empleo administrativo, que dejará pronto por aburrimiento, y empieza a escribir versos —*Oda a la Exposición de la Industria Española*— de los que abominará más tarde. Corre el año 1828 cuando, a los diez y nueve de su edad, decide cuál será su definitiva profesión: publica un periódico titulado *El Duende Satírico del Día*. En el primer número se leía en un artículo, “El Café”: “No sé en qué consiste que soy naturalmente curioso; es un deseo de saberlo todo que nació conmigo, que siento bullir en todas mis venas, y que me obliga más de cuatro veces al día a meterme en rincones excusados por escuchar caprichos ajenos, que luego me proporcionan materia de diver-

sión para aquellos ratos que paso en mi cuarto y a veces en mi cama sin dormir; en ellos recapacito lo que he oído, y río como un loco de los locos que he escuchado". Así quedaba definido el periodista. Larra ha comenzado a observar a los hombres y a la sociedad. Y a reconocer que "todo es quimera en el mundo".

Su carácter, ya bastante complejo desde la infancia, se revela por igual en sus ilusiones y sus desilusiones. Parece decepcionado de la *vida*, pero cuenta veinte años y no puede, en consecuencia, dejar de *vivir*. En sus paseos por el Prado ha visto a una muchacha bonita, gentil, modosa. Se hace presentar a la familia. Se casará sin tardanza con Pepita Wetorett, entusiasmado, a impulsos de su juventud ardorosa y también de su ingenuidad, pues sus pasajeras melancolías, su incipiente escepticismo ocultan un fondo en que late la espontaneidad y el candor. No puede sospechar en esos días felices que, en un tiempo no largo, escribirá un artículo, "Casarse pronto y mal", que aparecerá en el número 7 de otro de sus periódicos, *El Pobrecito Hablador*. Entre burlas y veras iría a contar las desdichas de su matrimonio, puntualizando culpas ajenas, mas determinando bien las propias. "A los continuos reproches se sigue, en fin, el odio". Finge en su prosa una carta del infortunado esposo y anota "una detonación". Ha muerto un joven "que, con el más bello corazón, se ha hecho desgraciado a sí y a cuantos le rodeaban". Premonición, sin duda, del propio suicidio. Sin embargo, nacen tres hijos antes de que la separación se cumpla: Adela, Luis Mariano, Baldomera. Pepita Wetorett está ya en casa de sus padres y él solo, incierto, insomne, ahora en graves diálogos con su sombra. Entregado al trabajo, que es una evasión, y entregado, asimismo, a un amor nuevo, que es otra cadena.

Su fama crece portentosamente. Si *El Duende* tuvo vida precaria, porque prohibió el gobierno su publicación, tuvo mejor suerte *El Pobrecito Hablador*, periódico en que Larra firmaba con el seudónimo *El bachiller don Juan Pérez de Munguía*, donde su ingenio se explayó más, alcanzando ya la consagración en los círculos intelectuales. Solicitan su colaboración de todas las redacciones. Escribe en *El Correo de las Damas*; en la *Revista Española*, donde aparece por primera vez el nombre de *Fígaro*, en *El Observador General*, en *El Mundo*, le llaman desde *El Liberal*. Firma contratos por elevadas sumas: veinte, cuarenta mil reales. Ya no necesita la protección de Manuel F. Varela, ni del duque de Frías. Además, traduce varias comedias francesas, compone un drama titulado *Macías*, y redacta una novela, *El Doncel de don Enrique el Doliente*. Está en el cenit de su gloria. Le admiran y le temen. Está, asimismo, en el apogeo de su atractivo varonil y de su elegancia, tal como le pintó Gutiérrez de la Vega en su más conocido retrato. Se lo disputan en los salones aristocráticos y literarios de Madrid, en el del conde de la Cortina, en el de María Bushental, en el de José María Cambroneró. Aquí le presenta su amigo Juan Bautista Alonso a la dueña de casa, Dolores Armijo. Larra queda deslumbrado ante su belleza. Es una mujer hermosísima, morena, sevillana, de "tez blanca", un "cabello que brilla como el ébano", "labios algo gruesos, que daban a su boca cierta expresión amorosa y de voluptuosidad", "sonrisas llenas de encanto", "cierta suave palidez indicio de que su alma había sentido ya los primeros tiros del pesar y de la tristeza", "rendía a todo el que tenía la desgracia de verla una vez para su eterno tormento". Así describía Larra a Elvira, la amada

de su *Doncel*, en la novela citada antes, en la que reproduce, sin duda, los rasgos de Dolores.

Estaba, efectivamente, rendido y atormentado; pero inmensamente feliz, porque no tardó en ser correspondido en su pasión. Se amaron en secreto durante unos meses hasta que el ardiente idilio se hizo público. Vivieron tardes enteras de deliquio —para emplear una palabra romántica— en sus nidos ocultos de las calles de la Lechuga, del Caballero de Gracia, de Santa Clara. Iban juntos a los bailes de máscaras y se perdían, cogidos del brazo, por los rincones de los barrios bajos, para beber unas copas en los cafetines penumbrosos. Dolores, coqueta, alegre, atrevida, le besaba ante la gente, sin temor y sin escrúpulos. Mariano José no podía esquivarla, halagado e inquieto a la vez. Ella, que había tenido otros amores adúlteros, era veleidosa y despreocupada; él sentía, junto al placer, la pesadumbre del engaño y el disimulo, y se confesaba culpable, aunque no en pecado. . . Compréndese por ello la alternativa de su carácter. Cuando concurría al *Parnasillo*, la tertulia que celebraban los escritores jóvenes en el Café del Príncipe, se mostraba, unas veces, radiante y su humor se expandía en frases llenas de luz y de gracia; en otras ocasiones, su melancolía se acentuaba con las sombras de una tristeza profunda, que rayaba en la desesperación, y entonces, su ironía era aguda y cortante. Venían esos cambios de sus relaciones con Dolores Armijo, siempre hechicera y voluble, ya entregada con su temperamento andaluz, ya desdeñosa o indiferente, porque otros adoradores la hubieran aureolado con sus elogios y requerimientos. Así, se producían las oposiciones del carácter de Larra. Había en su tono y en su lenguaje —dice Galdós

en *Los Apostólicos*— un doble sentido que aterraba y un epigramático gracejo que seducía”. Su personalidad se ahondaba, se adensaba. Su talento relampagueaba con rasgos de genialidad. Su expresión, oral o escrita, se afinaba con una maestría plena de reflexiones graves y de buídas sutilezas. A los veinticinco años, poco más, culminaba espiritualmente, intelectualmente, como si el tiempo se anticipara a colmarle de dones, porque el plazo de su vida era muy breve. Cuando no ve a Dolores, cuando se le niega, cae en la más negra pesadumbre, que, por instantes, se propone vencer, y a ese impulso busca su pluma los motivos de risa con sus más atrevidos alardes de sátira. Precisamente, en el artículo “La sátira y los satíricos”, dice que Molière es “el hombre más triste de su siglo”. “Sólo en momentos de tristeza nos es dado aspirar a divertir a los demás”. Y él divierte, en horas angustiosas, con el corazón lacerado. Ríe como el payaso abatido. Ríe, porque el “mundo todo es máscaras”, porque “todo el año es Carnaval”. Pero, acaso desde su adolescencia, sabe que está sellado por una pronta muerte. Las desventuras del joven Werther tornan a su memoria en las noches aciagas. Dialoga penosamente con su propio yo. Va calando en la desesperación. Llegará a escribir ese artículo que lleva como lema *Beati qui moriuntur in Domine*, “El día de difuntos de 1836”: “Madrid es el cementerio”.

Está enloquecido porque Dolores ya no está en Madrid, y se ha marchado a Extremadura en uno de sus desconcertantes cambios de ánimo y de sentimientos. Vive en Badajoz, alejada de la sociedad madrileña, en cuyos salones lucía tanto su belleza. Pero Mariano José no desiste. Como deberá ir a París, para obtener el pago de un dinero que

un francés adeuda allí a su padre, resuelve seguir una trayectoria disparatada. Se dirigirá a Portugal, desde Lisboa pasará a Londres y, luego, a la capital de Francia. Toda esta vuelta, que parece incomprensible, tiene un propósito: encontrar a Dolores. Se ven tras los cristales de un balcón. Ella baja, se reúnen, entre luces del ocaso dan un breve paseo. Hay que regresar. Dolores entra, luego de una despedida con lágrimas, y, segundos después, le arroja al enamorado un trozo de su negra trenza andaluza. Todo parece renacer. Volverán a citarse en Madrid, al final del viaje de Larra, que pasa rápidamente por Inglaterra y Francia. En la Corte, ha cambiado sus residencias, calle de la Visitación, la del Caballero de Gracia y, por fin, se instala en un nuevo domicilio: Santa Clara 3, donde trae a vivir a su hija Adela, de cuatro años. Allí acude, todavía, Dolores Armijo, que no ha perdido su condición de tornadiza.

Tal vez a consecuencia del nuevo escándalo, el señor Cambronero dispone que su esposa vaya a recluirse a un convento de la ciudad de Ávila, donde parará pocos días, pues se traslada pronto a la casa de un pariente, un tío de la misma Dolores. Con un pretexto cualquiera, Larra acude a aquella población, averigua el domicilio de su amada por la diligencia de un amigo, y conversa con aquel señor, don Alfonso Carrero, quien interesado por el escritor o pensando solicitarle favores, le expresa su simpatía por el idilio adulterino. Mariano José cree nuevamente en el amor de Dolores, que regresa a Madrid, mas se obstina en no verle. Por entonces, se estrena el drama de Alejandro Dumas *Antony*, cuyo protagonista mata a la enamorada, para ocultar al marido la culpa de la esposa y pasar por un asesino y no por un amante. Larra, en su crítica teatral,

condena a “las mujeres casadas que faltan a sus deberes”. Está furioso y trastornado. Va a la deriva. Ya no sabe, siquiera, cuáles son sus sentimientos. Menos aún cuáles son sus ideas.

¿Sus ideas? Su posición política estuvo siempre en las filas liberales. En su artículo “Dios nos asista” se cuenta entre “los muchos liberales”, si bien repudia los excesos de violencia del populacho. Ha escrito “La junta de Castello-Branco”, “Nadie pase sin hablar al portero” y otras páginas que han confirmado esa actitud. Protestó contra los gobiernos reaccionarios, contra la censura que le clausuró *El Duende*. Los censores cortan aquí y allá, y los periódicos se publican con largas columnas sin texto. Escribe, pues, “El siglo en blanco”: “No sé qué profeta ha dicho que el talento no consiste precisamente en saber lo que se ha de decir, sino en saber lo que se ha de callar”. Con sagacidad, indirectamente, ataca a los ministros conservadores y a los que, siendo del partido Moderado, fingen pertenecer al Liberal. Ataca, asimismo, a los carlistas, que desencadenaron la guerra civil —cáncer funesto para España y sus libertades en el pasado como en en el presente—. Da a la imprenta “La planta nueva o El faccioso”, y dice: “Planta es, pues, perjudicial, y aun perjudicialísima, el faccioso”, entendiendo que debe extirpársela aun cuando sea necesario usar “la pólvora”. Mas toda esa campaña se detiene ante un ofrecimiento del duque de Rivas, ministro del gobierno de Istúriz, que promete leyes avanzadas aun cuando favorecerá la reacción. Con esa ambigüedad, Larra no vacila en aceptar un acta de diputado por Ávila, obtenida con influencias oficiales. Piensa, sin duda, que el torbellino de la política le alejará del vértigo de la pasión

amorosa. El 6 de agosto de 1836 ha sido electo, y el 12 una sublevación militar derriba al Gobierno y proclama la Constitución de Cádiz. Es un nuevo golpe espiritual para Larra. Piensa decididamente en morir, porque ya no hay para él ni amor, ni literatura, ni política. Llega a su conocimiento que Dolores tiene un nuevo pretendiente, un tal Bertolano, y, sin reparar en nada, le reta a duelo. Matará o morirá. Las condiciones son severas: a pistola, hasta que caiga mal herido o muerto uno de los adversarios. Los padrinos resuelven evitar la tragedia y cargan las armas con pólvora sola. Los disparos se cruzan sin resultado alguno, y el juez del lance interviene para dar fin al tiroteo. El satírico no sospecha la sátira que se ha cumplido, ni que es, a esa hora, el grotesco protagonista de una farsa en el campo del honor... Ironía tremenda para su propia ironía. Pobre Larra. ¿Qué puede quedarle en la vida a los veintiocho años? En el cajón de su mesa-escritorio dormita una pistola, que ha contemplado más de una vez¹.

* Dos meses después, en enero de 1837, escribe la crítica del drama *Los amantes de Teruel*, de Hartzenbusch, y en ella inscribe esta frase para justificar el final de la obra: "El amor mata, aunque no mate a todo el mundo". Nada

¹ Los biógrafos de Larra no están siempre de acuerdo sobre los sucesos de la vida de su biografiado. Las diferencias son visibles desde el primer libro de Cayetano Cortés hasta el presuntivamente último de Rafael Bautista Moreno, pasando por los de Julio Nombela, Fernando José de Larra, Eugenio de Larra, M. Chaves. A esas fuentes de información deben agregarse los estudios parciales y las *Memorias* de otros escritores, como Mesonero Romanos, Fernández de Córdoba, Roca de Togores, Lomba y Pedraja, Cotarelo, González Blanco, Azorín, Soler Serrano, Almagro San Martín, en el prólogo a los *Artículos completos*, etc.

ha cedido su pasión por Dolores. Está "metido"¹. Es víctima de una obsesión, que nada puede despejar. No ha vuelto a ver a aquella mujer que ha trastornado su vida. Su trabajo, los viajes, el peligro de muerte, todo eso es un sueño para él. Su *realidad* es, únicamente, su amor. El mundo es un camposanto, según lo ha escrito en el artículo famoso. Así, en tal estado de ánimo ve, el 12 de febrero, alzarse las carnestolendas con su bulla estentórea, sus abigarrados desfiles de carrozas y coches engalanados, repletos de máscaras. Piensa otra vez: "Todo el año es Carnaval"... Los disfrazados inocentes de la fiesta han reemplazado por tres días a los disfrazados culpables de los doce meses restantes. El lunes 13 oye, desde el lecho, que sigue la algazara del domingo y sabe que así continuará el martes y que el miércoles todo se revertirá en cenizas. Es como un entierro, donde el luto es sustituido por los colores más detonantes. El criado le entrega una carta, cuya respuesta aguarda un mensajero. Al leer el sobre se agita su corazón, la zozobra y la alegría le suben a la garganta. La letra es de Dolores Armijo. Le pide una entrevista para las últimas horas de la tarde, allí, en su misma casa.

La mañana brumosa se le convierte en un mediodía radiante. ¿Quién dijo que el mundo era un cementerio, que la vida era triste, que el Carnaval era una locura en todo el año? Se viste, sale de casa. Hay que llenar el tiempo. Visita a Mesonero Romanos y le expone el plan de un drama que piensa componer. El protagonista será don Francisco de Quevedo, su maestro, su gran antecesor en la

¹ "¿Si estará metido con Fulana?" Larra stampa esta palabra que algunos tienen por lunfarda... Ver: "La sociedad".

sátira. Paseará por el Prado y, como su pecho está lleno de alegría y generosidad, se dirige al domicilio de Pepita Wetorett, a quien sabe enferma. Paradójicamente, se entrelaza en él su pasión adúltera y su recuerdo de una primera dicha conyugal. Llega a las oficinas de su editor, por cuanto piensa escribir un libro extenso. Así pasarán las horas hasta que regresa a su casa con el fin de disponerlo todo para la ansiada entrevista. Enciende las bujías en el ocaso, llena las habitaciones de flores, se mira al espejo. Tiene ajustado el frac color de avellana con puntillas en las bocamangas, la corbata negra con varias vueltas al cuello, el pantalón de pálida tonalidad, el botín reluciente. Un aroma de rosas, el perfume preferido de su amada se expande por la sala y la alcoba. Cómo se divierte, y hace bien, esa buena gente que goza las bromas carnavalescas. Coge un libro y no puede leer, lo arroja en cualquier parte; mide a grandes pasos la habitación. El reloj no marcha. Escribirá algo, pero no acierta a concretar sus ideas. Traza algunas palabras, acaso para fijar proyectos, citas, conceptos: "La Sillería. El Ministerio. Fígaro, qua. Fígaro la. Fígaro que. Fígaro en. Barbieri di Siviglia. Doña Francisca. Conde de Villa-Paterna. El alguacil y la moza. La pluma de ave borrona la cuartilla. Por fin, el oído atento, escucha el timbre de la puerta.

Dolores ha subido por esa angosta escalera de la casa de Santa Clara n° 3, que ya está en sombras. Y entra en el salón, cuyo moblaje conoce bien, su estilo imperio, el brillo de su caoba, el sofá, la consola, esa relojera artística adquirida en París, donde las agujas marcaron tantas horas felices, el alto espejo con marco dorado, que reprodujo los rostros apasionados y risueños. La Armijo no llega sola,

sino acompañada de una amiga, que se queda en el vestíbulo, mientras Dolores avanza hacia Mariano José, quien le tiende los brazos, a punto de caer de rodillas. La mujer retrocede con un gesto de negación. E, inmediatamente, expresa el propósito de su visita. Viene a pedir la devolución de sus cartas, sus retratos. La decepción llena de angustia al amante, lo trastorna. Quiere abrazar a Dolores, sujetarla en su rechazo, acaso amenazarla, porque ha perdido la conciencia y está a punto de perder el sentido. Quién sabe qué palabras exaltadas, dolorosas, terribles se dijeron en ese momento. La amiga de la Armijo abre la puerta de la sala y lanza una exclamación ante la dramática escena: "¡Larra, por Dios!" El escritor queda, un instante, paralizado. Dolores insiste, enérgica, en la reclamación de aquellas misivas que, otrora, escribió tan apasionadamente, sin medir las frases comprometedoras. Larra abre su *secrétaire*, extrae un paquete de sobres atados con una cinta y se los entrega a la mujer, antes tan rendida, ahora tan hostil, que huye rápidamente con su amiga. Mariano José queda solo y abatido. Vuelve a sentir su vida como imposible. Su amor se ha perdido definitivamente. Tal vez al pasar ante el espejo ve cruzar una sombra mortuoria. El cambio ha sido demasiado brutal, desde las ilusiones de la mañana al desengaño de la tarde. Saca del cajón de su escritorio la caja amarilla donde guardó las pistolas de la tentación suicida que nació con la lectura de *Werther*. Un disparo sordo entre las puertas cerradas y los cortinados corridos. Y Mariano José de Larra cae inerte con un balazo en el corazón, junto a la mesa donde escribió tantas páginas de burla y de risa. Desde la noche, ya cerrada, llega la algarabía de las máscaras. Su *proprio*

Carnaval ha terminado para siempre. La Muerte le ha arrancado el último disfraz. . .

II

Mariano José de Larra había nacido escritor. Leopoldo Alas —el agudo *Clarín*, que tiene puntos de coincidencia con él— afirmó que *Figaro* fue “el primer escritor de su tiempo”. Asombra que lo fuera un joven de veintitantos años, poseedor de una cultura amplísima, adquirida a través no sólo de su idioma nativo, sino del francés y del latín, y, también, aunque no lo poseyera enteramente, del inglés. Dominaba con precisión y soltura su propia lengua, tan castiza como permeable a los giros modernos, hasta un punto que puede ser considerado, hoy como ayer, uno de los grandes maestros de la prosa española. Ciertamente aprovechó las enseñanzas que le impartieron en las escuelas de Madrid y de Burdeos, pero, si bien le servirían de base, es evidente que Larra fue, ya en su adolescencia, un autodidacto. No le importaron, después, los cursos de leyes y de ciencias médicas, desdeñados desde un principio; le importó el estudio a que se entregó, bien puede asegurarse, desde la misma niñez, entregado, como estuvo, a la lectura de los clásicos griegos y latinos, a su traducción de la *Iliada* y a sus ejercicios gramaticales. Todo ello era consecuencia de una vocación precoz, segura, decisiva. Curioso es que este muchacho así encerrado en las bibliotecas, fuera en las horas libres de tal clausura, un observador tan aguzado y tan minucioso de la vida. Nada parecía escapar a su mirada y a su reflexión. Los contrastes de los ambientes en que se desenvolvió su existencia contri-

buyeron, sin duda, a ese verdadero acecho del mundo y de los hombres. Tuvo dos polos: París y Madrid. Londres, también, al pasar. Cuando se abocó al examen y al juicio de su patria pudo, además, extender, por alusión, ese análisis y esos conceptos a toda la humanidad. Porque son muchos los trabajos de Fígaro, que, aun refiriéndose tan específicamente a España, pueden entenderse como advertencias generales sobre la sociedad universal, en lo ético y en lo político.

De su certera sátira surgieron dictámenes imperecederos. ¿Cómo debía ser la sátira? ¿Cómo el escritor satírico? Aunque parezca paradójica, en el sentido de la sátira se encierra cierta generosidad. Larra mismo lo dice al tratar el tema¹. “El satírico ha de poseer suma perspicacia y penetración para ver en su verdadera luz las cosas y los hombres que le rodean, y para no dejarse llevar nunca de las apariencias”. Así es Larra: verídico, sutil, profundo en la aparente ligereza, buido y objetivo para desentrañar las causas de los efectos que pone de relieve, persuasivo, limpio en sus censuras, imparcial, contrario a los personalismos, conocedor de su época y sus contemporáneos, pero atento, asimismo, a las lecciones que se desprendan de lo que fue y de quienes fueron en el tiempo y en el espacio. Y recordar lo siguiente: “No hay verdad que mal o inoportunamente dicha, no pueda parecer mentira”. Y ahí está el arte de escribir, dones de la naturaleza y el estudio. Que la sátira no contenga un veneno mortal, sino un elixir benéfico. Pero que no ceda en su misión. “¿Quién sino la sátira pondrá un dique a aquellos vicios y ridicu-

¹ “De la sátira y de los satíricos”.

leces que no son de la inspección de la ley?” No manejarla como “arma alevosa”, sino como instrumento para “campear por la virtud”.

Larra ha estudiado a los satíricos, sus predecesores. Sabe de memoria a Aristófanes, “desvergonzado”; a Catulo, a Marcial, a Tíbulo, al “oscuro” Persio, al “acre” Juvenal. Encuentra los ribetes satíricos de Cicerón, de Virgilio, de Horacio. Tiene por maestros a Cervantes, a Quevedo, a Vélez de Guevara. Recuerda a Molière, a Voltaire y a Swift. De todos ellos puede haber tomado modos y rasgos, mas su joven personalidad se alza perfectamente definida, y no hay una página suya, sin firma, que no revele a su autor.

Ya en “El Duende satírico del día” afirma “lo mucho que hay que criticar”. Y es prolífico en esa función. “Si pudiera uno decir todo lo que siente. . .”. Intentará decirlo, recordando el terceto de Quevedo en la famosa “Epístola” —“¿Nunca se ha de decir lo que se siente?”—. Observa todo en su redor y define personajes y costumbres. Ahí está ese “castellano viejo” con sus vulgaridades; los funcionarios mal educados y perezosos con su “vuelva usted mañana”; Don Cándido Buenafé, a quien afirma que “lo menos que puede saber un literato es saber su lengua”, lección, también para Don Timoteo, puesto que es necesario “saber escribir”. Allí condena a los suficientes y los pedantes, a los ignorantes y los hipócritas, a los tontos y los lucradores. Censura la barbarie de las corridas de toros, en su breve historia; la mala construcción de las casas nuevas; la tradición absurda del suelo, reminiscencia de los “juicios de Dios” medievales, y se burla de los lances de honor, con la infringida prohibición: “No te

harás matar, pena de muerte”; “al arma blanca se sustituye muchas veces la pistola, arma de cobarde, con que nada le queda que hacer al valor sino morir”. Y se olvidará de todo ello cuando desafíe a Bertolano). Está contra esa *sociedad* culpable formada por petulantes y logreros, por mentirosos y bergantes, por malhechores de frac, simuladores o gazmoños, por necios y pícaros. “Esa es la sociedad: una reunión de víctimas y verdugos”. Sí, “el mundo todo es máscaras” y, a veces, “la cara es más pérfida que la careta”. Todos están encubiertos: esos amantes, esos casados, ese abogado, ese médico, ese poeta, ese militar. “Se está vistiendo de gran uniforme, es decir, disfrazando”. “Ya lo ves: en todas partes hay máscaras en todo el año. ¿A qué, pues, esa prisa de buscar billetes? Sal a la calle y verás las máscaras de balde”. “Todo el año es Carnaval”, porque para “embromarse y engañarse los hombres unos a otros todos los meses son buenos”. Y qué permanente caos en estos o aquellos tiempos y lugares. Echa una mirada a la historia de los pueblos. “Palabras”... “ruido”... “confusión”... “positivo nada”.

¿Escepticismo? ¿Acritud? Por supuesto. Pero cuánta verdad en estos artículos de costumbres, en que, al parecer, queda España tan mal parada. Mas ya lo apuntó —y lo rubricamos—: hay en ellos una censura universal, según se ha visto. Es la Historia, es la Sociedad... “La desgracia ha presidido la creación de este mísero globo”. En medio de la crítica hay una defensa de su país. “Amo demasiado a mi patria para ver con indiferencia el estado de atraso en que se halla”. “¡Pobre España!” Sí, ciertamente. No obstante, responde a las censuras de “amigo Periquito”, que siempre se lamenta: “¡Cosas de España!”

¿Es que en Francia y en Inglaterra no pasa lo mismo? ¿Es que allí no hay “intrigas”? ¿Es que allá todos los hombres “son unos santos varones”? “Borremos, pues, de nuestro lenguaje la humillante expresión que no nombra a este país sino para denigrarlo”. Sí, el mundo entero ha sido y es el escenario de los errores humanos. En uno de sus mejores artículos *Figaro* viene a recordar todas “las calamidades” de los hombres en una burla llena de ingenio: la pérdida del Paraíso, la guerra por infidelidad de Helena, la fundación de Roma por dos ladrones, las invasiones bárbaras, “la preocupación religiosa, la superstición, el fanatismo”, las guerras de los reyes, la falta de libertad, la violencia, y la injusticia, “calamidad de calamidades”.

Cuando entra el satírico en materia política, no anda con circunloquios. Quiere defender solamente “la Razón y la verdad”, ser “independiente en mis opiniones”, dirigidas con claridad a todos, y tener “el gusto de escribir lo que pienso”. Una y otra vez insistiría en el horror de la guerra civil y condenará a los facciosos y a su presunto rey Carlos, a quien todavía creían los “apostólicos” poco absolutista. Defiende, así, a la reina viuda y regente, María Cristina, porque, aun en sus oposiciones, ha favorecido la causa liberal y los derechos ciudadanos; ha decretado una amnistía por la cual la intelectualidad desterrada —siempre la reacción contra la inteligencia— puede retornar al país; ha permitido la fundación de instituciones de cultura. No perdona Larra los equívocos y los errores de los jefes gubernamentales, los de Martínez de la Rosa, los de Álvarez Mendizábal, los del conde de Toreno, los de Alcalá-Galiano, a pesar de que están ya lejos de la arbitrariedad

política de Calomarde. “La España está acribillada de abusos civiles, judiciales, burocráticos, de todas especies”. Está en favor de una serie de reformas que lleven a España al plano de las naciones más adelantadas y más cultas. Aboga por la elección parlamentaria directa, por la libertad de pensamiento y de imprenta, el saneamiento económico. Todo ese trabajo titulado “De 1830 a 1836” es una proclama de alta política. “¿Se deberá desesperar de la revolución española? Todo lo contrario”. Como no ha sobresalido ningún hombre providencial, eso prueba que la revolución “no es patrimonio de nadie, es decir, que es patrimonio de todo el mundo”. Dirá: “necesítase un pueblo que reine sobre un rey”. Cree que España está madura para “instituciones más amplias”; “La España, a pesar de su grandeza, de sus derechos hereditarios y de sus mayorazgos, es una tierra eminentemente democrática” y agrega “el pueblo es más fuerte que el gobierno” y llega a justificar las demasías populares cuando la prepotencia gubernamental busca sojuzgarlo. No quiere la Constitución de 1812, porque aquellas Cortes hablaban “en nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo: gran principio para una novena; buena es la devoción, pero a su tiempo; eso es adoptar, heredar de la Monarquía el derecho divino; la sociedad puede servir a Dios en toda clase de gobiernos. El Supremo Hacedor no delega facultades temporales... La sociedad se hace ella misma por derecho propio sus reyes y sus asambleas. Cristo vino al mundo a predicar, no a redactar códigos”. Propicia una nueva Constitución adecuada al tiempo actual, de 1836. Y piensa en las palabras de Lafayette: “Una monarquía republicana, un trono popular rodeado de instituciones republicanas”.

Desea una evolución pacífica, eficiente, progresista. Comprensión y equilibrio, inteligencia y honestidad. Nada de barbarie, de fanatismo, de guerra. En su artículo "Literatura" insiste en sus ideas sobre la situación de España. Acusa la "muerte de la libertad nacional, que había llevado ya tan funesto golpe en la ruina de las Comunidades" y a ella se añadió "la tiranía religiosa y la tiranía política". Larra entiende que el estado decadente de las letras españolas se debe a la propia decadencia del país por la reacción imperante desde hace muy largos años. El progreso intelectual está en relación con el usufructo de las libertades, y quiere "abrir un campo más vasto a la joven España". Libertad en todos los órdenes, desde la política y social hasta la moral y de conciencia; libertad en la literatura y las artes, en el comercio y la industria. *Fíguro* ha estudiado a España en todos sus aspectos, en sus buenas y malas condiciones, y, haciendo una crítica punzante, no vacila en puntualizar las ideas de regeneración que podrán llevar a su patria al nivel de las naciones más avanzadas de Europa. Es un nacionalista en el mejor sentido de la palabra, mas es, a un tiempo, un europeísta, un partidario de que su pueblo pueda alternar y competir en el más alto concierto universal. Mariano José de Larra pertenece, pues, a la España liberal, que es la más genuina, la que se apoya en los fueros antiguos y en las viejas Cortes, la regida por los reyes hispanos y no por las dinastías extranjeras, la España tradicional y popular a un tiempo, la de los señores que dicen al monarca "nos somos tanto como vos y todos juntos más que vos". En fin, la España más entrañable, más auténtica y más libre, avasallada, tantas veces y ahora, por las potencias oscuras de un retroceso despótico y fanático.

Todo este nobilísimo pensamiento se entenebrece porque sus conceptos más nobles están batidos por su pasión fatal. Cuando escribe "El día de difuntos de 1836" cae en el desengaño y la desolación. Entiende que se ha levantado a mucha altura sobre las realidades de su patria. A su alrededor no ve más que un cementerio de esperanzas e ilusiones. "Aquí yace media España. Murió de la otra media"... "Mi corazón no es más que otro sepulcro".

* * *

Parte de la copiosa labor periodística de Mariano José de Larra se refiere a la crítica teatral. El *Duende*, el *Bachiller*, *Fíguro* concurren a los coliseos matritenses, abrieron juicio sobre los dramas y comedias estrenados y, también, formularon algunas consideraciones muy certeras acerca del estado de la dramaturgia española en aquel tiempo. Larra muestra un juicio agudo en sus comentarios. Sus críticas son, por lo general, breves, aun cuando, en ciertas ocasiones, se alargan con la narración detallada de las fábulas y la calificación del arte de los actores. Siempre, aquí o allá, incluyen un párrafo definitorio. Es ingeniosa la burla que hace del melodrama de Ducange *Treinta años o La vida de un jugador*, en seis actos farragosos. "Con otros seis más se completaba una docena, y el público no se quedaba a media miel", pues así el autor daría relación precisa de lo que falta: "el entierro del buen Jorge y de su mujer y de su niña, una cosa que hubiera costado tan poco trabajo...". Nadie pide "perdón al público del mal rato que le han dado". Le gusta Moreto, a quien suele citar con frecuencia, y entiende que es "una linda

comedia" su obra *A cada paso, un caso o El Caballero*. Muy justas son las reservas que le hace a Bretón de los Herreros en *Un tercero en discordia* y otras piezas. Reconoce la "habilidad del poeta" —cómico, por supuesto—. "El calor, sin duda, de su imaginación le lleva a formarse a veces una sociedad ideal, donde sólo considera virtudes y vicios, perfecciones y defectos personificados, y situaciones posibles de efecto; ésto le aparta de la pintura verdadera de la sociedad en que vivimos". También alterna los elogios y las observaciones negativas en el teatro de Martínez de la Rosa. Si bien afirma que, en *La conjuración de Venecia* el "plan está superiormente concebido", señala el error de extender demasiado las escenas de pasión. "El sentimiento es una flor delicada; manosearla es marchitarla". En resumen, entiende que es "un drama lleno de mérito". Muy avizor es el juicio que formula sobre Víctor Hugo y Alejandro Dumas, pues determina que el primero es más poeta y el segundo más seguro autor teatral. "Dumas es el más conocedor del teatro y sus efectos". No por eso deja de censurar el final de Anthony "¡La amé, me resistía y la he asesinado!" como una situación "ridícula, inverosímil exageración de un honor mal entendido". Mucho mejor le parece el drama *Catalina Howard*, donde advierte sobre el fondo espiritual de los personajes, su autenticidad. "Nadie es más dramaturgo que él, incluso Víctor Hugo, de quien ya en otras ocasiones hemos dicho ser más lírico que dramático, más brillante que profundo". *Fígaro* da el espaldarazo a dos autores noveles, quienes, confirmando sus asertos, llegarán a ser primeras figuras del romanticismo español: García Gutiérrez y Hartzzenbusch. Asegura que *El Trovador*

tiene un plan "rico, valientemente concebido y atinadamente desenvuelto, y, si bien acusa defectos evidentes, reconoce en el autor "un instinto dramático seguro". De *Los amantes de Teruel* asevera que "están escritos en general con pasión, con fuego, con verdad". Cuando se enfrenta con *Hernani*, la obra de la famosa batalla romántica, dice que "Víctor Hugo es más poeta que autor dramático; no porque el conocimiento del teatro le falte, sino porque su imaginación ahoga casi siempre en él la voz del corazón". Notable es, en esta serie de trabajos la defensa que hace Larra de Molière, cuyo *Tartufo* juzga pésimamente traducido, y que aparece, como personaje escénico, en una obra, el nombre de cuyo autor omite. Acusa la "dificultad de poner en escena a los hombres grandes con verdad o verosimilitud, por lo menos; agréguese a ésto que para hacer hablar a Molière es preciso ser otro Molière". Y como, según parece, el protagonista habla en la pieza de sus muchos valores, añade: "El hombre de mérito suele ser el que menos echa de ver su gloria y, por consiguiente, el que menos habla de ella".

Fíguro incluye en sus críticas dramáticas opiniones en torno al teatro y consideraciones de un orden estético e histórico. Donde se extendió más a este respecto es en el artículo "Reflexiones acerca del modo de resucitar el teatro español". Si el teatro es una diversión, y una "diversión indispensable", lo cierto es que "dirige la opinión pública", morigerera las costumbres, que "son, en nuestra opinión, el único apoyo sólido y verdadero del orden y de la prosperidad de un pueblo". Requiere para el público "instrucción y educación". ¿Quién ha de instruir y educar al público? "Los autores", "los poetas", "los hom-

bres de talento, que han sido los que en todas las naciones han dado siempre los primeros este primer impulso”. Los autores con sus obras, los críticos con su imparcialidad, deben abrir el camino. “Verdad es que necesitan algún apoyo”. Larra pide, luego, para los autores “el derecho de propiedad” —avanzada iniciativa para la época—. “¿Puede oirse con paciencia que se hayan pagado de una vez con mil o dos mil reales comedias que han producido por espacio de muchísimos años, que producen todavía y que producirán, Dios sabe hasta cuándo, tesoros a las empresas?” Pide, asimismo, que se alivien los impuestos a los empresarios teatrales. Acoge como una esperanza la creación de una escuela de arte dramático, de la cual salgan buenos actores. Con estas y otras medidas, “tendremos teatro español; entonces el suelo de los Lopes y Calderones, de los Tirsos y los Moretos, volverá a retoñar ingenios”.

* * *

¿Qué ha hecho Mariano José de Larra para lograr esa regeneración del teatro en su país? Como crítico ha hecho mucho. Ha examinado con ponderación y sindéresis las obras estrenadas en las salas madrileñas. Ha propiciado la cultura del público, estimulado a los autores, enaltecido a los poetas, saludado con elogio a dos noveles que serían ilustres dramaturgos de su época, recordado a los clásicos. Pero no ha llevado su teoría a la práctica. Ciertamente era joven todavía para exigirle que fuese a contribuir a la recuperación de la dramaturgia. Pudo, sin embargo, hacer más. En sus artículos de costumbres se advierte su facilidad para escribir el diálogo. “Me perezco por los

diálogos” —dice en “Polémica literaria”. Bien puede señalarse el titulado “Yo quiero ser cómico”, tan irónico y aleccionador, como un breve paso de comedia. Su labor de crítico demuestra la afición al teatro. ¿Por qué, en lugar de iniciar una labor original, se atiende a las traducciones? Probablemente para ganar dinero en unos años en que sus ingresos pecuniarios no eran abundantes; acaso con el fin de *hacerse la mano* para componer obras personales. El arte de traducir no es fácil. Le dedica un trabajo. “Traducir bien una comedia es adoptar una idea y un plan ajenos que estén en relación con las costumbres del país a que se traduce, y expresarlos y diálogoslos como si se escribiera originalmente”. Adopta así, él, varias piezas de Scribe, el autor que dominaba en los escenarios franceses de aquella época. Y se burla de la repetición de versiones de ese comediógrafo tan fecundo. Se reciben sus obras “con los brazos abiertos” —ríe, pero contribuye a la reiteración.

La primera comedia que da a la escena Mariano José de Larra, *No más mostrador*, es un arreglo hecho hábilmente de *Adieu au comptoir*, del autor parisiense, que fue estrenada en el teatro de la Cruz el 29 de abril de 1831. El buen éxito le animó a seguir con esa tarea. Siguiéron otras del mismo carácter, como *Las desdichas de un amante dichoso*, *El arte de conspirar*, *Julia* y *Siempre*, también de Scribe: *Felipe*, la ópera bufa *El rapto* con música del maestro Genovés. Las firma con el seudónimo Ramón de Arriala, porque “mi nombre es mi única fortuna y he de economizarlo”. Más adelante traducirá *Don Juan de Austria*, de Casimiro Delavigne. En la que pone mayor justeza es en la versión de un melodrama disparatado, que

debió rechazar su buen juicio y que, le entusiasmó, sin embargo: *Roberto Dillon o El católico de Irlanda*, de Ducange, a quien él, paradójicamente, había censurado al hacer crítica de *Treinta años o La vida de un jugador*. Todo ese trabajo es adaptación realizada con esmero, mas no puede contar como labor dramática original. Vayamos, pues, a la única obra propia que escribió *Figaro* ahora sí, firmada con su apellido, porque la considera digna de él: *Macías*. Su autor lo anuncia como “drama histórico en cuatro actos y en verso”, y se estrena el 24 de septiembre de 1834, con los actores Carlos Latorre, en el protagonista, y Concepción Rodríguez, ambos ilustres en aquella época.

Mariano José de Larra aparece, pues, aquí como poeta dramático. Había escrito versos desde su adolescencia y, luego en ocasiones especiales: para celebrar el casamiento de Fernando VII con María Cristina; lo que no le impidió burlarse, después, de “los malos versos de circunstancias”: “No hay cosa, Andrés, como nacer poeta...”. También escribió algunas fábulas, así las de “El escarabajo y la araña” y la de “El ruiseñor y el burro”: “Y cuanto más añeja la ignorancia / más debe por los sabios despreciarse”. Con todo ello, Larra no podía considerarse un poeta. Pero como entendía que un drama no podía escribirse en prosa, apeló, por consiguiente a la forma lírica para su auténtica obra de teatro.

El tema de *Macías* no era original. Lope de Vega, siempre en precursor, había tomado la leyenda del trovador galaico Macías, del siglo XIV, algunas de cuyas poesías han quedado en el *Cancionero de Baena*, y con ella compuso la comedia *Porfiar hasta morir o Macías el enamorado*. Dicha leyenda tiene varias versiones —una de ellas adop-

tada, asimismo, por Argote de Molina— y en todas su protagonista es asesinado por un señor de la corte del rey de Castilla, esposo de la dama de quien Macías se había enamorado. Inspirándose en el drama del *Fénix*, escribió Francisco Bances Candamo, a fines del siglo XVII, otra obra titulada *El español más amante y desgraciado Macías*, en la que acentúa el carácter galante y cortesano de la conseja. Tales eran las fuentes del “drama histórico” de *Figaro*, que reúne el suceso capital con algún episodio secundario. Su fábula puede resumirse así: En el palacio del Marqués de Villena, maestre de Calatrava, en Andújar, recuerda Fernán Pérez de Vadillo, hidalgo y escudero del magnate, que Nuño Hernández le prometió la mano de su hija Elvira, con quien habría de casar cumplido el plazo de un año. La doncella pidió al padre esa demora, porque está enamorada de Macías y éste partió para llevar a cabo una misión del Marqués de Villena, sin que haya retornado al terminar el duodécimo mes. Nuño cumplirá su promesa a Fernán, a quien teme, porque el hidalgo es, además, un partido ventajoso para la modesta condición de él y de su hija. En vano Elvira rogará a su padre que permita aguardar a Macías durante unos días más. Recuerda su gallardía, su valor, sus proezas:

¿Su ardimiento? ¿Vos mismo no le visteis
 ha un año, poco más, en Tordesillas
 los premios del torneo arrebatando,
 cuando el rey Don Enrique el nacimiento
 celebraba del Príncipe? ¿Cuál otro
 más sortijas cogió, corrió más cañas?

.....

¿Pedisle hazañas?

El Algarbe las diga, que aún las llora;
 y el campo de Baeza, donde escritas
 su espada las dejó con sangre mora.

Nuño se niega a prolongar el plazo y dice que sabe casado al trovador, y, entonces, la joven, celosa, concluye por ceder para vengarse del ingrato: "Mis cadenas ya rompí... Yo me caso también hoy". Así concluye el acto primero. En la segunda jornada, el Marqués de Villena, que lamenta su fama de nigromante, de astrólogo, porque se dedica a las ciencias y no a las armas, confía en que Macías habrá muerto en la guerra contra los árabes y que la boda de su fiel escudero podrá celebrarse ese mismo día. No perdona a Macías haber tomado la defensa de su esposa Doña María Albornoz en el pleito de separación matrimonial y de tal modo desea él, asimismo, vengarse del doncel. Los preparativos del casamiento han terminado y la ceremonia nupcial será celebrada en una hora. De improviso se presenta ante el Maestre de Calatrava un caballero armado, la celada baja en el airoso casco. Ha estado preso por orden de aquél y sólo ha escapado fingiendo amor por otra dama. Cuando se descubre, reclama la mano de Elvira:

A Elvira hablaba en el sueño,
despierto a Elvira también;
y ni conozco otro bien,
ni soy de no amarla dueño.

El Marqués rechaza la pretensión. Y en ese momento, aparecen Elvira y Fernán, ya enlazados ante el altar, mientras Macías clama: "¡No hay esperanza, / sino morir o matar!"

Se ha concertado un duelo entre el marido y el enamorado, y Elvira lamenta que por su culpa haya una muerte. Es el acto tercero. Macías penetra en la cámara

y propone la fuga a la recién desposada: “Pruébame huyendo / que fué liviandad el dar tu mano”. Y como ella se niega, le entrega su espada para que le mate con esa misma mano que ha dado a otro hombre:

La vida arráncame, pues me has quitado
lo que era para mí más que mi vida.

El Marqués y Fernán Pérez llegan. El Maestre ordena apresar a Macías, en tanto Elvira confiesa que ella sólo ama a él y se encerrará en un convento, aun contra la voluntad de su esposo, a quien insulta y rechaza Fernán rehuirá el duelo e intrigará para que el doncel sea asesinado en el calabozo. La jornada última ocurre en la prisión de Macías. Elvira ha sobornado al carcelero, donándole sus joyas, y propicia la huída de su amante, que desea llevarla con él, pero ella duda por temor a retardar la fuga. Le da una daga para que se defienda y le hace jurar que la hundirá en su pecho si son sorprendidos: “la muerte no me asombra”. . . “Primero que ser suya —aludiendo a Fernán—, entrambos juntos muramos”. “¡Mujer heroica!”, clama el trovador. Ya es tarde. Aparece el Escudero con gente armada y asesinan a Macías. “¡Maldición sobre ti!” Y ella misma se clava la daga, que toma de la mano de su enamorado moribundo. “La tumba será el ara donde pronta / la muerte nos despose. . . Dichosa muero contigo”. Y Macías puede aún pronunciar unas palabras: “Es mía para siempre”.

Luego del estreno de *La conjuración de Venecia*, de Martínez de la Rosa, cumplido unos meses antes en ese año 1834, el drama de Larra viene a confirmar la escuela del romanticismo español. *Don Alvaro* o *La fuerza del sino*,

del Duque de Rivas, dado a conocer poco después, compone la trilogía que determina la nueva estética, asegurada, en seguida, por *El Trovador*, de García Gutiérrez, y *Los amantes de Teruel*, de Hartzenbusch. Aun cuando influidos por los románticos franceses, los de España no olvidaban el teatro del Siglo de Oro y en éste se apoyaron. Explícate de este modo que sus fábulas reprodujeran temas de los autores del XVII, que, a su vez, se inspiraron con frecuencia en las antiguas leyendas castellanas. Con estas fuentes relativamente serenas, evitaron los excesos imaginativos en que se incurrió en el teatro de Francia en aquella época. Así, la trama de *Macías* es simple y directa y guarda, curiosamente, las unidades de acción y de tiempo, rotas por Hugo y Dumas. En ella juega como factor primero *la fatalidad*, que los románticos habían heredado de Shakespeare, sucesora del *ananké* helénico. Macías sólo regresa a Andújar al cumplirse el plazo fijado para su enlace con Elvira, y el retardo producirá la catástrofe. Es el mismo recurso de *Los amantes de Teruel*, también basado en antiguas fuentes castellanas y alguna extranjera. Esta sobriedad, esta sencillez de recursos, favorecen la obra, en su esencia, si bien la hacen un tanto sumaria en el contenido vital, por cuanto los personajes no alcanzan una talla humana convincente. Se desenvuelve el drama, en su conjunto, en un plano elemental. Impulsado directamente por el conflicto, el autor no se detiene en la expresión substancial de las *dramatis personae*, que son figuras de acción exterior. Si la forma es ágil, el fondo se resiente. La razón de tal deficiencia es, fundamentalmente, la juventud de Larra, la falta de meditación que diera a sus personajes un mayor y más hondo espíritu, un concepto más denso,

un lenguaje más trabajado. También adviértese su insuficiencia lírica, porque *Fígaro* no era un poeta nato. Agréguese la inexperiencia escénica, pues que se trataba de una primera obra dramática. Sin embargo, logró el autor rodear a su drama de un clima emotivo. Hay conmoción en ese desventurado idilio, en esa frustrada huida de las amantes. La muerte conjunta llegaba del *Hernani* y de *Romeo y Julieta*. No se produce sin alternativa azarosa e inquietante. Se logra la expectación en los dos últimos actos. El diálogo contiene escasa poesía, según se anotó, y frecuentemente es prosaico. En pocas escenas asciende el estro, más cuando el protagonista se prepara al lance de honor y requiere su arnés para el combate con verbo decorativo:

.....
 y tú, al despuntar la aurora,
 prevén, Fortún, cuidadoso,
 un alazán poderoso
 y mi espada cortadora.
 Mis armas negras bruñidas
 régistra bien, y dos lanzas
 prevénme. Mis esperanzas
 mira no salgan fallidas.

O bien cuando impreca, sintiendo que Elvira va a ser la esposa de su rival:

¿Lo esperas, Fernán Pérez? ¡Insensato!
 No, no la estrecharás, mientras mi sangre
 hierva en mi corazón. Ábrate paso
 por medio de él tu espada. Este el camino
 es al bien celestial que me has robado.
 ¡No hay otro! ¿Y ella es tuya? Corre, vuela.
 ¡Mira que es mía ahora, y que te aguardo!

Elvira logra, también, alguna elocuencia al resistirse a una nupcia impuesta contra su amor:

... ¡Vínculos tristes
que antes de unirme acabarán mi vida!
¿Yo al pie del ara con perjurio labio
ante un Dios que a los pérfidos castiga,
eterno amor le juraré a un esposo
que me roba mi bien, y por quien siento
odio tan sólo?

La versificación alterna el romance, el cuarteto, el endecasílabo blanco, en variación fácil, pero no con soltura en la rima cuando precisa la consonancia. Con sus insuficiencias *Macías* induce a pensar que Mariano José de Larra pudo haber llegado —en vida más larga— a componer obras dramáticas de mayor consideración. Si bien el poeta no habría alcanzado más alto relieve lírico, el dramaturgo se hubiera superado en la madurez, pues el arte dramático necesita de ella. Como obra de los veinticinco años, el “drama histórico” de *Figaro* merece ser tenido como una de las bases más genuinas del teatro romántico de España. ¿Y, si en lugar de seguir la estética imperante desde el prefacio de *Cromwell*, Larra se hubiera convencido de que su musa era irónica y satírica? Entonces habría, tal vez, legado a la escena de su patria obras que se hubieran aproximado sin desmedro a las de Molière, a las de Beaumarchais. Su genialidad indudable, precoz en escritor tan juvenil, nos lo permite intuir, sin duda. Desdichadamente, una mujer se interpuso en su camino y un pistoletazo dio fin a su vida, tan espléndidamente dotada de altas cualidades intelectuales. Quién sabe si Mariano José de Larra, de ingenio tan agudo, de pensamiento tan amplio y decisivo, no habría llegado a ser el mayor poeta cómico del teatro español.

GUILLERMO VALENCIA *

Hacer un alto en medio de la violencia y el caos que ensombrecen el mundo, en esta hora de prueba para la humanidad, para recordar a un poeta, a un puro y fervoroso forjador de belleza, es algo, ciertamente, consolador y auspicioso. La guerra, el crimen, el secuestro, el robo aleñoso, la áspera y cruenta contienda ideológica, el delito político, cubren, como una nube amenazante, aquí y allí, a la mayor parte de los países del orbe. Las viejas estructuras crujen, como débiles andamios, y los principios de honestidad, de honradez, de tolerancia y de justicia, que antes, y hasta hace poco, tuvieron vigencia y sirvieron de norte en la vida, se desvanecen y caducan en esta insólita confusión universal que todo lo arrasa, y que a todos nos golpea y nos hiere. Lograr una pausa, siquiera sea brevísima, para rendir homenaje a un poeta, a un creador de belleza, es como ver que, en medio de la oscura tormenta, el cielo se abre y se ilumina, llenando de amor y de esperanza a las

* Palabras leídas por el académico Fermín Estrella Gutiérrez en el acto de homenaje al poeta Guillermo Valencia en ocasión del centenario de su nacimiento, realizado en el Salón Dorado del teatro Cervantes, el 5 de diciembre del año último, organizado por la Embajada de Colombia.

cosas y a las criaturas. Nada hay tan valioso en el mundo, como la bondad y la belleza. La bondad esencial es la fuerza oculta que inspira todo lo que es noble, elevado y puro en la vida del hombre. La belleza es ese algo indefinible, inefable, que nos eleva por encima de todas las contingencias, y que, al iluminar los seres y las cosas que la poseen, alumbra también por dentro, como un divino resplandor, a quienes la adivinan y la sienten. A las emanaciones de la ciénaga, preferiremos siempre la belleza y el perfume de la rosa. Esa belleza protectora y dignificadora, es la que late en lo hondo de la verdadera poesía. El mundo de los grandes poetas ha sido siempre el mundo fascinante y purificador de la belleza. La poesía verdadera es como un viento que todo lo vivifica y ennoblece. Bien venida ella a este mundo de lágrimas y sangre en el que una parte de la humanidad lucha, ciegamente, con la otra, desdeñando la hermosura de los campos, de los sentimientos y los seres. Lo que crea, es bueno. Lo que destruye, es malo. No hay atenuación ninguna, en esta antinomia que esteriliza y malogra, la vida del hombre.

Guillermo Valencia, el poeta máximo de Colombia y uno de los más altos e inspirados poetas de nuestra lengua, suma todo eso desde los años iniciales de su adolescencia, y en su doble condición, en la Colombia de su tiempo, de hombre de acción y de poeta, sólo dos fuerzas tremendas e irrenunciables, mueven, y orientan, su destino: el deseo de mejorar la suerte de su país y de sus compatriotas —tal fue su designio en su actuación pública—, y su culto, de toda la vida, apasionado y absorbente, por la poesía, que hizo de él, en las letras de América, el gran poeta que todos admiramos.

Nacido en 1873, hace ahora un siglo, en Popayán, capital

del Cauca en su tiempo, y una de las ciudades más antiguas y bellas de Colombia y de América —cuna también del sabio Francisco José de Caldas y del patriota Camilo Torres—, en el seno de una ilustre familia colombiana con hondas raíces en la nobleza española, todo lo fue en su patria, a la que no sólo dedicó versos ya inmortales —recordemos sólo el bellísimo canto a su Popayán natal—, sino que toda su vida fue una ofrenda constante, y heroica, al país que lo vio nacer y a los nobilísimos ideales de justicia y de redención humana que quería fuesen siempre los que inspiraran a sus connacionales. Jefe político y militar en la región del Cauca, su patria chica, estadista, jurista, parlamentario —fue durante largos años senador—, candidato por dos veces a la presidencia de la República, orador de palabra tensa y arrebatadora, Guillermo Valencia fue todo eso, enriqueciendo la vida política y la legislación de Colombia —fueron muchas y beneficiosas las leyes del país hermano que él prohibió—, sin dejar de ser, siempre, el poeta puro y magnífico, leído y reverenciado por todos, dentro y fuera de su patria. En él el hombre público y el poeta fueron siempre una misma cosa, única e indivisible. Los hechos de su tiempo no enturbiaron nunca la tersa y casi diamantina belleza de su poesía. El hombre que se desvelaba por hacer de su Colombia nativa la patria de la legalidad, de la justicia y de la felicidad al alcance de todos, era el mismo que sentía en lo hondo de su ser, la belleza, y que creaba sus más hermosos poemas descriptivos o tíernamente líricos. Lo paradójal y aparentemente contradictorio, se daba en él, como cosa natural y lógica. Afiliado al partido conservador y de gustos refinados y aristocráticos, y al mismo tiempo hondamente demócrata y liberal, pocos políticos

colombianos bregaron más en su patria por una mejor repartición de la riqueza y por una mayor jústicia social, que Guillermo Valencia. Cazador de bestias salvajes, como Nemrod, pulsó la lira como David, y fue cristiano y pagano al mismo tiempo y, tal vez, en el fondo, un intemporal y ecléctico alejandrino. Educado en la Europa finisecular, se sintió americano y colombiano por encima de todo. Romántico en la raíz íntima de su verso, fue a la vez un poeta cuya poesía —parnasiana, simbolista y aun decadente—, pareciera la contradicción misma del romanticismo. Él no empezó siendo, como el mexicano Gutiérrez Nájera, precursor del modernismo, y Rubén Darío, el pontífice máximo de la célebre corriente literaria, un imitador de los poetas clásicos y románticos, anteriores al modernismo. Él surgió con *Ritos*, su primer y casi único libro, aparecido en 1899, ya formado y definitivo, dueño del divino temblor, y de la palabra justa, enjoyada y única, que caracterizaría toda su breve, y magnífica, producción. Y, aunque, como dice Sanín Cano, “no lo fascinaron las escuelas”, en trance de tener que ubicarlo en alguna de ellas, de todas las cuales tomó sin duda algo, será siempre forzoso y necesario considerarlo como modernista, siendo sin disputa uno de los principales valores de dicho movimiento. El lejano Egipto y la Grecia inmortal, el hechizo y el bálsamo del cristianismo —lo pagano y lo cristiano se dan en él, ya lo dijimos antes, como ensamblados—; las cosas y los símbolos desfilan en la obra de este Leconte de Lisle americano como una fluyente armonía que todo lo transforma y lo embellece. Sus “coloquios”, el de “San Antonio y el Centauro” por ejemplo, son dignos hermanos del “Coloquio de los Centauros” de Darío. En ellos, Oriente y Occidente se muestran en sus esencias más recónditas y

entrañables como que son frutos a la vez de su honda y asimilada erudición, y de su estro inspirado y lúcido. Pero lo que sobresale, quizá como la condición más personal de su poesía, es la sabiduría innata, y espontánea, con que labra verso a verso, sus poemas, la elección de la palabra justa, e insustituible, que hace de cada uno de sus poemas, una joya de inmarcesible belleza. Aquí están la originalidad, la grandeza y el encanto de su poesía, que ha subsistido, victoriosamente, hasta hoy, pese a los cambios y a las modas efímeras de ciertas escuelas literarias. *Ritos* y *Catay*, este último, colección de poemas chinos traducidos por él del francés, aparecida en 1929, y que es también una prueba del exotismo de parte de su obra —de *Ritos* había salido una segunda edición en Londres, en 1914, con prólogo de Sanín Cano—, constituyen un aporte de singular valor a la poesía americana en lo que va de siglo, y lo colocan a su autor, con Rubén Darío, Ricardo Jaimes Freyre y Leopoldo Lugones, entre los epígonos del modernismo, la gran empresa de renovación de la poesía española, tan importante en la historia de ésta, como lo fue la de Boscán y Garcilaso y los poetas italianizantes a comienzos del Renacimiento.

Gran admirador de Darío, a quien conoció personalmente en París, después de la publicación de *Ritos*, mezcló en la alquimia de su verso la plástica y el firme dibujo de los parnasianos y las secretas alegorías de los simbolistas, con la dulce, sugestiva música, de los decadentes. Muy antiguo y muy moderno, como dice el verso del mismo Darío, su sabio instinto lo libró sin embargo de fáciles influencias, siendo, desde sus comienzos, amo y señor de su verso, personalísimo y único. Heredero, en la rica poesía colombiana, del inolvidable José Asunción Silva, el autor del famoso

“Nocturno”, supo hacerse su propio camino y encontró su propia voz, legando a su patria una obra impar, que el tiempo y los sucesivos cambios, como dijimos antes, no han marchitado.

“La obra de Valencia —escribió Carlos García Prada—, es imperecedera y constituye el más noble esfuerzo de sinceridad y de amor a lo bello en sus aspectos humanos, eternos y universales”. De *Ritos* dijo un crítico español que “presenta el conjunto poético más logrado de Colombia”, agregando que Valencia se muestra en dicha obra “parnasiano y simbolista, rico en imágenes personales, que lo hacen uno de los más interesantes poetas del modernismo”. “Obra breve e impecable” dice del citado libro otro crítico, para quien Valencia es el más típico representante del modernismo iniciado por Silva. Y el maestro Sanín Cano, gran amigo de Valencia, en cuya casa, muerto éste, vivió un tiempo, y a quien conocí y traté durante su larga estada entre nosotros, dice de él en el libro *Letras colombianas* a propósito de su producción en prosa en la que también dejó Valencia páginas memorables: “Valencia no es solamente un poeta. Es escritor de prosa de recursos múltiples, de frase amplia, matizada, pródiga de sentido profundo, exterior y esotérico. Su conocimiento de varias literaturas, de muchos países y de numerosas y variadas personalidades le suministra ricos elementos para representar con eficacia y fascinadora transparencia los tiempos, las vicisitudes de los hombres y el paso de los imperios”.

Admirador de su talento y de su obra, desde los albores de mi adolescencia, fui, el año pasado, a Popayán, su ciudad natal, para conocer el lugar en el que vio la luz y se formó el ilustre poeta y hombre público. Igual peregrinaje había

hecho, días antes, invitado también por las autoridades colombianas, a otra ciudad del idílico valle del Cauca, Cali, con el propósito de rendir homenaje a la memoria de Jorge Isaacs, el inmortal autor de *María*, el primer *best seller* hispanoamericano, según la acertada frase de Germán Arciniegas. Llegado a Popayán, y conquistado de inmediato por el hechizo de la antigua ciudad, situada en una planicie, al pie del volcán Puracé, de sus calles angostas y empinadas, de sus casas coloniales encaladas o de vivos colores, de ventanas enrejadas; de los cerros parduscos que la rodean como un abrazo, y de la verde vegetación de sus placitas y jardines, subí por un puente estrecho tendido sobre el río hasta la casa natal del poeta, llamada Belalcázar, una enorme mansión de dos plantas, toda ella un monumento histórico, verdadero museo de la ciudad, en el que están enterrados el poeta y su esposa, Josefina, uno de sus hijos esclarecidos, el gran orador y político Guillermo León Valencia, ex presidente de la República, fallecido no hace mucho, y otros miembros de su familia. Subí por la ancha y señorial escalera, y fui recorriendo, acompañado por otro hijo del poeta, Álvaro Pío, ex legislador y ex rector de la Universidad local, de ideas avanzadas, fiel custodio de la casa y de sus tesoros, primero el patio central y el claustro, y luego, salones y más salones, ante las miradas de los antepasados del poeta, colombianos y españoles, cuyos retratos, oscurecidos por el tiempo, penden de las paredes. Muebles antiguos, vitrinas con viejos uniformes militares, de apagados colores, recuerdos de familia, y en el amplio escritorio, libros y más libros en las bajas bibliotecas, diplomas académicos —allí vi el de nuestra Academia Argentina de Letras, designándolo miembro correspondiente, firmado por Calixto Oyuela y Arturo Ma-

rasso—, condecoraciones, y dos fotografías inolvidables mostrando las cabezas yacentes de José Asunción Silva y Rubén Darío. Todo en penumbra, amortiguado, y como sumergido en un evocador silencio de muchos años. Al retirarme, me detuve abajo, en el pequeño patio cubierto al pie de la escalera, donde reposan los restos del poeta y de su esposa. Y sobre las altas paredes del patio, en rectangulares lápidas de mármol blanco, grabados a buril, los dos bellísimos sonetos de Valencia dedicados a su desaparecida compañera, que Álvaro Pío nos leyó a mi esposa y a mí, con voz conmovida:

A LA MEMORIA DE JOSEFINA

I

De lo que fue un amor, una dulzura
sin par, hecha de ensueño y de alegría,
sólo ha quedado la ceniza fría
que retiene esta pálida envoltura.

La orquídea de fantástica hermosura,
la mariposa en su policromía,
rindieron su fragancia y gallardía
al hado que fijó mi desventura.

Sobre el olvido mi recuerdo impera;
de su sepulcro, mi dolor la arranca;
mi fe la cita, mi pasión la espera,

y la vuelvo a la luz con esa franca
sonrisa matinal de primavera:
¡Noble, modesta, cariñosa y blanca!

II

Que te amé, sin rival, tú lo supiste,
y lo sabe el Señor; nunca se liga
la errátil hiedra a la floresta amiga
como se unió tu ser a mi alma triste.

En mi memoria tu vivir persiste
con el dulce rumor de una cantiga,
y la nostalgia de tu amor mitiga
mi duelo que al olvido se resiste.

Diáfano manantial que no se agota,
vives en mí, y a mi aridez austera
tu frescura se mezcla gota a gota.

Tú fuiste a mi desierto la palmera,
a mi piélago amargo, la gaviota,
¡tú sólo morirás cuando yo muera!

Popayán y los Valencia son una misma cosa. La pequeña ciudad, llena de encanto y poesía, explica la obra bella y hondamente sentida, del gran poeta, y la poesía del autor de *Ritos* —y de muchos otros poemas posteriores recogidos en volumen bajo el título de *Obras poéticas completas*, edición Aguilar, Madrid, 1948, con prólogo también de Sannín Cano—, explica y resume la belleza de la ciudad de sus amores, cuna de dicha poesía.

Felices los pueblos que cuentan con una literatura enraizada en su tierra, en su historia y en el alma de sus hijos, testimonio de su pasado, y estímulo fecundo para el incierto porvenir. Colombia, la “Atenas de América” como se la llamó en el pasado, tierra de poetas y de oradores, cuenta en su historia con creadores cuya celebridad traspasó sus propias fronteras. Nombraré sólo aquí a Gregorio Gutiérrez González, el autor del bello poema “Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia”; al poeta y crítico Rafael

Pombo; a Jorge Isaacs, el autor de la nombrada *María*; a José Asunción Silva, autor del "Nocturno", posiblemente la poesía más leída en América; a Baldomero Sanín Cano, filósofo y escritor de obra medulosa y fecunda; a José Eustasio Rivera, el iniciador de la moderna novela americana, con *La vorágine*, la vigorosa novela de los caucheros de las selvas amazónicas, y a Guillermo Valencia, el poeta de "Palemón el Estilita", "Las dos cabezas", "Leyendo a Silva", "Moisés", "A Popayán", "Anarko", "San Antonio y el Centauro", "Cigüeñas blancas", "Los camellos":

Dos lánguidos camellos, de elásticas cervices,
de verdes ojos claros y piel sedosa y rubia,
los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
a grandes pasos miden un arenal de Nubia...

y de tantos otros poemas, inmortales como él, que hoy, a los cien años de su nacimiento, nos congrega en este singular homenaje, organizado por la Embajada de Colombia, su país natal.

En la voz de Berta Singerman volverán a vivir sus versos, vibrantes de luz, de color y de vida. Su nombre, en la poesía americana, junto a los de sus cofrades, Silva, Darío, Jaimes Freyre y Lugones, como el de los grandes poetas que escribieron con sangre sus versos, no morirá nunca del todo. Como el correr de los ríos, como el brillo del sol sobre los campos, como el canto de los pájaros, como todo lo que nace, y vive, en el insondable corazón de la naturaleza, que tampoco muere nunca. Los hombres y mujeres del futuro volverán a sus versos como se vuelve al puro manantial para saciar la sed, y el cansancio, del camino. Y ésa será su gloria. La que ahora, desde aquí, entrevemos, en las playas remotas y misteriosas del porvenir.

DANTE EN DON FRANCISCO DE QUEVEDO

Arturo Farinelli en *Dante in Spagna*, etc. (Torino, 1922) advierte de entrada que los “poetas españoles admiran, desde los primeros años del “cuatrocientos”, al Alighieri y que en el sacro poema recogen, a través de un siglo, inspiraciones, imágenes, temas con más constancia que sus émulos en Francia o en parte alguna”. Y Menéndez y Pelayo (*Antología*, etc., V) confirma, al discurrir sobre don Enrique de Villena, que la *Divina commedia* “era a la sazón en España una especie de breviario poético”. Sabemos que don Enrique de Villena, suerte de nigromante a quien distinguimos en el *Infierno* quevedesco, que nace en la centuria de la muerte del Alighieri, “vulgariza en prosa castellana”, como él dice, la *Divina commedia*. (Dicha versión corre por los caminos de Europa, y hasta atraviesa el mar de Inglaterra, pues según se cree Enrique VIII la poseía, acaso traída en el ajuar de doña Catalina de Aragón, culta hija de los reyes católicos y esposa repudiada del trágico monarca shakespiriano).

El estudio de Farinelli se circunscribe a la edad media. ¡Cuánto pudo habernos dicho de la poesía española en la edad de oro, iluminada, aquí y allí, por Dante y especialmente de don Francisco de Quevedo, discípulo consciente o inconsciente del magno poeta!

Confieso que no he logrado leer, en estudiosos de varias lenguas, ningún comentario de Dante en Quevedo. De ahí que la pertinente búsqueda sea fruto en agraz de mi asidua lectura del proteico creador del *Buscón*, la *Providencia de Dios* o los *Sueños*, donde se dan la mano toda la vergüenza de la tierra y toda la serenidad estelar. Quevedo es el poeta más original de la literatura española, aunque su poderoso ingenio no haya cristalizado en un *Calixto y Melibea*, en un *Quijote*, en unos endecasílabos de Garcilaso o en una decena de comedias, más perfectas que las de Molière, del "monstruo de la naturaleza", cuyas mil ochocientas comedias cercan la visión como imponente e intrincado bosque.

Quevedo tuvo alma de centauro. Parece equino cuando se solaza en los instintos primordiales, frecuentados por Rabelais, y parece divino cuando irradia su frente el fulgor de los estoicos. De ahí que comprenda al poeta que se hunde en el *Infierno* y señorea el *Paraíso*. Veamos succinctamente cómo fue su vida.

Don Francisco de Quevedo Villegas nace en estirpe ilustre, originaria, allá en el siglo XII, de la montaña santanderina. Si bien ufano en su estirpe, jamás olvida el juicio del Alighieri en el *Convivio*: la virtud "actual" posee fueros más poderosos que el linaje añejo. Alfredo de Vigny en el poema titulado *Esprit pur* abraza el mismo concepto, es decir, que "renacemos" como hijos de nuestras buenas obras y se sobreentiende que espirituales. El padre de Quevedo sirve en la corte de Carlos V y de Felipe II, y su madre es dama de Ana de Austria y luego de Isabel Clara Eugenia, quien pudo haber sido reina de España, en vez del inepto Felipe III, y reina insigne como lo fue

en el gobierno de Flandes. (No en balde la ejemplar princesa desciende en línea directa de Lorenzo el Magnífico). Quevedo en su niñez y primera juventud vive en palacio y se codea con muchos "augures" de los "semblantes del privado". ¿Qué recoge en la cohabitación palatina? De seguro un residuo de vanidad y estulticia. Pues los cortesanos son éticamente tan "pequeños" como en lo físico fue el "grande" de España que memora Sancho Panza en un diálogo quijotesco.

Permítaseme un paréntesis. Anualmente leo en la biblioteca Marciana, patrocinada por el Petrarca, y es lectura de volúmenes inagotables, las *Relazioni*, que abrazan varios siglos, de los embajadores venecianos pronunciadas en el senado de la Serenísima. Los *oratori*, así llamados, poseen ojos de lince hasta en los más ocultos escondrijos de las alcobas o los despachos regios. Los asertos suyos son la "verdad entera" que dice Quevedo en un endecasílabo. Alvise Mocenigo, Giovanni Giustiniani, Domenico Zane, Marino Zorzi, Giovanni Cornaro, Pietro Gritti, Leonardo Donà, Paolo Tiepolo, husmeadores entre otros de la conciencia española, jamás nombran a un escritor o a un artista. Se diría que Cervantes y Velázquez no existieron. Sólo en Simeone Contarini (vol I, Venezia, 1860) aparece, y muy de pasada, un pintor: Zurbarán, *pittore di stoffe*, y esto es muy cierto. En Francesco Soranzo (vol. I, Venezia, 1856) hay un juicio amargo: "Los nobles no estiman a los literatos y por ende las letras. Son harto ociosos. Enemigos del ejercicio, rehuyen las justas, las cárceles, la equitación y consumen su tiempo jugando a los dados o a los naipes". ¡Cómo olvidar los ducados italianos, centros de cultura, eternizada en las áureas páginas del

Castiglione! Asimismo trae la memoria¹¹ la corte de Catalina de Médicis, suegra de Felipe II, aireada en la poesía de Ronsard, o la de Luis XIV, abuelo de Felipe V, quien sienta a su mesa a Molière o tiene como lector a Racine en noches desveladas. El joven Quevedo conoce aquella opaca humanidad en su existencia cortesana. Repitamos: qué grande de España se vincula a las letras o qué rey las protege. Solo me llega un nombre: el de Lemos, amparador de Cervantes, aunque en cierta ocasión prefiera a los Argensolas, y a quien Cervantes dedica las *Novelas ejemplares*, las *Ocho comedias*, la segunda parte del *Quijote* y *Persiles y Sigismunda*. (La amistad del duque de Sessa con Lope es mejor callarla, pues huele a tercería). Felipe IV, según Domenico Zane, pinta diestramente (quizá su obra, ignorada por los pósteros, desapareciera en el incendio del alcázar en el siglo XVIII). El veneciano olvida el nombre del maestro, galeote en el taller de las "meninas", siquiera el rey lo condecore, no como pintor, oficio tenido en menos, sino como maestresala o algo semejante.

La monarquía española fue pecadora en el espíritu, en el espíritu de las letras, gloria inmarcesible de la raza. Lope de Vega, ídolo popular, jamás penetra en los estrados reales, y Cervantes, cuando ya pasea Don Quijote por el mundo, si no fuera por el recordado conde de Lemos habría muerto de hambre. Es la oscura tradición del trono. El último rey, inteligente si los hubo, orador e historiador en potencia, a quien mucho frecuenté en Roma hasta las vísperas de su muerte en marzo de 1941, en cierta ocasión díjome textualmente: "Los escritores españoles me miran por encima del hombro como si fuera un analfabeto". Mas si Alfonso XIII tiende la mano a los es-

critores de la llamada, aunque muy holgadamente, generación del 98, y oye consejos, acaso su destino no concluye en una simple elección municipal.

Dejamos a Quevedo en palacio, rico en pequeñeces humanas y pobrísimo en humanidades. En el colegio matriense de la Compañía de Jesús, gana tales humanidades. Aristóteles y Tucídides, Séneca y Luciano son sus amigos predilectos. Traduce a Anacreonte, aunque no domine cabalmente, según se dice, el griego, como lo dominarían don Juan Valera en Longo y Menéndez y Pelayo en Esquilo. A los dieciséis años (nace en 1580) ingresa en la Universidad de Alcalá de Henares, fundada por Cisneros, donde aprueba la licenciatura en artes y en Valladolid completa el doctorado teológico. Posee el don de lenguas: la griega y la latina, la hebrea (vierte los *Trenos* de Jeremías) y la arábica, la italiana y la francesa. Lector apasionado de Montaigne, a quien llama Montaña, comenta, y por primera vez en España, los *Ensayos*, cuya filosofía, fruto de la cotidiana, alerta comprensión, se derrama en uno de los senos de su espíritu, tironeado frenéticamente por el maligno corcel de la imagen platónica y que aspira, al propio tiempo, como el Goethe de *Fausto*, en alcanzar lo "imposible", es decir, lo inefable. El *Buscón* atestigua como fue su juventud complutense y en *La vida turbulenta de Quevedo*, obra de don Luis Astrana Marín (Madrid, 1945), que abraza la madurez hasta la muerte, tal vida parece un relato de fantásticas aventuras. Se distrae en mortíferos lances de espada, en amores espurios, en vergonzosas polémicas, donde los vocablos hieren hasta la corcova de Alarcón o la nariz judaica de Góngora. Naturalmente que los pies maltrechos del satírico quedaban cada día más

torcidos. En lo escatológico, que dije, se encharca, aunque muchos chistes, nacidos en el burdel y que llevan su nombre, sean obra de los enemigos suyos. Mas siempre hay una bandera que protege el contrabando verbal de los genios. ¿Quién se asusta en los crudos adjetivos de Dante contra la curia romana o contra Forese Donati? Si el satírico interroga su propia conciencia abarca un diáfano horizonte de verdad y poesía. Defiende a Homero disminuido por el Escalígero. Por tal causa Justo Lipsio, divulgador de Séneca, mantiene correspondencia con él y en una de sus postreras cartas, fechada en Lovaina el 22 de febrero de 1605, así lo elogia: "¡Oh gloria suprema de los españoles!" Quevedo a la sazón tenía veinticinco años.

Recordemos su vida política. Se vincula, e ignoramos en qué circunstancia, con el duque de Osuna, cuyo antepasado Telles Girón sirve en la corte de los reyes católicos. El gran señor mantiene generosa amistad —cierta vez momentáneamente enturbiada— con el gran poeta. Fraternalizan en las armas y en las letras del discurso quijotesco. El soldado gana sus hazañas con el virreinato de Sicilia y luego el de Nápoles, y es su consejero, ministro y embajador cerca de la Santa Sede, Génova y Venecia el poeta del *Anacreón castellano*, obra que le está dedicada. La misión en Venecia, rotas intempestivamente las relaciones diplomáticas con España, concluye en un sainete que pudo ser trágico, pues los sicarios del tribunal de los Diez, llamados a asesinarlo, juegan a los naipes en su compañía, pues el embajador viste como un sucio pordiosero. Disfrazado esquiva la venganza de la Serenísimá.

Osuna, héroe de cien batallas durante el reinado de Felipe III, cae en las garras del conde duque de Olivares,

nuevo válido, y muere ignominiosamente en la cárcel. Quevedo consagra a su memoria cuatro sonetos que son para Astrana Marín (*op. cit.*) los más bellos de la poesía española. En mi sentir sólo uno de los sonetos merece tal primacía, y es el de los dos endecasílabos cósmicos: “Su tumba son de Flandes las campañas / Y su epitafio la sangrienta luna”. (La sangre lunar es sin duda, y la observación es de Jorge Luis Borges, de vena otomana).

Fijémonos en la obra del polígrafo, vertida en millares de páginas no se sabe dónde y en qué tiempo. Los genios poseen un colaborador invisible. En 1606 concluye el primero de los *Sueños*, titulado *Juicio final*. Tiene abierta la *Divina commedia* (en algunas ediciones figura, y sin fundamento, un códice del beato Hipólito) y adormecido contempla a los difuntos que dejan sus tumbas y se dirigen al tribunal de Dios, “vestido de sí mismo” *. Vemos a soldados y a capitanes, a avarientos, a vanidosos, a golosos, a escribanos, a médicos, a astrólogos. . . Todos sin excepción son pecadores. Parece un ángulo del *Infierno* que leía o del fresco de la Sixtina que admiró en su visita vaticana. Hay algo más o algo menos, según se mire: la desfachatez caricaturesca, digna de Brueghel o el Bosco, o si se quiere el surrealismo trágico de Picasso en *Guernica*. Es la náusea que provoca la mayoría de los bípedos, sean reyes, primeros ministros, titulados o anónimas criaturas movidas por los instintos. Todos alternan en la danza, en la danza macabra que escalofría los tiempos medios. En la tremenda humanidad, y en otro de los *Sueños*, distin-

* El texto que aquí y allí cito es el de la *Biblioteca de autores españoles*.

guimos a Julio César con la “cabeza coronada de laurel, el cuerpo lleno de heridas, el cuello de sangre”, quien responde a Plutón: “. . .Dí con Bruto y Casio, los que me mataron a puñaladas con pretexto de la libertad, siendo persuasión de la envidia y codicia propia de estos perros, el uno hijo y el otro confidente. No aborrecieron estos infames el imperio, sino el emperador. Matáronme porque fundé la monarquía; no la derribaron, antes apresuradamente ellos instituyeron la sucesión de ella. Mayor delito fue quitarme a mí la vida que quitar yo el dominio a los senadores, pues yo quedé emperador y ellos traidores; yo fuí adorado del pueblo en muriendo, y ellos fueron justiciados en matándome. . . ¡Cuánta más gloria será al pueblo romano haber tenido un hijo que la hizo señora del mundo que unos padres que la hicieron con guerras civiles madrastra de sus hijos!” Los padres concriptos, según Quevedo, son los reos del dilatador de la grandeza romana. En ultratumba Bruto conoce la verdad y así increpa a los senadores: “Hablad, responded; con vosotros habla el divino Julio. Tales sois, que yo y Casio fuimos traidores porque os creímos. . .” No hay duda de que en esta escena se respira la atmósfera dantesca. ¡Lástima que el juicio de Lucifer carezca de grandeza trágica! César es castigado porque despreció “avisos y advertencias”, y Bruto y Casio quedan como “escándalo de las almas políticas” y los senadores vegetan “entre Minos y Radamanto”. A pesar de todos los pesares, Quevedo admira a Bruto, pues en una de sus postreras obras, inspirada en Plutarco, traza este asombroso retrato del huésped infernal: “. . .Varón severo que reprendía los vicios ajenos con la virtud propia y no con las palabras. Tenía el silencio elocuente y las razones

vivas. No rehusaba la conversación por no ser desapacible, ni la buscaba por no ser entrometido. En su semblante resplandecía más la honestidad que la hermosura. Su risa era muda y sin voz: juzgábanla los ojos, no los oídos". El estilo que aquí luce, el de su segunda época estoica, no es el de los *Sueños*: "Perenne danza de los muertos", que dice Menéndez y Pelayo (*Historia de las ideas estéticas*, etc., II, V).

Felipe III oscurece el sol de Flandes y deja el erario reducido a ardites. El oro de México y la plata del Perú, administrados por el duque de Lerma, se despilfarran en cada remesa al cabo de un día, y no es hipérbole. Felipe III, según el embajador Pietro Gritti (*op. cit.*, p. 465), adeuda a los genoveses doce millones de ducados áureos. ¡Cuánta verdad en la letrilla satírica, la del *Poderoso caballero / es don Dinero!*: *Nace en las Indias honrado / Donde el mundo le acompaña: / Viene a morir en España, / Y es en Génova enterrado.* . .

España y las Indias occidentales y orientales celebran con flautas y platillos el advenimiento de Felipe IV. El joven rey, amante de la poesía y el arte, padece la misma abulia de su antepasado Juan II, padre de la grande reina Católica; pero Juan II reposa en don Álvaro de Luna, quien hubiera sido el Richelieu español del siglo xv si el rey, movido por la envidia y el recelo de los señores feudales, no acaba con él en el cadalso vallisoletano. En tanto Felipe IV reposa en el conde duque de Olivares —nacido en Roma y en el palacio del futuro papa Doría el velazqueño—, quien precipita con la emancipación portuguesa y la miseria económica el ocaso del imperio antes omnímodo. Impera el hambre hasta en los segundones de la aristo-

cracia. La novela, llamada picaresca, descubre el ansia de los estómagos vacíos que piden mondadientes para engañar las "apariencias". Y es un alarde, de veras doloroso, del orgullo de casta.

Los primeros años del reinado de Felipe IV son eufóricos. Quevedo frecuenta de continuo la corte, acompaña a Felipe IV en el viaje a Andalucía y lo hospeda en su casa, la del señorío de la Torre de Juan Abad. Esto no lo engríe como se infiere en la carta dirigida, el 17 de febrero de 1624, al marqués de Velada. La amistad regia es también la del privado. De ahí que enderece a éste la *Epístola censoria*, donde brillan las virtudes del discípulo de Epicteto y de Séneca. Asimismo en la *Epístola* brillan, y esto nos interesa, las inspiraciones del Alighieri.

Quevedo lee y relee la *Divina commedia* y sabe de memoria el canto XV del *Paraíso*, donde el tatarabuelo Cacciaguida, cruzado del emperador Conrado de Suabia, evoca con acridulce nostalgia, desde el cielo marciano, la Florencia de su juventud: "...in pace, sobria e pudica (*Par.*, XV, 99). Se desconoce entonces la angustia en la dote de las hijas, quienes ajenas de espejos, joyas, postizos, laboran en la rueca y distraen a los vástagos con fábulas legendarias. El lecho espera al marido que aún no lo abandona para ir a "Francia". (¡Cuánta paz, cuánta discreción cívica, cuánto *dolce ostello!* (*Par.*, XV, 132) En cambio la Florencia contemporánea, prostituida la austeridad en los hombres, cubiertos antaño de ásperas pieles, y la vocación materna en las mujeres, decae acortada por las tijeras del tiempo. (Es metáfora dantesca.) El lirio, emblema soberbio de la república, enrojece a causa de las divisiones partidarias.

La Florencia beatífica de Cacciaguida es la del siglo XII, y su evocación acaece en el cuarto mes del siglo XIV. La España de la *Epístola censoria*, compuesta a principios de la tercera década del siglo XVII, necesariamente es la de la privanza de don Álvaro de Luna, en el siglo XV, y la del reinado de los Católicos, hijos de Juan II, quienes conciertan la unidad nacional, corona de la edad media, ensanchan horizontes y anuncian el esplendor del Renacimiento. En la historia milenaria de España nunca hubo un reinado semejante.

En el segundo terceto de la *Epístola censoria* figura este juicio de Tácito, epígrafe como sabemos en *La Gaceta* de nuestro Mariano Moreno: *¿No ha de haber un espíritu valiente? / ¿Siempre se ha de sentir lo que se dice? / ¿Nunca se ha de decir lo que se siente?* ¡Cuánta fe abriga en el conde duque su futuro verdugo! Leamos el otro terceto: *Hoy, sin miedo que libre escandalice, / Puede hablar el ingenio, asegurado / De que mayor poder le atemorice.* El sentimiento de Cacciaguida campea cuando *la robusta virtud era señora* y las mujeres hilaban en la rueca —la *chioma* de la *rocca* toscana del siglo XII (*Par.*, XV, 124)—, e hilaban para los esposos, y es toque macabro del realismo español, *la mortaja primero que el vestido.* Si los florentinos no abandonan el lecho conyugal con el señuelo de Francia, en cambio las españolas acompañan al marido *más veces en la hueste que en la cama* (se comprende que esto suceda en la “reconquista” del suelo patrio). La mollicie, allí como aquí, aterciopela las manos encallecidas y afeitada con rojos y blanquetes las mejillas femeniles. Los nuevos ricos del comercio sedoso y lanero y de los “rubios” yacimientos indianos, compran la *honestidad con pieðras*

finas. La riqueza allí disminuye en lá guerra fratricida y aquí en la prodigalidad cotidiana. La nación *que más quiso los turbantes que los ceros mendiga el crédito a Liguria*. Todavía oímos la añoranza de Cacciaguida: *Y quedaron las buestres españolas / Bien perfumadas, pero mal regidas, / Y alhajas las que fueron pieles solas*. Quevedo exhorta al valido a fin de que renazcan las antiguas tradiciones. Dice el terceto: *Jineta y cañas son contagio moro; / Restitúyanse justas y torneos, / Y hagan paces las capas con el toro*. El último endecasílabo, el de seculares oídos sordos, parece inspirado en San Francisco Borja, bisnieto de Alejandro VI como duque de Gandía, quien ve en las "corridas" un "deporte del demonio".

En la obra enorme de Quevedo es posible recoger otras reminiscencias dantescas. Por ejemplo, en las *Cartas del caballero de la tenaza* se dice: "...No se ha de jugar a los dados, ni se ha de leer en Dante..." ¿Cómo no pensar que tiene presente la lectura del canto VI del *Purgatorio* donde se emplean los "dados" en el juego de azar llamado la *zara*? (*Purg.*, VI, I). En la *Visita de los chistes*, Juan de la Encina en un chistoso disparate se detiene en las "damas" y nombra a Beatriz. Esto y aquello, y la visión del *Infierno*, donde distinguimos en una redoma al primer traductor de la *Divina commedia*, y especialmente la *Epístola censoria*, señalan el influjo del Alighieri en el poeta castellano.

¿Hubo un poeta feliz? En la vieja Roma tal vez Horacio, protegido por Mecenas y aplaudido por Augusto; mas la "mitad del alma suya", el autor de la *Eneida*, nunca creyó en sí mismo. Los otros grandes mueren envenenados como Lucano o desterrados como Ovidio. En Italia Pe-

trarca ostenta todos los laureles, aunque arguya con estético renunciamiento que confía más en la muerte que en la vida. Olvidemos nombres y detengámonos en los tres dioses mayores de España. Cervantes distrae en una farsa los padecimientos carcelarios, económicos, familiares; pero su risa sacude el fondo del alma, sedienta de poesía y que bebe el acíbar de la realidad cotidiana. Don Quijote es el ensueño contrastado cruelmente por la verdad. Lope de Vega jamás lleva a las tablas a un héroe tan dramático como el encarnado en su propio vivir: terribles crisis de conciencia —las de un sacerdote sacrílego— y dolores inauditos cuando la hija predilecta huye con un sujeto, apellidado civilmente Tenorio, y parece escarnio. Quevedo fraterniza en el infortunio con Dante.

En Dante pesa la condena de la horca o el fuego, pero esquiva como sabemos a los sayones, aunque suba y baje extrañas escaleras, durante dos décadas, y coma pan que sabe a sal. Quevedo escribe que en sus sesenta y un años, doce años “crecieron” en prisiones, y no cuenta la última de veras trágica. Como contraste vemos al señor del señorío de la Torre de Juan Abad, que luce en el jubón la envidiada orden jacobea, y pasea “pomposidades”, que diría don Juan Valera, embajadoriles. Alterna en el mundo dorado de la época. El gran señor, no es sólo uno de los tres escritores preclaros de su siglo, sino también un patriota hasta la medula. No silencia la decadencia, que huele a podredumbre como diría Shakespeare, de sus Españas, abismadas por el conde duque, trasunto de ruindad, en quien todavía confía el monarca prematuramente envejecido. Felipe IV, en el postrer retrato de Velázquez (el del Prado madrileño), parece la imagen de un cadáver.

Y este cadáver semihemipléjico, engendra a un heredero deforme que apenas supo leer, cuyo retrato conozco en Marino Zorzi y en Giovanni Cornaro, embajadores de la Serenísima. En Carlos II, rey impotente, concluye la dinastía de los Austrias, que dilata los anales con Carlos V y Felipe II. Quevedo no puede callar —repito— el desquicio de su patria, *nave sanza nocchiere in gran tempesta* (*Purg.*, VI, 77), y escribe un *Memorial* que el rey encuentra bajo su servilleta al sentarse a comer. El *Memorial* es la autopsia, en carne viva, de la descomposición política, social, económica de España. Nunca se ha escrito en España nada semejante en cruenta verdad. No falta el Judas, como el que vende a Cervantes en Argel, que sopla a Olivares el nombre del autor.

De noche, y es invierno, prenden a Quevedo en el palacio del duque de Medinaceli donde se hospeda, y, sin darle tiempo a abrigarse en su capa, lo llevan al convento de San Marcos, sito en León (donde en los días que corren hay el hostel más espléndido de Europa), y lo encierran en un calabozo, cuyos muros sudan la filtración del río que lo baña. Esto ocurre en 1639, y casi un lustro después, es decir, a la caída del conde duque de Olivares, Quevedo respira la luz del sol. Dos años más tarde muere en Villanueva de los Infantes.

El poeta del retruécano reidero, de la sátira drolática, del carbón caricaturesco, también es el poeta que traduce a Epicteto y a San Francisco de Sales, medita en Séneca y en los padres de la Iglesia y compone, inspirado en el canto XV del *Paraíso*, la *Epístola censoria* más perenne que el bronce.

TEXTOS Y DOCUMENTOS

I. Enmiendas y adiciones a los Dictionarios de la Real Academia Española *

abadía. [*Dice en la etimología: abbattia, deberá decir: abbatia.*]

abarquillar. tr. [*Enmienda.*] Dar a una cosa delgada, como lámina, plancha, papel, etc., forma de barquillo convexo. Ú.t.c.pnrl.

abrir. . . . V. *ábrete, tierra.*

acarreo. . . . // *de acarreo.* . . . // 3. fig. Dícese de los materiales que un escritor o, un investigador, un orador, etc., aporta, tomándolos de diversas fuentes y sin someterlos a una elaboración personal.

* Aprobadas por la Real Academia Española (Comunicados de mayo 1973 a febrero 1974).

NOTA. Las diferencias que pueden advertirse entre estas definiciones, tomadas de los *Comunicados* que envía periódicamente la R. Academia Española, y las que se publican luego en forma definitiva en el *Boletín* de dicha Institución, se deben a que este último suele aparecer con posterioridad al de la Academia Argentina, debido al distinto período del año en que sesionan ambas instituciones.

- acolchado. m. *Arg.* Cobertor relleno de plumón o de otras cosas, que se pone sobre parte de la cama para adorno o abrigo.
- acrisolado, da. p. p. de acrisolar. // adj. Dicho de ciertas cualidades positivas humanas (como *virtud*, *honradez*, etc.), que se manifiestan sin tacha. // 2. Dicho de personas, intachable, íntegro.
- acuático, ca. . . . // 1 bis. V. *esquí acuático*.
- achabacanamiento. m. [*Enmienda.*] Proceso mediante el cual algo o alguien alcanza la calidad de chabacano. // 2. Resultado de dicho proceso; *chabacanería*.
- administrativista. com. Persona que profesa el derecho administrativo, o tiene en él especiales conocimientos.
- adoptar. . . . // 2. [*Enmienda.*] Recibir, haciéndolos propios, pareceres, métodos, doctrinas, términos, ideologías, modas, etc., que han sido creados por otras personas o comunidades. // 4. Adquirir, recibir una configuración determinada.
- adoquinado. . . . // 2 bis. Conjunto de adoquines que forman el suelo de un lugar.
- adorar. . . . // 4 bis. [*Enmienda.*] fig. Gustar de algo extremadamente.
- adquisición. . . . // 3. fig. [*Enmienda.*] Persona cuyos servicios o ayuda se han logrado.
- adrede. . . . [*Suprímese de caso pensado.*]
- adueñarse. . . . // 2. Hacerse dominante algo en una persona o en un conjunto de personas. *El terror se adueñó de ellos.* .
- adulter. f. Condición de adulto; edad adulta.
- adversario, ria. . . . // 2. [*Enmienda.*] m. y f. Persona con-

- traria o enemiga. // 2 bis. colect. Conjunto de personas contrarias o enemigas.
- aeronáutica. . . . // 2. Conjunto de medios destinados al transporte aéreo o, en particular, a su empleo castrense.
- aeróstato. [Enmienda.] *globo aerostático* o *dirigible*.
- afeitador. [Enmienda.] afeitador, ra. (De *afeitar*.) adj. Que afeita. // 2. m. ant. *barbero*. // 3. f. ant. *vellera*. // 4. f. Máquina de afeitar eléctrica.
- afeitadora. [Suprímese.]
- afición. . . . // 3. fam. [Enmienda.] Con el artículo *la*, conjunto de personas que asisten asiduamente a las corridas de toros o a ciertos espectáculos deportivos.
- agregar. . . . // 2. [Enmienda.] Añadir algo a lo ya dicho o escrito.
- agrupación. . . . // 2 bis. Conjunto de personas u organismos que se asocian con algún fin.
- agrupar. . . . // 2. Constituir una agrupación. Ú.t.c.p.rnl.
- aguardar. . . . // 3. [Enmienda.] Esperar a que venga o llegue alguien o algo.
- aguijonazo. . . . // 2. fig. Estímulo vivo; burla o reproche hiriente.
- agujero. . . . [Enmienda a la 1ª acepción.] m. Abertura más o menos redondeada que traspasa alguna cosa, como tela, papel, pared, tabla, etc. // 1 bis. Abertura más o menos redonda que profundiza en un objeto sin traspasarlo.
- agujeta. . . . // 7. pl. [Enmienda.] Molestias dolorosas que pueden sentirse en los músculos algún tiempo después de realizar un esfuerzo no habitual o reiterado.
- ahorrar. . . . // 2 bis. Guardar dinero como previsión para necesidades futuras. // 2 ter. Evitar un gasto o consumo mayor.

- ajar** ³. . . // 3. prnl. [*Enmienda.*] Deslucirse una cosa o una persona por vejez; y un ser vivo, también por enfermedad.
- alarife**. . . // 3. *Argent.* y *Urug.* Persona astuta y avisada, pícaro.
- albardón**. [*Suprímese la acepción 4; la número 5 pasa a ser 4; y la número 6 pasa a ser 5.*]
- albardón**. (Del ár. *birdawn*, caballo o mulo de carga, con probable influjo de *albarda*.) ant. V. *caballo albardón*. [. . .] [*Enmienda a la 5ª acepción.*] *Argent.*, *Bol.*, *Parag.* y *Urug.* Loma o elevación situada en terrenos bajos y anegadizos, que se convierte en islote con la subida de las aguas.
- albarello**. (Del it. *albarello*, *alberello*.) m. Bote de cerámica usado en las farmacias, de boca ancha y forma cilíndrica, estrechada en la parte central.
- alergista**. com. Médico especializado en afecciones alérgicas.
- alergólogo, ga**. m. y f. *alergista*.
- alto** ³. . . [*Enmienda a la 1ª acepción del Suplemento.*] m. Detención, parada o suspensión de una actividad cualquiera. *Un ALTO en el camino o en el trabajo.*
- analogía**. *Fil.* Atribución de la misma nota o carácter a varios objetos en distinto sentido; úsase frecuentemente a diferencia de univocidad o equivocidad. Relación de diversos objetos o conceptos entre sí, por la cual se les aplica un término común. . . // 3. *For.* Método por el que una regla de ley o de derecho se extiende a campos no comprendidos en ella.
- ángor**. (Del lat. *angor pectoris*.) m. *Med.* *angina de pecho*.
- archipiélago**. . . // 2 bis. Conjunto, generalmente numeroso, de islas agrupadas en una superficie, más o menos extensa, de mar.

archivología. f. Disciplina que estudia los archivos en todos sus aspectos.

archivológico, ca. adj. Perteneciente o relativo a la archivología.

archivólogo, ga. m. y f. Persona que se dedica a la archivología o que tiene especiales conocimientos de ella.

ascendente. . . . // 1 bis. m. *Astrol.* Punto de la eclíptica en que se inicia la primera casa celeste, al observar el cielo para realizar una predicción.

autognosis. f. Conocimiento de sí mismo, reflexión sobre sí mismo.

autotrófico, ca. adj. Dícese de las propiedades y procesos de los organismos autótrofos considerados como tales.

autótrofo, fa. (De *auto-* y el gr. τροφός, alimentador.) adj. *Biol.* Dícese del organismo que, como las plantas clorofílicas, es capaz de elaborar su propia materia orgánica a partir de sustancias inorgánicas.

bacteriólogo. . . . [*Enmienda.*] **bacteriólogo, ga.** . . . m. y f. Médico especializado en bacteriología.

bache. . . . // 1. [*Enmienda.*] Hoyo que se hace en el pavimento de calles o caminos, por el uso, u otras causas.

banderín. . . . // 3. [*Suprímese.*] // *de enganche.* Oficina destinada a la inscripción de voluntarios para servicio militar.

barato, ta. . . . [*Enmienda a la 1ª acepción.*] adj. Dícese de cualquier cosa vendida, comprada u ofrecida a bajo precio, o a un precio más bajo que de otra tomada como punto de referencia, la cual es cara o más cara con relación a ella.

bayoneta. . . . // *a bayoneta.* loc. adv. con que se designa la manera de sujetar una pieza encajándola a presión en un muelle.

- bromatológico, ca. adj. *Med.* Perteneiente o relativo a la bromatología.
- bromatólogo. [*Enmienda.*] bromatólogo, ga. m. y f. Médico especializado en bromatología.
- cadena. . . // *de barbada.* Véase *barbada*, hierro del freno de las caballerías.
- calvario. . . // 1 bis. Lugar, generalmente en las afueras de un poblado, en el que ha habido o hay una o varias cruces; *humilladero.*
- camarógrafo, fa. (De *cámara* y *-grafo.*) m. y f. Operador de cinematografía o de televisión.
- cancerología. f. Rama de la medicina, que se ocupa del cáncer.
- cancerológico, ca. adj. *Med.* Perteneiente o relativo a la cancerología.
- cancerólogo, ga. m. y f. Especialista en cancerología.
- capeador. [*Enmienda.*] capeador, ra. adj. Que capea o roba la capa. Ú.m.c.s.m. // 1 bis. Dícese de la persona diestra en dar lances de capa. Ú.m.c.s. // 3. m. y f. *Guat.* Estudiante o escolar que capea o hace novillos.
- capitoste. m. (Del cat. *capitost.*) Persona con influencia, mando, etc. Ú. con sent. despectivo.
- cardiólogo. [*Enmienda.*] cardiólogo, ga. m. y f. . . .
- caro¹, ra. . . // 2 bis. Dícese de cualquier cosa vendida, comprada u ofrecida a un precio más alto que el de otra tomada como punto de referencia, la cual es más barata con relación a aquella.
- carrera. . . // *hacer la carrera.* fr. Recorrer la calle una prostituta halconeando.
- casco. . . // 13. [*Añádese Can.*]
- casete. (Del fr. *cassette.*) amb. Cajita de material plástico

que contiene una cinta magnética para el registro y reproducción del sonido.

caspia. [Enmienda.] f. Ast. Corazón de la manzana o de cualquier otro fruto.

catalnica. [Enmienda.] (De *catalnica*, d. de *Catalina*, n. p.) f. *cotorra*, papagayo pequeño.

cerebración. f. Proceso mental que se considera resultado de la actividad cerebral.

cerebralismo. m. Predominio de lo cerebral o preferencia por ello.

cíclico, ca. . . . // 3. [Enmienda.] Aplícase a la enseñanza o instrucción gradual de una o varias materias.

ciclo. . . . // 2 bis. Conjunto de una serie de fenómenos u operaciones que se repiten ordenadamente. Así *el CICLO de un motor de explosión, de una máquina herramienta, de la corriente eléctrica; el CICLO económico*, etc. // *La acepción 2 bis. actual pasa a ser 2 ter.*

cima. . . . // 4. fig. [Enmienda.] Remate o perfección de alguna obra o cosa. // 4 bis. fig. Culminación, ápice, punto más alto que alcanzan una cualidad, una sensación o un proceso, y también un ser, considerado en su propio desarrollo o en comparación con el que han alcanzado otros seres (*Cervantes alcanza su CIMA con el Quijote; Cervantes es la CIMA de la novelística española*).

cirujano. [Enmienda a la 1ª acep.] cirujano, na. m. y f. Médico especializado en cirugía.

civil. . . . // 6. [Enmienda.] Dícese de las personas, organismos, etc., que no son militares o eclesiásticos.

civilista. . . . // 2. [Enmienda.] com. . . .

clasista. (De *clase*.) adj. Dícese de lo que es peculiar de una

clase social. // 2. Que es partidario de las diferencias de clase o se comporta con fuerte conciencia de ellas. Ú.t.c.s. club. [Enmienda.] m. **clube**.

clube. [Pasan aquí la etimología y definiciones que hasta ahora figuraban encabezadas por club.]

colada. f. Ecuad. Especie de mazamorra hecha con harina y agua o leche, a la que, en algunos sitios, se añade sal y en otros, azúcar.

Coloq. . . . *Coloquial*. [Añádese esta abreviatura.]

coloquial. . . . // 2. [Enmienda.] adj. Califica voces, frases, lenguaje, etc., propios de la conversación, que pueden llegar o no a registrarse en la obra escrita.

complemento. . . . // 3 bis. *Biol.* Sustancia existente en el plasma sanguíneo y en la linfa, que queda destruida por temperaturas superiores a los cincuenta y seis grados centígrados y es indispensable para que dichos líquidos ejerciten su actividad inmunitaria.

compositivo, va. . . . [Enmienda.] Aplícase a las preposiciones, partículas y otros elementos con que se forman voces compuestas. [Siguen los ejemplos, con la siguiente adición:] *AUTÓcrata, geOLOGÍA, HIDROstático*.

conjunto. . . . // 6. [Enmienda.] Grupo de personas que intervienen, bailando y cantando, en algunos espectáculos teatrales, como variedades o revistas. // 7. Orquesta formada por un pequeño número de ejecutantes, que cultivan la música ligera acompañando a un cantante o cantando ellos mismos.

conservero, ra. . . . // 3. Propietario de una industria conservera.

contar. . . . // ¿ qué cuentan ustedes?, ¿ qué cuentas?, ¿ qué

- cuenta usted?* Fórmulas de saludo que expresan el interés del hablante por la vida y asuntos del interlocutor.
- cordel. . . // dar cordel.* [Enmienda.] *Suprímese* Ar.
- cordelillo. . . // dar cordelillo.* [Enmienda.] loc. fam. Llevarle la corriente a una persona con halagos, mimos, promesas, etc., sin ánimo de acceder a sus pretensiones.
- cosa. . . // 1 bis.* Ser inanimado, en contraposición con los seres animados.
- cuantificación.* f. Lóg. Explicitación de la cantidad (extensión y comprensión) en los enunciados o juicios, o especialmente en el predicado.
- cuantificador.* m. Lóg. Elemento que cuantifica.
- cuantificar.* Lóg. Explicitar la cantidad en los enunciados o juicios.
- cuerda. . . // ser uno de la otra cuerda.* fr. fig. y fam. Pertenecer a bando, facción, opinión, etc., opuestos. // *ser uno de una sola cuerda.* fr. fig. y fam. Ser reiterativo, insistente, que siempre dice o hace las mismas cosas. // *tener unc mucha cuerda.* fr. fig. y fam. Tener por delante mucha vida, ofrecer signos de buena salud.
- culminar.* [Enmienda.] intr. Llegar una cosa al grado más elevado, significativo o extremado que puede tener. // 1 bis. tr. Dar fin o cima a una tarea. // 2. Astron. intr. [Como está.]
- chotacabras.* [Enmienda.] *Sustitúyese* f. por amb.
- de iure.* De derecho. Se contrapone a *de facto*, de hecho. // 2. Por virtud o por ministerio del derecho o de la ley.
- dermatólogo. . . [Enmienda.] dermatólogo, ga. . . m. y f.* Médico especializado en las enfermedades de la piel.
- desciframiento.* m. *descifre.*
- devenir.* m. Fil. La realidad entendida como proceso o °cam-

big; a veces se opone a ser. El proceso mediante el cual algo se hace o llega a ser.

diplomática. f. Estudio científico de los diplomas y otros documentos, tanto en sus caracteres internos como externos; principalmente es para establecer la autenticidad o la falsedad de esos diplomas y documentos.

diplomata. com. Persona especializada en la diplomática o estudio científico de diplomas y documentos.

discernir. . . . // 2. Conceder u otorgar un cargo, distinción u honor.

dolorimiento. m. Sensación de dolor físico o moral, vago y poco intenso.

ecología. . . . // 2. Parte de la sociología, que estudia la relación entre los grupos humanos y su ambiente, tanto físico como social.

elemento. . . . // *compositivo.* Gram. Morfema de carácter no flexivo que interviene en la formación de palabras compuestas, anteponiéndose o posponiéndose a otro según los casos. En los encabezamientos de los artículos correspondientes, el presente Diccionario los registra seguidos de guión si inician el compuesto, y precedidos de guión si se posponen a otro u otros morfemas: *anti-, re-, auto-, fono-, -fono, grafo-, -grafo.* Fuera de esta y otras ocasiones semejantes, la ortografía no usa el guión: ANTIBIÓTICO, REINCIDIR, AUTOSUGESTIÓN, FONOLOGÍA, TELÉFONO, GRAFÓLOGO, LOGÓGRAFO.

encabalgamiento. . . . // 3. Acción y efecto de encabalgarse u encabalgarse una palabra o frase en versos o hemistiquios contiguos.

encarnar. . . . // 6 bis. tr. fig. Representar un personaje de una obra dramática.

entalla. f. *entalladura.*

equivocidad. f. Calidad o condición de equívoco.

erosión. . . . [*Adición a la acepción 1ª*] Ú.t. en sent. ñig. // 2. Desgaste de la superficie terrestre por agentes externos como el agua o el viento. // 3. Lesión superficial de la epidermis producida por un agente externo mecánico, excoriación. // 4. Degradación del ánimo de una boca de fuego, originada por falta de homogeneidad de su metal, por deficientes condiciones del proyectil o de la carga, o por excesiva velocidad o prolongación del fuego. // 5. fig. Desgaste de prestigio o influencia que pueden sufrir una persona, una institución, etc.

erosionar. . . . // 2. fig. Desgastar el prestigio o influencia de una persona, una institución, etc. Ú.t.c.p.rnl.

escás. (Del vasc. *escás.*) m. Línea que tiene que pasar la pelota en el saque. // 2. En el juego de pelota vasca, cada una de las líneas que, bien en el frontis bien en la cancha, marcan la validez de las jugadas.

escoto, ta (Del lat. tardío *Scottus, Scotus.*) adj. Dícese de un pueblo gaélico de Irlanda que en el siglo VI se estableció en el Noroeste de la Gran Bretaña y en el IX se adueñó de la actual Escocia, a la que dio nombre. Dícese igualmente de los individuos pertenecientes a dicho pueblo. Ú.t.c.s. // 2. desus. *escocés* // 3. Perteneciente o relativo a los *escotos* primitivos o a los escoceses.

especialidad. [*Enmienda.*] f. Particularidad, singularidad, caso particular. // 2. Confección o producto en cuya preparación sobresalen una persona, establecimiento, una región, etc. // 3. Ramo de una ciencia, arte o actividad,

cuyo objeto es una parte limitada de las mismas, y sobre el cual poseen saberes o habilidades muy precisos quienes lo cultivan. // 4. Medicamento preparado en un laboratorio, y autorizado oficialmente para ser despachado en las farmacias con un nombre comercial registrado.

esquí. . . . [*Enmienda a la 1ª acepción.*] Especie de patín muy largo, de madera, que se usa para deslizarse sobre la nieve o el agua, o por pistas artificiales que permiten el deslizamiento. . . // **acuático.** Esquijaje que se practica deslizándose el esquiador sobre la superficie del agua, por la que le arrastra una embarcación veloz, a la cual se sujeta mediante un cable.

estilo. . . . // 6. [*Enmienda.*] Manera de escribir o de hablar peculiar de un escritor o de un orador; carácter especial . . . [*Continúa el resto como en la ed. XIX.*]

estomatólogo, ga. [*Enmienda al Suplemento.*] m. y f. Médico especializado en estomatología.

estrenista. adj. Dícese de quien asiste habitualmente a los estrenos teatrales.

estreno. . . . // **de estreno.** loc. adv. Dícese del local dedicado exclusivamente a estrenar películas.

etología. (Del gr. ἔθος, costumbre, y *-logía*.) f. Estudio científico del carácter y modos de comportamiento del hombre. // 2. Estudio científico del comportamiento de los animales.

expender. . . . // 2. Vender efectos de propiedad ajena por encargo de su dueño; despachar billetes de ferrocarril, espectáculos, etc.

explicitar. Hacer explícito.

falta. . . . // **lanzar, sacar o tirar una falta.** En ciertos juegos deportivos, poner en movimiento la pelota o el balón

un jugador de un equipo, cuando el equipo contrario ha sido castigado por haber cometido una *falta*.

felpudo, da. . . // 1 bis. Que parece de felpa.

fichaje. (De *fichar*.) m. Acción y efecto de fichar a un jugador, atleta o técnico deportivo. // 2. Por ext., acción y efecto de obtener los servicios o ayuda de una persona.

fisioterapeuta. (De *fisio-* y *terapeuta*.) com. Persona especializada en aplicar la fisioterapia.

fisioterapéutico, ca. adj. *Med.* *fisioterápico*.

fisioterápico, ca. adj. *Med.* Pertenciente o relativo a la fisioterapia.

fisioterapista. com. *Col.* *fisioterapeuta*.

flotar ¹. . . [Enmienda a la 1^a acepción.] Sostenerse un cuerpo en la superficie de un líquido. // 1 bis. Sostenerse en suspensión un cuerpo en un líquido o gas.

fono- o **-fono**. [Enmienda en el cuerpo del *Diccionario y Suplemento*.] (Del gr. φωνή.) Elementos compositivos que entran en la formación de algunas voces españolas con el significado de “voz, sonido”.

fortuna. . . // 4 bis. Éxito, aceptación rápida.

frívolo. . . // 3. Voluble, tornadizo, irresponsable. // 4.

Dícese de los espectáculos ligeros y sensuales, de sus textos, canciones y bailes, y de las personas, especialmente de las mujeres, que los interpretan. // 5. Dícese de las publicaciones que tratan temas ligeros, con predominio de lo sensual.

gatopardo. (Del it. *gattopardo*.) m. *onza* ².

generación. . . // 5. Conjunto de personas que, por haber nacido en fechas más o menos próximas, y por haber recibido educación e influjos culturales y sociales semejantes,

se comportan, en sus manifestaciones públicas, de manera afín o comparable en algunos sentidos.

generacional. adj. Relativo o perteneciente a una generación de coetáneos.

geriatra. . . . [Enmienda.] com.

gnoseología. f. *Fil.* Teoría del conocimiento. A veces, sinónimo de *epistemología*.

grafismo. (De *grafía*.) m. Cada una de las particularidades de la letra de una persona, o el conjunto de todas ellas. // 2. Expresividad gráfica en lo que se dice o en cómo se dice.

guácharo. m. [Enmienda.] Pájaro de la América del Sur (Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Trinidad y Guyana), de color castaño rojizo, con manchas blancas orladas de negro, ojos grandes y pico fuerte, largo y ganchudo. Tiene unos 55 centímetros de largo y algo más de un metro de envergadura. Es nocturno, de día se oculta en las cavernas y se orienta en la oscuridad de la noche.

hematología. (Del gr. *αἷμα*, -ατος, sangre, y *-logía*.) f. Parte de la biología o de la medicina que se refiere a la sangre.

hematológico, ca. adj. *Med.* Perteneciente o relativo a la hematología.

hematólogo, ga. m. y f. Especialista en hematología.

herrar. . . . // 2. [Enmienda.] Marcar con un hierro encendido los ganados, artefactos, etc. // 2 bis. Marcar de igual modo a esclavos y delincuentes. Se hacía para señalar su condición social y también como castigo de estos últimos.

heterotrófico, ca. adj. Dícese de las propiedades y procesos de los organismos heterótrofos considerados como tales.

heterótrofo, fa. (De *hetero-* y el gr. *τροφός*, alimentador.) adj. *Biol.* Dícese del organismo incapaz de elaborar su propia materia orgánica a partir de sustancias inorgánicas.

hierro. . . . // 2 bis. Instrumento o pieza de *hierro* con que se realizaba la operación de marcar (ganados, esclavos, etc.) // 2 ter. Señal, e instrumento para hacerla, que se pone en algunas cosas como garantía o contraste.

hindú. . . . [*Adición.*] 1. Partidario o adepto del hinduismo. // 2. Por extensión, natural de la India. Ú.t.c.s. // [*Suprímese la 2ª actual.*]

hinduismo. m. Nombre dado por numerosos autores occidentales a la actual religión predominante en la India, evolución del vedismo y brahmanismo antiguos.

holo- (Del gr. ὅλος, todo.) Elemento compositivo que, antepuesto y con idea de totalidad, interviene en la formación de palabras españolas. *HOLOGRAFÍA*, *HOLÓMETRO*.

holografía. (De *holo-* y *-grafía*.) f. Técnica fotográfica basada en el empleo de la luz coherente producida por el láser. En la placa fotográfica se impresionan las interferencias causadas por la luz reflejada de un objeto con la luz directa. Iluminada (después de revelada) la placa fotográfica con la luz del láser, vuelve a reconstruirse la imagen tridimensional del objeto original.

homeóstasis. (Del gr. ὁμοίος, semejante, y στάσις, posición, estabilidad.) f. *Biol.* Conjunto de fenómenos de autorregulación propio de los sistemas biológicos, dirigido al mantenimiento de las condiciones vitales, como respuesta a cualquier factor, externo al sistema, que tienda a modificarlas.

homeostático, ca. adj. Perteneciente o relativo a la homeóstasis.

hornear. . . . // 2. Enhornar.

horóscopo. // [*Enmienda.*] m. Predicción del futuro que aguarda a personas, países, etc., realizada por los astró-

logos y deducida de la posición relativa de los astros del sistema solar, y de los signos del zodiaco en un momento dado. // 2. Gráfico que representa las doce casas celestes, y la posición relativa de los astros del sistema solar y de los signos del zodiaco, en un momento dado, del cual se sirven los astrólogos para realizar una predicción. // 3. Situación relativa de los astros del sistema solar y de los signos del zodiaco en el momento de producirse un acontecimiento. // 4. *Astrol.* Ascendente, principio de la casa celeste. // 5. Cualquier adivinación o predicción.

incentivar. tr. *Ecuad.* Estimular para que algo se acreciente o aumente.

indio. . . // 2. [*Enmienda.*] Perteneiente a ella.

industria. . . // 2 bis. Instalación destinada a estas operaciones.

influcidar. tr. *influir.*

insobornable. . . // 2. Que no puede ser afectado por ninguna influencia exterior, auténtico, arraigado.

interno, na. . . // 3 bis. *Biol.* V. *medio interno.*

irresponsable. . . // 2. Dícese de la persona que adopta decisiones importantes sin la debida meditación. // 3. Dícese del acto resultante de una falta de previsión o meditación.

irresponsablemente. adv. Sin sentido o conciencia de la propia responsabilidad.

isidro. . . // 2. Persona que, del resto de España, acude a Madrid con ocasión de las fiestas de San Isidro.

jaca. . . // 1 bis. Yegua, hembra del caballo.

jacetano, na. (Del lat. *Iacetānus*, no muy seguro en los manuscritos.) adj. Dícese de un pueblo indígena prerromano que habitaba la región de la actual Jaca. Dícese también de los individuos pertenecientes a este pueblo. Ú.t.c.s. //

2. Pertenciente o relativo a los *jacetanos*. // 3. *jaqués*, natural de Jaca. Ú.t.c.s. // 4. Pertenciente o relativo a esta ciudad de la provincia de Huesca.

jure. Ablativo de la voz latina *ius*, que significa derecho. Se pronuncia *iure* o *yure*.

kermés. (Voz de origen flamenco.) f. Fiesta popular, al aire libre, con bailes, rifas, concursos, etc. // 2. Lugar donde se celebra esa fiesta. // 3. Nombre dado a los cuadros flamencos, generalmente del siglo XVII, que representan fiestas populares.

kinesiterapia. [*Enmienda*.] f. *quinesiterapia*.

kinesiterápico, ca. V. *Med. quinesiterápico*, ca.

licenciador, ra. Que licencia para usar una patente. Ú.t.c.s.

licenciar. . . . // 4 bis. Conceder el titular de una patente a otra persona o entidad el derecho de usar aquella con fines industriales o comerciales.

mago ², ga. . . . // 2. Por extensión, campesino en general.

maquinilla. (d. de *máquina*.) f. Máquina de afeitar, aparato constituido por un mango, en uno de cuyos extremos hay un dispositivo donde se aloja una cuchilla, y que sirve para rasurar.

maricultura. (De *mar* y *-cultura*.) f. Cultivo de las plantas y animales marinos, como alimento o para otros fines.

mastieno, na. (Del lat. *Massieni* o del gr. *Μαστιανοί*.) adj. Dícese de los antiguos pobladores de la costa meridional de España, desde Cartagena al estrecho de Gibraltar. Quizá sea mera variante de *basletano* y *bástulo*. Ú.t.c.s. // 2. Pertenciente o relativo a los *mastienos*.

mecánico, ca. . . . // 2 bis. Dícese de los agentes físicos materiales que pueden producir efectos como choques, rozas, duras, erosiones, etc.

- mecha. . . . // *aguantar* uno *la mecha*. . . . [Enmienda.] // *aguantar* uno *la mecha* o *mecha*.
- medio. . . . // 32 ter. [Enmienda.] . . . en que viven una persona o un grupo humano.
- medio, día. . . . // *interno*. *Biol.* Líquido que baña las células del interior de un organismo, y, por intermedio del cual, se realizan la nutrición y la estimulación de aquellas.
- mensurativo, va. (De *mensurar*.) adj. Perteneciente o relativo a la medida.
- metodología. . . . // 2. Conjunto de métodos que se siguen en una investigación científica o en una exposición doctrinal.
- necton. (Del gr. *νηκτόν*, neutro de *νηκτός*, que nada.) m. *Biol.* Conjunto de los animales marinos o lacustres que pueden moverse por su propio impulso a través del agua.
- nefrología. (Del gr. *νεφρός*, riñón, y *-logía*.) f. Rama de la medicina que se ocupa del riñón y de sus enfermedades.
- nefrológico, ca. adj. *Med.* Perteneciente o relativo a la nefrología.
- nefrólogo, ga. m. y f. Persona dedicada a la nefrología.
- neumológico, ca. adj. *Med.* Perteneciente o relativo a la neumología.
- neumólogo, ga. m. y f. Especialista en neumología.
- neurólogo. . . . [Enmienda.] neurólogo, ga. . . m. y f. Médico especializado en neurología.
- niña. . . . // 8. [Añádese Can.]
- nombre. . . . común. . . . // 2. [Enmienda.] . . . de persona que no posee género gramatical. . . .
- obstetra. (De *obstetricia*, por analogía con *terapeuta*, *pediatra*, etc.) com. *Med.* Tocólogo.

oceaniculturā. (De *océano* y *-cultura*.) f. Cultivo de las plantas y animales oceánicos, como alimento o para otros fines.

odontólogo, ga. [*Enmienda al Suplemento*.] m. y f. Médico especializado en odontología.

oftalmólogo. . . . [*Enmienda*.] oftalmólogo, ga. . . . m. y f.

onza ². [*Adición*.] . . . Vive en los desiertos de las regiones meridionales de Asia y en África, es domesticable. . . .

operador, ra. . . . // 2. [*Enmienda*.] *Cinem.* y *TV*. . . . // 3. [*Enmienda*.] *Cinem.* Técnico encargado de proyectar la película.

osteólogo, ga. m. y f. [*Nueva acep. 1ª*] Persona que profesa la osteología o tiene en ella especiales conocimientos. // 2. *Med.* [*La 1ª acep. actual*.]

otorrinolaringólogo. [*Enmienda*.] otorrinolaringólogo, ga. m. y f.

otro, tra. . . . // 4 bis. Con artículo y ante sustantivos como *día*, *tarde*, *noche*, los sitúa en un pasado cercano. *El OTRO día vi a tu primo. Hablamos del asunto la OTRA tarde.* // 4 ter. Con *a* y artículo, ante sustantivos como *día*, *semana*, *mes*, *año*, equivale a siguiente. *Convinimos en reunirnos de nuevo al OTRO día. A la OTRA semana nos pagarán.*

paramédico, ca. (De *para* y *médico*.) adj. Que tiene relación con la medicina sin pertenecer propiamente a ella.

parapsicología. f. Estudio de los fenómenos y comportamientos psicológicos de cuya naturaleza no ha dado hasta ahora cuenta la psicología científica. Entre ellos están la telepatía, las premoniciones, etc.

parapsicológico, ca. adj. Perteneciente o relativo a la parapsicología.

parapsicólogo, ga. adj. Que cultiva la parapsicología.

parte. . . . // *de parte a parte*. [Enmienda a la 1ª acepción.]

m. adv. Desde un lado al extremo opuesto, o de una cara a la otra opuesta.

patólogo. [Enmienda.] **patólogo**, ga. n. y f. Médico especializado en patología.

pediatra o **pediatra**. . . . [Enmienda.] **pediatra** o **pediatra**. . . . com.

percatación. f. Acción y efecto de percatarse.

percatar. . . . // 2. prnl. Darse cuenta clara de algo, tomar conciencia de ello.

perennigélido, da. (De *perenne* y *gélido*.) adj. Dícese de los terrenos permanentemente helados.

pez. . . . // *reirse de los peces de colores*. fr. fig. No dar importancia a las consecuencias de un acto propio o ajeno, no tomarlas en serio. Es frecuente su uso como exclamación y en primera persona: ¡*Me río yo de los PECES de colores!*

plancton. . . . [Enmienda.] Conjunto de plantas y animales, generalmente diminutos, que flotan más o menos pasivamente en el agua de los mares, lagos o ríos.

podio. . . . // 2. Plataforma o tarima sobre la que se coloca una persona para que destaque por alguna razón (triumfos deportivos, presidir actos oficiales, dirigir una orquesta, etc.).

poncho¹. [Enmienda.] [Suprímese la etimología.] m. *Amér. Merid.* Prenda de abrigo, que consiste en una manta, cuadrada o rectangular, de lana de oveja, alpaca, vicuña, o de otro tejido, que tiene en el centro una abertura para pasar la cabeza, y cuelga de los hombros regularmente hasta algo más abajo de la cintura.

- póney** o **poni**. (Del ingl. *poney*, *pony*.) m. Nombre que se da a caballos de poca talla y de diversas razas, especialmente de Inglaterra, Escocia o el País de Gales.
- potabilizador, ra.** adj. Que potabiliza. Ú.t.c.s.
- potenciación.** f. Acción y efecto de potenciar.
- pozo.** ... // 5 bis. *Argent., Par. y Urug.* Bache, hoyo que se hace en el pavimento de calles o caminos por el uso o el transcurso del tiempo, u otras causas.
- predador, ra.** (Del lat. *praedator*, *-ōris*.) Saqueador, que saquea. Ú.t.c.s.
- premonición.** (Del lat. *praemonitio*, *-ōnis*.) f. Presentimiento, presagio. // 2. Advertencia moral.
- prevaricar.** [*Enmienda a la 1ª acep.*] Dice: ... los funcionarios públicos. *Debe decir:* ... los empleados públicos.
- privatista.** com. Persona que profesa el derecho privado, o tiene en él especiales conocimientos.
- proctología.** (Del gr. *πρωκτος*, ano, y *-logía*.) f. *Med.* Conjunto de conocimientos y prácticas relativos al recto y sus enfermedades.
- proctológico, ca.** adj. *Med.* Pertenciente o relativo a la proctología.
- proctólogo, ga.** m. y f. *Med.* Médico especializado en proctología.
- prolijear.** tr. Extenderse en demasía en explicaciones, digresiones, etc.
- prolijo, ja.** ... // 2. [*Enmienda.*] Cuidadoso o esmerado [*Suprímese demasiadamente.*]
- promoción.** [*Enmienda.*] Acción y efecto de promover.
- proposición.** ... // 4 bis. *Gram.* Unidad lingüística de estructura oracional, esto es, constituida por sujeto y predicado, que se une mediante coordinación o subordinación a

- otra u otras proposiciones para formar una oración compuesta. // 4 ter. *Gram.* Oración gramatical.
- propósito. . . . // *a propósito.* . . . // 2. *de propósito.*
- prostático, ca. . . . // 2. Dícese del varón que padece afección morbosa de la próstata. Ú.t.c.s.m.
- psicoanalista. com. Especialista en psicoanálisis. "
- psicólogo. [*Enmienda.*] psicólogo, ga. m. y f. Persona especializada en psicología.
- psicólogo, ga. . . . // 2. Por extensión, persona dotada de especial penetración para el conocimiento del carácter y la intimidad de las personas.
- psicoterapeuta. (De *psico-* y *terapeuta.*) com. *Med.* Especialista en psicoterapia.
- psicoterapéutico, ca. (De *psico-* y *terapéutico.*) adj. Perteneciente o relativo a la psicoterapia.
- psicoterápico, ca. adj. *Med.* Perteneciente o relativo a la psicoterapia.
- punzar. . . . // 1 bis. fig. Pinchar, zaherir.
- que. . . . // ¿*qué tal?* loc. adv. interrog. *cómo.* ¿QUÉ TAL *lo has hecho?* ¿QUÉ TAL *resultó el estreno?* ¿QUÉ TAL *te ha ido?* // 2. Fórmula de saludo, abreviación de ¿QUÉ TAL *estás?* o ¿QUÉ TAL *está usted?* etc., con que el hablante expresa su interés por la salud, estado de ánimo, etc. del interlocutor.
- quermés. f. *hermés.*
- quinesiolología. (Del gr. *κίνησις*, movimiento, y *-logía.*) f. Conjunto de los procedimientos terapéuticos encaminados a restablecer la normalidad de los movimientos del cuerpo humano, y conocimiento científico de aquéllos.
- quinesiológico, ca. adj. Perteneciente o relativo a la quinesiolología.

- quinesiólogo, ga. [Enmienda.] m. y f. Persona experta en quinesiología.
- quinesiterapia. [Enmienda.] [Pasa aquí la definición que en el Suplemento de 1970 figura en *quinesiterapia*.]
- quinesiterápico, ca. adj. *Med.* Pertenciente o relativo a la quinesiterapia.
- radioterapeuta. (De *radio-* y *terapeuta*.) com. *Med.* Médico especializado en radioterapia.
- radioterapéutico, ca. (De *radio-* y *terapéutico*.) adj. *Med.* Pertenciente o relativo a la radioterapia.
- radioterápico, ca. adj. *Med.* Pertenciente o relativo a la radioterapia.
- rajar¹. . . // 3. [Enmienda.] prnl. fig. y fam. Volverse atrás, acobardarse o desistir de algo a última hora.
- ramo. . . // 8 fig. [Enmienda.] Síntoma, indicio o especie de algún mal, principalmente de alguna enfermedad: RAMO de traición, de herejía, de gota coral. // 9 fig. Acceso o ataque de una enfermedad: RAMO de locura.
- ranunculáceo, a. [Errata en la línea 3 *infra*. Dice: *enemone*. Debe decir: *anemone*.]
- reciclado, da. p. p. de *reciclar*. // 2. m. Acción y efecto de reciclar, reciclamiento.
- reciclamiento. m. Acción y efecto de reciclar.
- reciclar. (De *re-* y *ciclo*.) tr. *Tecnol.* Someter repetidamente una materia a un mismo ciclo, para ampliar o incrementar los efectos de éste. // 2. Hacer que un alumno pase de un ciclo de estudios a otro para el cual parece más apto. // 3. Dar formación complementaria a profesionales o técnicos para que amplíen y pongan al día sus conocimientos.
- recorrido. . . [Enmienda a la 1ª acepción.] Espacio que se ha recorrido, recorte o ha de recorrer una persona o cosa.

- redundancia.** . . . // 2. *Comunic.'* Cierta repetición de la información contenida en un mensaje, que permite, a pesar de la pérdida de una parte de éste, reconstruir el contenido del mismo.
- reestrenar.** tr. Volver a estrenar; dicese especialmente de películas u obras teatrales, cuando vuelven a proyectarse o representarse pasado algún tiempo de su estreno,
- reestreno.** m. Acción y efecto de reestrenar. // *de reestreno.* loc. adv. Dicese del local dedicado exclusivamente a reestrenar películas.
- relacional.** adj. Perteneciente o relativo a la relación o correspondencia entre cosas.
- repartir.** tr. [*Enmienda.*] Distribuir una cosa dividiéndola en partes. // 2. Distribuir por lugares distintos o entre personas diferentes. Ú.t.c.p.rnl. // 3. Clasificar, ordenar. // 4. Entregar a personas distintas las cosas que han encargado o que deben recibir. // 5. Señalar o atribuir partes a un todo. // 6. Extender o distribuir una materia sobre una superficie. // 7. Cargar una contribución o gravamen por partes. // 8. Dar a cada cosa su oportuna colocación o el destino conveniente. // 9. Adjudicar los papeles de una obra dramática a los actores que han de representarla. // *justicia.* Administrarla.
- reparto.** . . . // 2. Relación de los personajes de una obra dramática y de los actores que los encarnan.
- representar.** . . . // 4 bis. Interpretar un papel de una obra dramática.
- responsable.** . . . // 1 bis. Dicese de la persona que pone cuidado y atención en lo que hace o decide.
- responsablemente.** adv. Con sentido o conciencia de la propia responsabilidad.

- reumatología.** (Del gr. *ῥεῦμα*, -τος, flujo, y *-logía*.) f. *Med.*
Parte de la medicina referente a las afecciones reumáticas.
- reumatológico, ca.** adj. *Med.* Perteneciente o relativo a la reumatología.
- reumatólogo, ga.** m. y f. *Med.* Médico especializado en reumatología.
- revista.** . . . // 6 bis. Espectáculo teatral de carácter frívolo, en el que alternan números dialogados y musicales. A veces se denomina *revista musical*.
- ritornelo.** (ital. *ritornello*.) m. *Mús.* Trozo musical, situado antes o después de un trozo cantado. // 2. Repetición, estribillo.
- rosado², da.** . . . [*Enmienda*.] La acepción de: // *agua rosada*, pasa a **rosado¹**.
- rotundez.** f. *rotundidad*.
- rotundidez.** f. *rotundidad*.
- segmento.** . . . // 4 bis. *Ling.* Signo o conjunto de signos que pueden aislarse en la cadena oral mediante una operación de análisis.
- sesquicentenario, ria.** adj. Perteneciente o relativo a lo que tiene una centena y media. // 2. m. Día en que se cumplen ciento cincuenta años del nacimiento o muerte de una persona ilustre o de un suceso famoso.
- sexología-** (De *sexo* y *-logía*.) f. Estudio del sexo y de las cuestiones con él relacionadas.
- sexólogo, ga.** m. y f. Especialista en sexología.
- siboney.** m. Nombre del más antiguo habitante conocido de la isla de Cuba. Ú.m. en pl.
- sifilógrafo.** [*Enmienda*.] **sifilógrafo, fa.** m. y f. Médico especializado en sifilografía.

- silvano**. . . // 2. Selvático, propio de las selvas o que pertenece a ellas.
- sororal**. adj. Perteneiente o relativo a la hermana.
- sosegate**. . . [*Enmienda.*] Reprimenda, de palabra o de obra, con que se corrige a una persona para que no continúe en lo que estaba haciendo o no lo repita. // *dar un sosegate* . . . *Dice*: Apercibir . . . *Léase*: Reprender . . .
- submarinismo**. m. Conjunto de las actividades que se realizan bajo la superficie del mar, con fines científicos, deportivos, militares, etc.
- submarinista**. adj. Que practica el submarinismo. Ú.t.c.s. // 2. [*Enmienda.*] m. . . .
- succionar**. tr. Chupar, extraer algún jugo o cosa análoga con los labios. // 2. Absorber.
- suspensión**. . . // *en suspensión*. loc. adj. o adv. que indica el estado de partículas o cuerpos que se mantienen durante tiempo más o menos largo en el seno de un fluido.
- tapón**. . . // 1 bis. Acumulación de cerumen en el oído, que puede dificultar la audición y producir otros trastornos. // 1 ter. Cualquier persona o cosa que produce entorpecimiento u obstrucción. // 1 quater. Embotellamiento de vehículos. . . // 2 bis. Pieza colocada en una toma de corriente eléctrica, normalmente a rosca o a bayoneta, que contiene en su interior un fusible; extrayéndola o aflojándola, se interrumpe el paso de corriente por el circuito. // 3. fig. y fam. Persona muy gruesa y pequeña; puede usarse con complementos como *tapón de cuba*, *de alberca*, etc. // *de cuba*. [*Suprímese.*]
- telediario**. (De *tele-* y *diario*.) m. Información de los acontecimientos más salientes del día, transmitida por televisión.

temporal. . . . // *capear el temporal.* fr. fig. y fam. Evitar mañosamente compromisos, trabajos o situaciones difíciles.

terminológico, ca. (De *terminología.*) adj. Perteneciente o relativo a los términos o vocablos propios de determinada profesión, ciencia o materia, y a su empleo.

Tierra. . . . // ¡ábrete, tierra! V. ¡trágame, tierra! // ¡trágame, tierra! frase con que se denota una gran vergüenza, que mueve al que la dice a desear verse oculto de las gentes. También se dice: ¡ábrete, tierra!

tisiología. (De *tisis* y *-logía.*) f. *Med.* Parte de la medicina relativa a la tisis.

tisiológico, ca. adj. *Med.* Perteneciente o relativo a la tisiología.

tisiólogo, ga. m. y f. *Med.* Médico especializado en tisiología.

tocólogo, ga. [*Enmienda.*] m. y f. *Med.* Médico especialista en tocología.

tomar. . . . // 11. [*Enmienda: tras TOMAR a broma una cosa se añade: TOMAR en serio a alguien o alguna cosa. El resto de la definición pasa a formar la acepción 11 bis.*]

tomavistas. (De *tomar* y *vista.*) com. *Cinem.* Operador de fotografía. // 2. m. Cámara fotográfica que se utiliza sobre todo en cinematografía y televisión.

topología. . . . [*Adición.*] Así estudia las propiedades de las figuras con independencia de su tamaño o forma (las diferentes formas de una figura dibujada en una superficie elástica estirada o comprimida son equivalentes en *topología*).

topológico, ca. adj. *Mat.* Perteneciente o relativo a la topología.

toxicólogo. [*Enmienda.*] **toxicólogo, ga.** m. y f. Médico especializado en toxicología.

tragar. V *Irágame, tierra.*

transcriptor, ra. adj. Que transcribe. Ú.t.c.s.

traspapelarse. . . . // 2. Por extensión, perderse o figurar en sitio equivocado cualquiera otra cosa que no sea papel.

traspasar. . . . // 3. [Enmienda.] Pasar a la otra parte o a la otra cara. TRASPASAR *el arroyo*; TRASPASAR *la pared.*

traumatología. (Del gr. τραῦμα, -ατος, herida, y *-logía.*) f. *Med.* Parte de la medicina referente a los traumatismos y sus efectos.

traumatológico, ca. adj. *Med.* Pertenciente o relativo a la traumatología.

traumatólogo, ga. m. y f. *Med.* Médico especializado en traumatología.

triumfalismo. (De *triumfal.*) m. Actitud de los triunfalistas. // 2. Interpretación triunfalista de cualquier hecho.

triumfalista. (De *triumfal.*) com. Dícese de la persona o institución que desvirtúa optimistamente la interpretación de hechos políticos, económicos, sociales, etc., por interés, malicia o ignorancia, prescindiendo de circunstancias que, si fueran tenidas en cuenta, darían a tales hechos un cariz menos favorable. Ú.m.c.s. casi siempre peyorativo. // 2. Dícese de cualquier cosa en que se manifiesta ese optimismo.

turbo-. (Del lat. *turbo*, -inis, remolino.) Elemento compositivo que, precediendo a otro, interviene en la formación de palabras españolas referentes a máquinas para indicar que el motor es una turbina.

turboalternador. m. Conjunto de un alternador eléctrico y de la turbina que lo mueve.

turbocompresor. m. Compresor movido por una turbina.

turbogenerador. m. Generador eléctrico movido por una turbina de gas, de vapor o hidráulica.

turbohélice. m. Motor de aviación en que una turbina mueve la hélice.

turbopropulsor. m. *turbohélice*.

turborreactor. m. *Aviac.* Motor de reacción del que es parte funcional una turbina de gas.

turmódigo, ga. adj. Dícese de un pueblo de la Hispania antigua que habitaba en la actual región de Burgos. Dícese también de los individuos que componían este pueblo.

Ú.t.c.s. // 2. Perteneciente o relativo a los *turmódigos*.

TV. . . . *Televisión*. (Se incluye como abreviatura.)

univocidad. f. Calidad o condición de unívoco.

urología. (Del gr. οὔρον, orina, y *-logía*.) f. *Med.* Parte de la medicina referente al aparato urinario.

uroológico, ca. adj. *Med.* Perteneciente o relativo a la urología.

urólogo, ga. m. y f. *Med.* Médico especializado en urología.

uromancia o uromancia. [*Enmienda*.] . . . Supuesta adivinación por el examen de la orina.

uroscopia. . . . [*Enmienda*.] *Med.* Inspección visual y metódica de la orina, antiguamente usada para establecer el diagnóstico de las enfermedades internas.

variedad. . . . // 7. pl. Espectáculo ligero en que alternan números de diverso carácter: musicales, circenses, coreográficos, etc.

vástago. . . . // 2 bis. Pieza en forma de varilla que sirve para articular o sostener otras piezas.

venereología. (De *venéreo* y *-logía*.) f. *Med.* Parte de la medicina referente a las enfermedades venéreas.

venereológico, ca. adj. *Med.* Perténciente o relativo a la venereología.

venereólogo, ga. m. y f. *Med.* Médico especializado en venereología.

vida. . . . // ¿qué es de tu, su, etc., vida? expr. fam. de salutación que se emplea con una persona a la que hace algún tiempo que no se ve.

zanfona. f. *zafonía*.

zanfoña. f. *zafonía*.

zaufonía. [*Suprímese.*]

II. Enmiendas y adiciones a los Diccionarios de la Real Academia Española *

ábaco. [*Enmienda.*] // 2. Por ext., todo instrumento que sirve para efectuar manualmente cálculos aritméticos mediante marcadores deslizables. // 2 bis. *nomograma*.

abalanzar. [*1ª acepción. Anteponer desus.*]

aberración. // 4. *Ópt.* Imperfección de un sistema óptico que le impide establecer una exacta correspondencia punto a punto, recta a recta, ángulo a ángulo, etc., entre un objeto y su imagen.

[*Suprimir de esfericidad y su definición.*] // *geométrica*.

Ópt. Cualquiera de las cinco *aberraciones* que aparecen en un sistema óptico aunque se emplee luz monocromática. Estas cinco *aberraciones* son: *aberración* de esfericidad, coma, astigmatismo, curvatura de campo y distorsión.

abertura. [*Enmienda.*] // 7. *Ópt.* Diámetro útil de un antejo, telescopio u objetivo.

ablandar. . . . 3 bis. prnl. Acobardarse.

abrasivo, va. [*Enmienda.*] adj. Perteneciente o relativo a la abrasión. Ú.t.c.s.m. aplicado a los productos que sirven para desgastar o pulir, por fricción, sustancias duras como metales, vidrios, etc.

abscisa. f. *Geom.* Coordenada horizontal en un plano carte-

* Aprobadas por la Real Academia Española (Comunicados de marzo-mayo 1974).

- siano rectangular. Es la distancia entre un punto y el eje vertical, medida sobre una paralela al eje horizontal.
- aburrir**. . . // 6. Sufrir un estado del ánimo producido por falta de estímulos, diversiones o distracciones.
- acaparar**. . . // 1 bis. Adquirir y retener cosas propias del comercio en una cantidad superior a la normal, previendo su escasez o encarecimiento. // 2. [*Enmienda.*] fig. Apropiarse u obtener. . .
- accidentado, da**. . . // 4. Dícese de quien ha sido víctima de un accidente. Ú.m.c.s.
- acción**. . . // 16. En las obras narrativas, dramáticas y cinematográficas, sucesión de acaecimientos y peripecias que constituyen su argumento. // 16 bis. En la filmación de películas, voz con que se advierte a actores y técnicos que en aquel momento comienza una toma.
- acelerador, ra**. . . // 3. Pedal u otro dispositivo con que se acciona dicho mecanismo.
- acelerar**. . . // 3. Accionar el acelerador de un vehículo automóvil, para que éste o su motor se muevan con mayor rapidez.
- acreedor, ra**. . . // 1 bis. Que tiene derecho a que se le satisfaga una deuda. Ú.m.c.s.
- acrobacia**. [*Enmienda.*] f. *acrobatismo*. // 2. Cada uno de los ejercicios que realiza un acróbata. // 3. [*se mantiene aquí la actual acepción 2.*]
- activo**. . . // 7. *Gram.* Dícese del verbo transitivo.
- acuerdo**. . . // *de acuerdo*. . . // 2. Refiriéndose a dos o más personas o cosas, mostrar conformidad o alcanzarla (principalmente con los verbos *estar* o *ponerse*); y acordarlas o conciliarlas (principalmente con el verbo

- poner*). // 3. Locución con que se manifiesta asentimiento o conformidad.
- acundangarse.** prnl. *Cuba*. Acobardarse.
- achaparrado, da...** // 4. fig. *Hond.* Dícese de la persona que se apoca espiritualmente.
- achaparrarse.** ... // 2. Adquirir las personas, animales o plantas una configuración baja y gruesa en su desarrollo.
- achicharrar.** ... 4. prnl. fig. Experimentar un calor excesivo, quemarse, por acción de un agente exterior (agua, viento, sol, etc.).
- adamamiento.** m. *afeminación* de un varón.
- adaptar.** 1 bis. Hacer que un objeto o un mecanismo desempeñen funciones distintas de aquellas para las que fueron contruidos. // 1 ter. Modificar una obra literaria, musical, etc., para que pueda difundirse entre público distinto de aquel al cual iba destinada o por otro procedimiento diferente del original.
- adelantar.** ... // 4. [*Enmienda.*] Ganar la delantera.
- adensar.** ... [*Suprímese en la primera acepción p. us.*] // 2. Hacer más denso. Ú.t.c.prnl.
- adjunta.** (Calco del it. *aggiunta.*) f. Adición, complemento, apéndice. **ADJUNTA al Parnaso.**
- adjuntar.** ... // 2. *Gram.* Poner inmediatamente un vocablo junto a otro, como un adjetivo junto a un sustantivo.
- admirar.** ... // 2. [*Enmienda.*] Ver, contemplar o considerar con estima o agrado especiales a una persona o cosa que llaman la atención por cualidades juzgadas como extraordinarias. // 3. [*Enmienda.*] Tener en singular estimación a una persona o cosa, juzgándolas sobresalientes y extraordinarias.

- adquisición. . . . // 2. [*Añádese*]: Úsase a veces con matiz ponderativo. // 3. Persona cuyos servicios o ayuda se consideran valiosos.
- aerovía. [*Enmienda.*] f. Ruta establecida para el vuelo de los aviones comerciales.
- afelpar. . . . // 1 bis. Recubrir o forrar con felpa.
- afeminación. f. Acción y efecto de afeminar o afeminarse. // 2. [*La actual 1.*]
- afinidad. . . . // 1 bis. Atracción o adecuación de caracteres, opiniones, gustos, etc., que existe entre dos o más personas.
- afligir. [*Enmienda.*] tr. Causar molestias o sufrimiento físico. // 2. Causar tristeza o angustia moral. // 3. prnl. Sentir sufrimiento físico o pesadumbre moral.
- afortunado, da. . . . // 2 bis. Que es resultado de la buena suerte. // 3. [*Enmienda.*] Feliz, que produce felicidad o resulta de ella. Hogar afortunado; unión afortunada. // 4. [*Enmienda.*] [*La tercera acepción actual, pasa a ser cuarta añadiéndole: desus.*]
- afrontar. . . . // 4. [*Enmienda.*] Hacer cara a un peligro, problema o situación comprometida.
- agotar. . . . // 2. [*Añádese al final como ejemplo: AGOTARSE una edición.*] // 3. fig. Cansar extremadamente. Ú.t.c.prnl.
- ahora. . . . // *por ahora*. . . . // 2. En el tiempo actual. **POR AHORA**, *su salud no se resiente.*
- aire. . . . // *ocluso*. El que, a modo de burbujas, está contenido en el interior de una masa sólida como el hormigón.
- ajustador, ra. . . . // 5. *Mil.* En las unidades, el obrero encargado de la reparación y entretenimiento del metal.
- alborocera. [*Dice: m. Debe decir: f.*]

- albur** ¹. . . . [Enmienda.] m. *mújol*.
- altillo**. . . . // 2. [Enmienda.] Arg., Ecuad., Par. y Urug.
Guardilla o habitación situada en la parte más alta de la casa, y por lo general aislada.
- amancay**. . . . [Enmienda.] Amér. Nombre de diversas plantas, ya herbáceas, ya arbóreas, cuya flor, blanca o amarilla, recuerda a la azucena. // 2. Flor de estas plantas.
- amarrado**. . . . // 3. Arg., Par., P. Rico y Urug. Mezquino, avaro.
- amarrete**, **ta**. adj. Arg., Par. y Urug. *amarrado*, avaro.
- ángstrom** (apellido del físico sueco Anders Jonas Angström). m. *angstromio*.
- angstromio** (de *angstrom*.) m. Fis. Unidad de longitud equivalente a una diezmillonésima de micrón.
- armable**. adj. Que puede o debe ser dotado de armas. // 2. Dícese de cualquier objeto adquirido en piezas separadas que puede ser armado o montado fácilmente.
- asturcón** (del lat. *asturco*, *-onis*.) m. Caballo salvaje de Asturias, de baja alzada.
- ayuso**. . . . [Adición.] desus.
- bar**. m. Nombre del baro en la terminología internacional.
- baro**. (del gr. βάρος.) m. Unidad de medida de la presión atmosférica, equivalente a cien millones de pascalios.
- bemba**. f. Can., Ant., Col., Ecuad., Méj., Perú, Hond. y Venez. Boca gruesa de negro.
- beneficio**. . . . // *a beneficio de inventario*. loc. adv. Modo de aceptar la herencia acogiéndose a este beneficio. // 2. [Enmienda.] loc. adv. fig. Con reserva, con precaución, con su cuenta y razón. // 3. Sin necesidad o esfuerzo, frívola o despreocupadamente.

- bianual.** (De *bis*, dos y *anual*.) adj. Que ocurre dos veces al año. Ú.t.c.s.
- bien.** . . . // *comunes*. Utilidades, beneficios de todos los ciudadanos.
- bienal.** . . . [*Añádese en la 1ª acepción: Ú.t.c.s.*] // 3. f. Exposición o manifestación artística o cultural que se repite cada dos años.
- bio-** [*Enmienda.*] bio- o -bio (Del gr. βίος, vida.) Elemento compositivo que antepuesto o pospuesto a otro, expresa la idea de vida. *BIOgrafía, BIOLógico, BIOquímica, MICROBIO, anaerOBIO.*
- bisutería.** . . . [*Enmienda.*] Industria que produce objetos de adorno, hechos de materiales no preciosos. // 2. Local o tienda donde se venden dichos objetos. // 3. Estos mismos objetos de adorno. Frecuentemente se usa con valor despectivo y figurado.
- bisutero, ra.** m. y f. Persona que hace objetos de bisutería o comercia con ellos.
- braga.** . . . // 5. [*Enmienda.*] Prenda interior usada por las mujeres y los niños de corta edad, que cubre desde la cintura hasta el arranque de las piernas, con aberturas para el paso de éstas. Ú.t. en sing.
- cachete.** . . . // 5. fig. *P. Rico*. Disfrute gratuito de algo. // *de cachete.* loc. adv. Gratis, a costa de otro.
- calco.** [*Enmienda.*] m. Acción y efecto de calcar, copiar o imitar. // 2. Copia que se obtiene calcando. // 3. Plagio, imitación o reproducción muy próxima al original. // 4. *Ling.* Adaptación de una palabra extranjera, traduciendo su significado completo o el de cada uno de sus elementos formantes. Así, *vivencia* es un calco del al. *Erlebnis*. // 5. *Germ. zapato.*

- cámara.** . . . // 10 quater. En la filmación de películas, voz con que se advierte al camarógrafo que esté listo para realizar una toma.
- camelia.** [*Enmienda.*] (De G. J. Kamel, botánico jesuita austríaco del siglo XVII.)
- camino.** . . . // 3 bis. fig. Dirección que ha de seguirse para llegar a un lugar.
- cargosear.** . . . [*Añádese: Argent.*]
- caro¹, ra.** . . . // 2. [*Enmienda.*] De precio elevado.
- casa.** . . . *de altos.* [*Añádese Hond. y P. Rico.*]
- cecina.** . . . [*Enmienda.*] // 2. [*Se suprime: p. us., y se añade: Par.*]
- ciudadano.** // 3. Persona titular de determinados derechos y deberes de carácter público, como miembro de la comunidad organizada en Estado. Ú.t.c.s.
- civil.** . . . // *casarse por lo civil.* Contraer matrimonio *civil*.
- civilización.** . . . [*Enmienda.*] // 2. Conjunto de ideas, creencias religiosas, ciencias, técnicas, artes y costumbres propias de un determinado grupo humano.
- civismo.** . . . // 2. Celo y generosidad al servicio de los demás ciudadanos.
- clic.** m. Sonido de variable naturaleza que tiene empleo en ciertas lenguas, el cual se realiza mediante dos oclusiones; una posterior, velar, y otra anterior, labial, dental o palatal. Entre ambas, mediante succión, se forma una cavidad casi vacía; al deshacerse las oclusiones y penetrar el aire exterior en dicha cavidad, se produce ese sonido. Son *clics* el ruido del beso o el que se emite para arrear a las caballerías.
- coche¹.** . . . // *cama.* [*Enmienda.*] Vagón de ferrocarril divi-

dido en compartimientos, cuyos asientos y respaldos pueden convertirse en camas o literas.

coimero, ra. . . . // 2. *Argent. y Urug.* Persona que suele aceptar o pedir coimas o sobornos.

color. . . . // 10. p. *Colores* que una entidad, equipo o club de carácter deportivo adoptan como símbolos propios de su bandera y en los uniformes de sus atletas o jugadores. Por metonimia, significa también la entidad, equipo o club que ha adoptado dichos *colores*.

computadorizar. tr. Someter datos al tratamiento de una computadora.

común. . . . // 5 bis. V. *bienes comunes*.

comunicación. . . . // 2 bis. Transmisión de señales mediante un código común al emisor y al receptor.

comunicar. . . . // 3 bis. Transmitir señales mediante un código común al emisor y al receptor.

cóncavo, va. . . . [*Enmienda.*] adj. Dícese de la línea o superficie curvas que, respecto del que las mira, tienen su parte más deprimida en el centro.

condensar. // 5. [*Enmienda.*] Dice: . . . aumentar sin . . .
Léase: . . . aumentar su . . .

convexo, xa. . . . [*Enmienda.*] adj. Dícese de la línea o superficie curvas que, respecto del que las mira, tienen su parte más prominente en el centro.

corditis. (Del lat. *chorda* e *-itis*.) f. *Med.* Inflamación de las cuerdas vocales.

cuchara. . . . // 4 bis. *Amér. Central y Meridional, Cuba y Méico:* L lana del albañil.

cucharilla. . . . // 4. Artificio de pesca consistente en un eje metálico que, sujeto por un extremo al hilo, remata por

el otro en varios anzuelos; una piececilla metálica gira velozmente en torno de dicho eje cuando el hilo se recoge con rapidez, atrayendo con su movimiento y brillo a peces voraces como la trucha.

cucharón. . . . [*Suprímese en la 1ª acepción: de metal o de loza.*]

cueca. . . // 2. [*Enmienda.*] Chile. Baile popular que ha gozado o goza de la consideración de danza nacional.

cumbearse. prnl. Hond. Dirigirse elogios recíprocamente dos o más personas.

cumbo. . . // 1 bis. Hond. Recipiente formado con la corteza de esta calabaza. . . // 3. fig. Hond. Elogio excesivo o interesado dirigido a una persona.

chajá. . . [*Enmienda.*] Argent., Urug. y Parag. . . .

chiquillería. . . // 2. *chiquillada*.

decorticación. f. Med. Acción y efecto de decorticar.

decorticar. tr. Med. Extirpar la corteza de una formación orgánica normal o patológica.

delantera. . . /, *coger, ganar o tomar la delantera*. [*Enmienda.*] Adelantarse cuando se compite en velocidad. // 2. Aventajar a alguien, ponérsele delante. // 3. Anticiparse en una acción.

desarmable. adj. Dícese de cualquier objeto que puede desarmarse.

desván. [*Enmienda.*] m. Parte más alta de la casa, inmediatamente debajo del tejado, que suele destinarse a guardar objetos inútiles o en desuso.

desvelizar. . . . [*Adición.*] Guat. :

develar. (Del lat. *develāre*.) tr. Quitar o descorrer el velo que cubre alguna cosa. // 2. Descubrir, revelar lo oculto o secreto.

diletante. (Del it. *dilettante*.) adj. Aficionado a las artes, especialmente a la música. Conocedor de ellas. Ú.t.c.s. // 2. Que cultiva algún campo del saber, o se interesa por él, superficialmente, como aficionado y no como profesional. Ú.t.c.s. A veces, úsase con sentido peyorativo.

diletantismo. m. Condición o comportamiento de diletante.

diplomáticamente. . . . // 3. fam. Con cortesía, con habilidad.

efectivo. . . . // 4 bis. m. Número de personas que integran la plantilla de un taller, de una oficina, de una empresa o institución, etc. // 4 ter. *Mil.* m. Número de hombres presentes en una unidad.

ejercitar. . . . [*Enmienda a la 1ª acepción.*] Practicar un arte, oficio o profesión. Ú.t.c.p.rnl.

embrague. . . . // 2. Mecanismo dispuesto para que un eje participe o no, a voluntad o automáticamente, en el mecanismo de otro. // 3. Pedal con que se acciona dicho mecanismo, cuando no es automático.

eminencia. . . . // 5. *Anat.* Elevación o prominencia que presenta la superficie de un órgano o de una región anatómica cualquiera.

engrifar. // 2. prnl. *Dice:* Enamorarse. *Léase:* Enarmornarse.

escusado, da. . . . // 1 bis. V. *puerta escusada.*

esquí. . . . [*Enmienda a la 1ª acepción.*] Especie de patín muy largo, de madera u otro material, que se usa para deslizarse sobre la nieve o el agua, o por pistas artificiales que permite el deslizamiento. // 2. *esquiaje.* // *acuático.* Esquiaje que se practica deslizando el esquiador sobre la superficie del agua por la que le arrastra una embarcación veloz, a la cual se sujeta mediante un cable.

estadounidense. . . . [Enmienda.] *Suprímese*: del Norte.
excusado, da. . . . [Enmienda.] adj. *excusado*. [Suprímese
el resto.]

fantasía. . . . // 5 bis. Adorno que imita una joya. Este
collar no es de perlas legítimas, es una *fantasía*. . . . //
de fantasía. . . . // 2. Se aplica también a los objetos de
adorno personal que no son de material noble o valioso.
A veces se omite la preposición.

fluido. . . . // 3 bis. m. fam. Corriente eléctrica. // 4. [En-
mienda.] . . . que admitían. . . .

foniátra o foniatra. m. o f. Persona que profesa la foniatría.

foniatría. (del gr. φωνή, *voz*, y ἰατρεία, *cúración*.) f. *Med.*

Parte de la Medicina dedicada a las enfermedades de los
órganos de la fonación.

fosforecer. [Enmienda.] intr. Manifestar fosforescencia.

fulano, na. . . . // 4. *amante*¹. // 5. f. Ramera o mujer de
vida airada.

garata. f. *P. Rico*. Pelea, riña.

garatero, ra. adj. *P. Rico*. Peleador, valentón. Ú.t.c.s.

gentilicio. . . . // 3. *For.* [Enmienda.] *Dice*: *retrato genti-*
licio. *Debe decir*: *retracto gentilicio*.

gris. . . . [Enmienda.] // 4. fig. *petigris*. // 4. fig. . . .
sustituir manguitería *por* peletería.

guampa. . . . [Enmienda.] *Añádese*: *Parag.*

guanajo. [Enmienda.] *Dice*: Del araucano. . . . *Debe decir*:
Del arahuaco

¡hola! . . . [Enmienda.] interj. que se emplea para denotar
extrañeza placentera o desagradable. Ú.t. repetida. // 2
Tiene uso como salutación familiar. // 3. *desus*. Se utili-
zaba para llamar a los inferiores.

- húmil. [*Enmienda.*] *humil* . . . desus.
- húmilmente. [*Enmienda.*] *humilmente* . . . desus.
- iglesia. // *casarse por detrás de la Iglesia. amancebarse. casarse por la Iglesia.* Contraer matrimonio canónico.
- incinerador, ra. [*Enmienda.*] adj. Dícese de la instalación, o aparato destinados a reducir a cenizas las basuras y otros desechos. Ú.t.c.s.
- información. . . // 6. *Comunic.* Conocimientos así comunicados o adquiridos.
- ingeniería. [*Enmienda.*] f. Conjunto de conocimientos y de técnicas que permiten aplicar el saber científico a la utilización de la materia y de las fuentes de energía, mediante invenciones o construcciones útiles para el hombre. // 2. Profesión y ejercicio del ingeniero.
- itinerario. . . // 2. [*Enmienda.*] Dirección y descripción de un camino con expresión de los lugares, accidentes, paradas, etc., que existen a lo largo de él. // 2 bis. Ruta que se sigue para llegar a un lugar. // 2. ter. Guía, lista de datos referentes a un viaje.
- jurisprudencia. // 2. Conjunto de las sentencias de los tribunales y doctrina que contienen. // 3. Criterio sobre un problema jurídico establecido por una pluralidad de sentencias concordes.
- laurel. . . // *dormirse uno sobre los laureles o en los laureles.*
- lempira. (De *Lempira*, nombre de un jefe indio famoso por su lucha contra los españoles.) m. Unidad monetaria de Honduras.
- leotardo. (De *J. Léotard*, acróbata francés del siglo XIX.) m. Prenda a modo de braga que se prolonga por dos medias,

- de modo que cubre y ciñe el cuerpo desde la cintura hasta los pies. Ú.t. en pl.
- libanés**, sa. adj. Natural del Líbano. Ú.t.c.s. // 2. Perteneciente o relativo a este país.
- lingüístico**, ca. . . . // 3. V. *tipología lingüística*.
- liturgista**. Que estudia y enseña la liturgia.
- locro**. . . . [*Enmienda*.] Guisado de carne, patatas y maíz o trigo y otros ingredientes, . . .
- logotipo**. (Del gr. λέγος, palabra, y tipo.) m. *Impr.* Grupo de letras, abreviaturas, cifras, etc., fundidas en un solo bloque para facilitar la composición tipográfica. // 2. Forma característica que distingue una marca o nombre de empresa o de un producto.
- lomada**. . . . [*Enmienda*.] Ú. en la Argentina, Paraguay y Uruguay.
- lliclla**. f. *Bol., Ecuad. y Perú*. Manteleta vistosa, de color distinto del de la falda, con que las indias se cubren los hombros y la espalda.
- maceta** '. . . . // 4. *P. Rico*. Miserable, avariento, tacaño. // 5. m. *Arg., Bol., Chile, Parag. y Urug.* Caballo viejo de cascos crecidos y que, por esa causa, anda con dificultad.
- mampato**, ta. [*Enmienda*.] adj. *Chile*. Dícese del animal de patas cortas. // 2. *Chile*. Se aplica especialmente al caballo de poca alzada. Ú.t.c.s.
- mantener**. . . . // 8. prnl. Estar un cuerpo en un medio o en un lugar, sin caer o haciéndolo muy lentamente. [*Pasar la actual acepción 8 a 8 bis*.]
- margesí**. m. *Perú*. Inventario de los bienes del Estado, de la Iglesia y de las corporaciones oficiales.
- mariscador**, ra. . . . // 2. Que cultiva mariscos en viveros o playas. Ú.t.c.s.

- marisco. [*Enmienda.*] m. Cualquier animal marino invertebrado; se da este nombre especialmente a los crustáceos y a algunos moluscos comestibles. // 2. [*como está.*]
- mecánico. . . . // 7. [*Enmienda.*] Persona dedicada al manejo y arreglo de las máquinas. // 8. Conductor asalariado de un automóvil.
- mecapal. [*Enmienda.*] (Del nahua *mecapalli*, de *mecatil*, *mecate*, y *palli*, ancho.) m. *Hond.* y *Méj.* Faja de fibra o cuero, con dos cuerdas en los extremos, de que se sirven los mozos de cordel. [*Sigue como en la ed. XIX.*]
- mecapalero. m. *Hond.* y *Méj.* Mozo de cordel, cargador que usa del mecapal para cargar.
- megatón. . . . [*Enmienda.*] Unidad para medir la potencia explosiva de los ingenios nucleares; equivale a la de un millón de toneladas de trilita.
- micro- [*Enmienda.*] . . . Elemento compositivo que antepuesto a otro interviene en la formación de algunas voces españolas con el significado de “pequeño”, como en *MICRObio*. // 2. Otras veces designa “millonésima parte de una mitad”, como en *MICROfaradio*.
- mili- [*Enmienda. Suprímese en el sistema métrico decimal.*]
- milibar. m. Nombre del milibaro en la terminología internacional.
- milibaro. m. Unidad de medida de la presión atmosférica equivalente a una milésima de baro.
- momento. . . . // *de momento* o *por el momento*. . . . // 2. Por ahora, en el tiempo actual.
- muy muy. m. *Perú.* Crustáceo de 3 a 5 cm de largo, con caparazón a modo de uña, de color gris, que vive bajo la arena de la rompiente marítima. (*Remipes oval.*)

nimio, mia. (Del lat. *nimius*, excesivo, abundante; sentido que se mantiene en español; pero fue también mal interpretada la palabra, y recibió acepciones de significado contrario.) adj. Excesivo, exagerado; en general, dicese de cosas no materiales. // 2. Prolijo, minucioso, escrupuloso. // 3. Insignificante, sin importancia; en general, dicese de cosas no materiales.

niño, ña. . . . // *la niña bonita.* loc. con que se designa al número quince, especialmente en los sorteos.

nomograma. (Del gr. νόμος, ley.) Representación gráfica que permite realizar con rapidez cálculos numéricos aproximados.

nutria. . . . [Adición.] // 1 bis. Piel de este animal.

nutriero. m. *Argent.* Persona que se dedica a cazar nutrias y a traficar con las pieles de este animal.

ñeque. . . . // 2. [Añádese: Hond.]

ñique. m. *Hond.* En el juego del trompo, golpe que se da a un trompo con el clavo de otro, con objeto de partirlo, arrancarle astillas o rayarlo.

ocluso, sa. (Del lat. *occlūsus*, p. p. de *occludere*, cerrar.) adj. V. *aire ocluso*.

overol. m. *Amér.* Mono, traje de faena de una pieza.

paisano, na. . . . // *de paisano.* Dicese de los miembros de fuerzas armadas o de los eclesiásticos cuando no llevan uniforme o hábito; y de quienes no teniendo aquella condición, visten trajes ordinarios, en contraste con militares uniformados o eclesiásticos de hábito. *Iban tres hombres vestidos de militar y uno DE PAISANO.*

palabra. . . . // *palabras cruzadas. crucigrama.*

palomilla. [Enmienda.] Pasa a ser: palomilla¹.

- palomilla** ³. m. *Perú*. Pilluelo, muchacho travieso y callejero. // 2. f. *Hond.* Pandilla, grupo de muchachos vagabundos o de personas que acostumbran reunirse para divertirse o pasar el rato.
- palúdico**. . . . // 3. [*Enmienda.*] Dícese de cualquier trastorno producido por el paludismo.
- paludismo**. [*Enmienda.*] m. *Pat.* Enfermedad febril producida por un protozoo, y transmitido al hombre por la picadura de mosquitos anofeles.
- pandilla**. . . . [*Se añade a la 5ª acepción del Suplemento:* . . . o con fines menos lícitos.]
- pantalón**. . . . // *bombacho*. . . . // 2. *Amér.* *bombacha*, *pantalón*. // 3. *pantalón* ancho, ceñido a los tobillos.
- panteón**. . . . // 2. *And., Amér. Central, Col., Chile, Ecuad., Méx., Pan. y Perú.* Cementerio.
- panteonero**. m. *And., Amér. Central, Col., Chile, Ecuad., Méx., Pan. y Perú.* Sepulturero.
- papel**. . . . // *de calcar* o *de calco*. Hoja de **papel** fino, entintada por una de sus caras, que introducida entre dos hojas de **papel**, reproduce en la que está en contacto con la tinta lo que se escribe o se dibuja en la otra. // *carbón*. *papel de calcar*.
- paporreta**. (De *papo* ¹.) f. despect. *Perú*. Repetición mecánica de lo que se ha aprendido de memoria sin entenderlo o entendiéndolo a medias. // *de paporreta*. loc. adv. *Perú*. *de memoria*. Aprender DE PAPORRETA. // 2. *Perú*. Con poca o ninguna conciencia de lo que se dice. *Hablar* DE PAPORRETA.
- paporretear**. (De *paporreta*.) tr. despect. *Perú*. Aprender de memoria sin entender lo que se aprende o entendiéndolo a medias. // 2. *Perú*. Repetir algo sin entenderlo.

paporretero, ra. m. y f. *Perú*. Persona que paporretea.

parte. . . . // *de mi parte*. // 2. En nombre mío o por encargo mío; también con los demás posesivos.

patasca. . . // 2. [*Enmienda: Se suprime Perú y se añade Panamá.*]

paternalismo. m. Tendencia a aplicar las formas de autoridad y protección propias del padre en la familia tradicional a relaciones sociales de otro tipo: políticas, laborales, etc. Úsase frecuentemente con carácter peyorativo.

paternalista. adj. Dícese de quien adopta el paternalismo como forma de conducta. // 2. Dícese de todo cuanto responde o parece responder a dicha actitud.

peatón, na. . . . [*Enmienda a la 1ª acepción.*] m. y f. Persona que camina o anda a pie; se emplea este término para contrastarla con quien va en vehículo.

pechuga. . . // 5. *Perú*. Egoísmo descarado que se manifiesta desvergonzadamente. // 6. *Perú*. Abuso de confianza.

pedio, dia. adj. *Anat.* Relativo al pie o perteneciente a él.

penca. . . . [*Enmienda a la acep. 1ª*] Hoja, o tallo en forma de hoja, crasos o carnosos, de algunas plantas, como el nopal y la pita. // 2. [*Enmienda.*] Nervio principal y pecíolo de las hojas de ciertas plantas, como la acelga, el cardo, la lechuga, etc. // 2 bis. Troncho o tallo de ciertas hortalizas. // 4. [*Enmienda.*] Maslo. Tronco de la cola de algunos cuadrúpedos. [*Suprímese localización.*]

percochar. tr. *And.* Ensuciar, cubrir de mugre. Ú.t.c.p.rnl.

percocho. m. *And.* Suciedad, mugre. // 2. *Hond.* Tela o traje excesivamente sucio.

percochón, na. adj. *And.* Desaliñado, mugriento. Ú.t.c.s. °

- perrunilla.** f. *Andal., Extr. y Sal.* Especie de bizcocho o pequeña torta hecha con manteca, harina, azúcar y otros ingredientes.
- petigris.** Variedad de ardilla que se cría en Siberia, y cuya piel es muy estimada en peletería. // 2. Piel de este animal.
- pitiyanqui.** (Del franc. *petit-yanquí.*) m. *P. Rico.* Nombre que se aplica, despectivamente, al imitador del norteamericano.
- planilla.** (dim. de *plana.*) f. *And. y Amér.* Estado de cuentas, liquidación, ajuste de gastos. // 2. Nómina. // 3. Impreso o formulario con espacios en blanco para rellenar, en los que se dan informes, se hacen peticiones o declaraciones, etc., ante la administración pública.
- planta.** . . . // 2. [*Enmienda.*] *vegetal*; ser orgánico que crece y vive sin mudar de lugar por impulso voluntario.
- plantilla.** . . . // *de plantilla.* Dícese de los funcionarios, empleados o trabajadores incluidos en un *plantilla.*
- plastro.** . . . [*Enmienda.*] *carro*, vehículo de transporte.
- pobreto.** [*Enmienda.*] m. desus. *pobrete.*
- polín.** m. [*Enmienda.*] Rodillo que, colocado debajo de fardos, bultos, etc., de gran peso, sirve, girando, para transportarlos. // 2. [*Enmienda.*] Trozo de madera prismático, que sirve para levantar fardos en los almacenes, y aislarlos del suelo. // 3. *Col., Cuba y Pan.* Traviesa del ferrocarril.
- política.** . . . // 2 bis. Actividad del ciudadano cuando interviene en los asuntos públicos con su opinión, su voto, o de cualquier otro modo.
- pomol.** . . . [*Enmienda.*] Tortilla de harina de maíz muy fina, que suele tomarse en el desayuno.

poner . . . // *ponerse* uno *bien*. . . // 2. Recuperar la salud, reponerse de una enfermedad.

ponto. . . [Enmienda.] *mar*, masa de agua salada en el planeta terrestre.

porongo. . . // 3. *Perú*. Recipiente de hojalata, con cuello angosto, tapa y asa, que sirve para la venta de leche. //

4. *Perú*. Calabaza grande y alargada que sirve de depósito.

// 5. *Perú*. Vasija de arcilla para guardar agua o chicha.

poronguero. m. *Perú*. Vendedor de leche, que lleva en los recipientes llamados porongos.

posadería. . . [Enmienda.] Posada, mesón o albergue donde se acogía a los viajeros.

postdorsal. . . // 2. [Enmienda.] Dice: . . . como la *b*. Debe decir: . . . como la *k*.

poto. m. *Perú*. Vasija pequeña para líquidos. *Un POTO de chicha*. // 2. *NO. de la Argent. y Perú*. Trasero, nalgas.

prángana. f. *Méj. y P. Rico*. Pobreza extrema. // *Estar en la prángana*. Estar sin dinero.

predador, ra. . . // 2. Dícese del animal que mata a otros de distinta especie para comérselos.

predecesor. . . // 2. [Enmienda.] *antecesor*, ascendiente de una persona.

prefijo, ja. . . // 3. m. Cifra, letra, o grupo de cifras o de letras que debe marcarse para establecer comunicación telefónica automática con una zona, ciudad o país distintos de aquellos desde los cuales se llama. Se marca antes del número del abonado con quien se quiere comunicar.

procesar. // 3. *Tecnol.* Someter alguna cosa a un proceso de elaboración, transformación, etc.

psiquiatra. [Enmienda.] [*dice*: m.; *debe decir*: m. y f.]

- puerta. . . . // *excusada* o *falsa*. [Enmienda.] *excusada*, *excusada* o *falsa*.
- puñalada. . . . , *trapera*. Herida, lesión o desgarrón grande, hecho con puñal, cuchillo o algo semejante. // 2. fig. Traición, jugarreta, mala pasada.
- re¹. [Enmienda.] re- . . . Elemento compositivo que denota reintegración.
- recorrido. . . . [Nueva acepción 1ª] Acción y efecto de recorrer. // 2. Espacio que ha recorrido, recorre o ha de recorrer una persona o cosa. // 3. Ruta, itinerario prefijado. // 4. [La 2ª acepción actual.] // 5. [Enmienda a la 3ª acepción.] Reprensión o corrección a uno por una falta. Generalmente se usa en la expresión *dar un recorrido*. // 6. Impr. . . .
- repaso. . . . // *dar un repaso* a alguien. loc. fig. y fam. Demostrarle gran superioridad en conocimientos, habilidad, etc.
- rodado². // 4 bis. Dícese del tránsito de vehículos de ruedas, y del transporte o transbordo que se realizan valiéndose de ellos.
- sala. . . . // *de fiestas*. Local recreativo donde se sirven bebidas, dotado de una pista de baile y en el que, normalmente, se exhibe un espectáculo frívolo.
- samurai. [Enmienda.] *samurái*.
- sardo, da. . . . // 3 bis. Por ext., dícese de lo que tiene manchas o pecas de diverso color.
- sobre². m. [Pasan a esta palabra las acepciones 14 y 15 de esta voz.]
- sobrescrito, ta. . . . // 2. [Enmienda.] m. Lo que se escribía . . . // 3. Por ext., el mismo sobre con la dirección.

- sostener**. . . // 6. prnl. Mantenerse un cuerpo en un medio o en un lugar, sin caer o haciéndolo muy lentamente.
- sustentar**. . . // 5. prnl. Mantenerse un cuerpo en un medio o en un lugar, sin caer o haciéndolo muy lentamente.
- tabarro**. . . [*Enmienda a la 2ª acepción.*] Dice: . . . causa íntimo dolor. Léase: . . . causa intenso dolor.
- tacuaco, ca.** adj. *Chile*. Rechoncho, grueso y de poca altura. Ú.t.c.s. // 2. Se dice del animal que tiene las patas cortas. Ú.t.c.s.
- tatú**. . . [*Enmienda.*] *Añádese* Paraguay y Uruguay.
- teja**¹. . . // 1 bis. Pasta de harina, azúcar y otros ingredientes, cocido al horno, y de forma semejante a la de una *teja*. A veces se rellena con algún dulce. En algunos países, en lugar de harina, se hace de frutas, como naranja, toronia, limón o higo.
- tipología**. . . // *lingüística*. Actividad y resultado de tal actividad, consistente en comparar las lenguas para clasificarlas y establecer entre ellas relaciones, genealógicas o no, según las afinidades que se adviertan entre los rasgos de sus sistemas fonológico, morfológico y sintáctico.
- títere**. . . // 4 bis. *P. Rico*. Pilluelo, vagabundo.
- tractorar - tractorear**. Labrar la tierra con tractor.
- tráfico**. . . [*Suprímese la 2ª acepción del Suplemento.*] // 3. For ext., movimiento o tránsito de personas, mercancías, etc.; por cualquier otro procedimiento de transporte.
- tráfico**. . . [*Enmienda.*] // 3. Concurrencia y movimiento de vehículos en estaciones, puertos y aeropuertos.
- transbordador**. [*Enmienda.*] // 2. m. Embarcación que circula entre dos puntos . . . y sirve para transportar viajeros y vehículos.

transbordar. [Enmienda.] // 2. Trasladar personas o efectos de unos vehículos a otros; [sigue igual].

trapero, ra. . . . // 2 ter. V. *puñalada trapera*.

tribal. [Enmienda.] adj. *tribual*.

triumfalismo. (De *triumfal*.) m. Actitud real o supuesta, de seguridad en sí mismo y superioridad respecto a los demás, fundada en sobrestimación de la propia valía o de los propios hechos; optimismo exagerado procedente de tal sobrestimación. // 2. Manifestación pomposa de esta actitud.

triumfalista. adj. Perteneciente o relativo al triunfofalismo. // 2. Que practica el triunfofalismo. Ú.t.c.s.

vertedero. . . . // 3. Conducto por el que se arrojan a un depósito situado a nivel inferior, basuras, desechos, ropa sucia, etc.

vial. [Enmienda.] vial¹.

vial². (Del ingl. *vial*.) m. Frasco destinado a contener un medicamento inyectable, del cual se van extrayendo las dosis convenientes.

visón. . . [Adición.] // 2. Piel de este animal.

yaguané. . . . [Enmienda.] *Añádese* Paraguay y Uruguay.

yapú. *Añádese*: (Voz guaraní).

yunga. (Del quechua *yunca*.) m. y f. Natural de los valles cálidos que hay a un lado y otro de los Andes. // 2. Antigua lengua del norte y centro de la costa peruana. // 3. m. pl. *Perú*. Valles cálidos que hay a un lado y otro de los Andes.

yuso. . . . [Adición.] desus.

zamacueca. . . . [Enmienda.] Baile popular originario del Perú, y que se usa en Chile y otras partes de América Meridional. Se baila por parejas y con figuras que con-

sisten en cortesías y vueltas. Los danzantes llevan en la mano un pañuelo que se revolea durante el baile.

zarpar. tr. Desprender el ancla del fondeadero. Ú.t.c.intr.
// 2. intr. Salir un barco o un conjunto de ellos del lugar en que estaban fondeados.

ACUERDOS

Las consultas aprobadas por la Academia después de considerar los informes presentados por el señor Asesor Técnico, profesor D. Carlos Alberto Ronchi March, Director del Departamento de Investigaciones Filológicas, corresponden a las sesiones ordinarias indicadas al margen.

597^a, del 18 de abril de 1974

Batic

(Consulta formulada al Depart. de Investig. Filológ. de la Academia)

El término *batic*, de origen malayo, designa un procedimiento artístico, muy difundido hoy en todo el mundo, que se usa para el teñido y estampado de telas; también se aplica al producto terminado y a la tela estampada de este modo.

Tal procedimiento dista, por cierto, de ser una novedad. Se lo practica desde tiempo inmemorial en el archipiélago malayo, y también, con ligeras variantes, en el Japón y en África; pero la isla de Java ha sido su centro tradicional. El vocablo fue empleado en Europa desde hace más de un siglo (en Francia, por ej., está documentado ya en 1845, aunque su conocimiento público data de la gran Exposición de París de 1900), y el Museo de Artes Industriales de Haarlem, en Holanda, parece haber sido el primer lugar en que se intentó la imitación de este procedimiento en Occidente.

La técnica consiste en un diseño que se realiza con aplicaciones de cera de abeja, que forma "reservas" sobre una tela blanca, preferentemente de algodón, aunque también se usan la seda y las telas sintéticas. Para el diseño se utilizan pinceles, y para delinear el contorno del dibujo se emplea el *tjanting*, en el cual se encuentra la cera líquida. Luego se sumerge la tela en anilina; en esta opera-

ción se resquebraja la cera, y al penetrar el color por las grietas deja finos jaspeados muy originales. Posteriormente se elimina la cera, por lo común planchándola entre dos papeles absorbentes, y por último se jabona y enjuaga el trabajo.

Las telas estampadas de este modo se utilizan principalmente para confeccionar prendas de vestir —en particular la vestimenta llamada *sarong*, típica de Java, de Ceylán y de varias regiones de la India—, pero también para ornamentar almohadones, manteles, pantallas de lámparas, etc.

Debido a las lenguas en que se comenzó a describir este procedimiento artístico en Europa, la grafía más común ha sido *batik*, pero es más conveniente escribir *batic*, pues la velar oclusiva sorda se representa así en nuestra lengua cuando está en posición final (*tic, oe, cinc, frac*). En cuanto a la acentuación, debe observarse que la palabra es aguda en su origen (javanés *batik* 'pintado'); tal acento se conserva en las principales lenguas del mundo que han adoptado el término, y por lo tanto conviene acentuar también prosódicamente la última sílaba en castellano. Con una u otra grafía, el término figura ya desde hace años en muchas enciclopedias y diccionarios de nuestro idioma, como el *Diccionario Enciclopédico UTEHA*, México, ed. 1953, II, 182; la *Enciclopedia de Espasa-Calpe*, Madrid-Bilbao-Barcelona, s. a., VII, 1173; el *Diccionario Enciclopédico Salvat*, Barcelona, ed. 1954, II, 953; el *Diccionario Enciclopédico VOX*, Barcelona, ed. 1958, I, 403; la *Gran Enciclopedia del Mundo*, publicada bajo el auspicio de Menéndez Pidal, Bilbao, ed. 1970, III, 313, y también en varios diccionarios menores, como el *Pequeño Larousse de Ciencias y Técnicas*, Bs. Aires-México-París, ed. 1967, 153.

En vista de tales antecedentes, a los que podrían agregarse otros muchos procedentes de obras lexicográficas menores, la Academia Argentina de Letras sugiere a la Corporación de Madrid la inclusión del vocablo en su *Diccionario*, pues no figura en la edición de 1970.

Capear 'faltar a clase sin motivo'

(Consulta de la Comisión Permanente, Madrid)

La Comisión Permanente de Madrid consulta a la Academia Argentina de Letras sobre si se usan en nuestro país el verbo *capear* 'faltar a clase sin motivo justificado y a espaldas de padres y

tutores', y también sus derivados *capeador*, *-ra*, *capeada* 'acción de capear' y *capeadera* 'acción reiterada de capear'.

El verbo y sus derivados, comunes con tal acepción en otros países americanos, como Guatemala y Chile (Santamaría, *Dicc. mejican.*, Méjico, 1959, 207; Malaret, *Dicc. americ.*, Bs. Aires, 1946, 210), no se usan en la Argentina con ese sentido, para el cual se emplea la expresión familiar 'hacer, -se la rabona', recogida ya por Segovia (*Dicc. argent.*, Bs. Aires, 1911, 271) y por Garzón (*Dicc. argent.*, Barcelona, 1910, 417, quien señala la diferencia formal con la locución 'hacer rabona', consignada con igual valor por el *Diccionario* de la R. Academia Española). También se usan en nuestro país, con ese significado, las expresiones 'rabonear' (Garzón, *ibíd.*, 417; Segovia, *ibíd.*, 271) y 'hacer o hacerse la rata' (recogida por Segovia, *ibíd.*, 272, por Morínigo, *Dicc. americ.*, Bs. Aires, 1966, 547 y otros lexicógrafos).

Los demás valores con que el verbo *capear* se usa en la Argentina no son objeto de esta consulta de la Comisión Permanente.

Cuate, cuache

(Consulta de la Comisión Permanente, Madrid)

La Comisión Permanente de Madrid consulta a la Academia Argentina de Letras sobre 'el uso y significado de las palabras *cuate* y *cuache*, y si se emplean las formas femeninas *cuata* y *cuacha*'.

Estos vocablos, registrados para Guatemala y México por el *Diccionario* de la R. Academia Española (ed. 1970, p. 388, y Comunicado de abril de 1973) con el sentido de 'gemelo de un parto', 'igual o semejante', 'doble, provisto de dos partes iguales' y también 'camarada, compinche', no se usan en la República Argentina. Por lo tanto, tampoco se conocen sus formas femeninas *cuata* y *cuacha*.

00ª, del 27 de junio de 1974

Hidroponía, hidropónico

(Consulta formulada al Depart. de Investig. Filológ. de la Academia)

En biología se denomina *hidroponía* (del elem. comp. *hidro-* gr. ὕδωρ 'agua', y de *πόνος* 'trabajo') a la práctica agraria que consiste

en cultivar las plantas no en tierra, sino en soluciones acuosas de sales nutritivas. Este sistema se remonta a los "cultivos acuosos", introducidos en la fisiología vegetal por J. Sach (1859) y por J. Knop (1860) con el fin de estudiar la incorporación de las sustancias minerales por parte de la planta. Se preparan soluciones muy diluidas de sales inorgánicas en recipientes de vidrio o porcelana, y se hacen desarrollar las plantas con las raíces inmersas en el líquido. Con este sistema se pueden cultivar plantas herbáceas (trigo, maíz, etc.) y también leñosas, hasta su fructificación. Mediante los cultivos acuosos se ha demostrado que todas las sustancias minerales presentes en la planta, según lo revela el análisis, son absorbidas por las raíces, y que no es necesario suministrar al vegetal ningún compuesto orgánico.

Una modificación del método aquí descrito consiste en hacer desarrollar las raíces en arena o *pedregullo* que se han impregnado con tales soluciones, con lo cual se obtiene la ventaja de una aeración óptima.

Se ha discutido mucho sobre las ventajas y desventajas de la *hidroponía* como cultivo agrario; en vista del elevado costo de las instalaciones, de la continua vigilancia que requiere el proceso, etc., se estima que la *hidroponía* es útil en casos especiales, por ejemplo para obtener hortalizas frescas (en particular, según se ha comprobado, tomates, zanahorias, lechuga, etc.) en lugares áridos, como ciertos islotes en que se ven obligados a vivir los encargados de faros. La primera experiencia en gran escala se hizo durante la segunda guerra mundial en la isla de Ascensión, en el centro del Atlántico, con resultados satisfactorios.

Teniendo en cuenta que el *Diccionario* de la R. Academia Española (ed. 1970) registra el sustantivo *geoponía* y el adjetivo *geopónico*, *-ca*, los cuales forman sistema con los que aquí se han estudiado, la Academia Argentina de Letras sugiere a la Corporación de Madrid la conveniencia de incorporar *hidroponía* e *hidropónico*, *-ca* al mencionado léxico.

Milko, Mirko

(Consulta de la Dirección del Registro Civil, Santa Rosa, La Pampa)

El nombre *Mirko* es un hipocorístico del eslavo meridional *Miroslav*, cuyo segundo elemento es el ant. esl. *slava* 'gloria', y el primero,

el esl. *mir* 'mundo' o *mér* 'gloria'. En el primer caso el sentido del compuesto sería 'que tiene gloria en el mundo'; en el segundo, tratándose de la suma de dos sinónimos, equivaldría simplemente a 'gloriosísimo'.

En cuanto a *Milko*, muy semejante al anterior, es a su vez un hipocorístico de *Miloslav*. El segundo elemento es el ya citado *slava*; el primero puede ser *milu* (croata *mio*) 'misericordioso' o el sustantivo *mila* 'misericordia'; el sentido del compuesto sería, según ello, 'glorioso por su misericordia, por su piedad'.

Aunque el nombre *Mirko* (casi nunca *Milko*) está poco difundido en nuestro país, esta Academia, de acuerdo con el art. 3º, inc. 2 de la ley 18.248/69, solo considera aceptable su imposición (tal como lo ha declarado para el nombre *Axel*; cf. *BAAL*, t. XXXV, nº 135-136, 131) si ya lo lleva el padre del inscripto, y por ser de fácil pronunciación y no tener traducción en nuestro idioma.

Portafolio, portafolios

(Consulta de la Comisión Permanente, Madrid)

La palabra *portafolio(s)* designa en nuestra lengua, como se sabe, una especie de valijín chato o carpeta de cuero, con divisiones internas y a veces bolsillos exteriores, que se usa para llevar papeles, documentos, libros, valores y billetes de banco en gruesas sumas, etc.

Desde el punto de vista lingüístico, la palabra *portafolio(s)* pertenece a la abundante serie de los compuestos temáticos españoles consistentes en una secuencia de dos temas, con pérdida de acento en el primero; y dentro de este grupo, a los compuestos cuyo primer tema está flexionado (*saca-corcho-*, *quita-mancha-*, etc.). La estructura de estos compuestos es sintáctica, no morfológica. Las gramáticas tradicionales de tipo histórico hacen notar que se da en ellos una relación sintáctica de verbo y complemento directo (composición propia exocéntrica), y discuten todavía hoy si el primer tema, el verbal, debe considerarse un imperativo o un presente de indicativo (cf. en general Meyer-Lübke, *Gramm. des langues romanes*, vol. II, 1895, § 547; A. Darmesteter, *De la format. des noms comp. en franç.*, 1894, p. 168 sgs.: *Composit. par phrases. Type: portefeuille*; M. Pidal, *Gram. hist. esp.*, § 88; para una visión actual, R. A. Holl Jr., *Introduct. Linguistics*, 1964, 188 y 190).

La palabra *portafolio(s)*, adaptación del francés *portefeuille*, pertenece a la numerosa serie de términos de este tipo tomados de aquella lengua particularmente en los siglos XIX y XX. El proceso de tal adaptación resulta todavía visible en curiosas formas intermedias, como *port-folio*, documentada en la Argentina a fines del siglo pasado (cf. la sección titulada "Port-folio de curiosidades" en la revista *Caras y Caretas*, Bs. Aires, 21.1.1899) y en la palabra *porfolio*, que se incorporó al *Dicc. Acad. Esp.* en la edición de 1936 y figura todavía en la de 1970: "Conjunto de fotografías o grabados de diferentes clases que forman un tomo o volumen encuadernable".

La palabra fue condenada ya en 1855 por Baralt (*Diccion. de galic.*, Madrid, p. 113), el cual, por los ejemplos que cita, nos demuestra no solo que el vocablo era corriente en nuestra lengua hace más de un siglo, sino que entonces se empleaba frecuentemente con el valor, común en francés, de "cartera" o ministerio; con este sentido (atestiguado también para Hispanoamérica por Ciro Bayo, *Vocab. de provincial. argent. y boliv.*, en *Rev. Hisp.* XIV, 1906, 474) ha desaparecido en nuestra lengua. También se pronunció contra la adopción del término Rufino J. Cuervo (*Apunt. crít. sobre el leng. bogot.*, París, ed. 1907, § 975), quien lo ponía en una misma serie con *panfleto*, *punzó* y otros galicismos hoy absolutamente corrientes en español. En cambio lo consideraba necesario el venezolano Rivodó, quien generalmente tuvo agudo sentido para prever la evolución del léxico castellano (*Voces nuevas*, París, 1889, 109). Entre los lexicógrafos argentinos, lo registró ya a principios de este siglo L. Segovia (*Dicc. argent.*, Bs. Aires, 1911, 136), aunque con un significado que no es todavía el corriente hoy: "Cartón doble en que se colocan papeles, dibujos, etc. En francés, *portefeuille*. Comp. *portapliegos*".

La palabra se ha difundido más tarde ampliamente en todos los países de habla española, con la peculiaridad de que la lengua escrita y oral suelen vacilar entre las formas *portafolio* y *portafolios*. Los que prefieren esta última acostumbran argumentar que tal preferencia se basa en motivos "lógicos": si en tal cartera se lleva más de un folio, amén de libros y objetos, se impone el plural para el segundo elemento del compuesto. Pero la "lógica", que aquí es sólo otro nombre del buen sentido, tiene poco que hacer en cuestiones de lenguaje; toda la historia de la lingüística lo demuestra con evidencia. Mucho más importante resulta el uso, sobre todo cuando

es de antigua data, y principalmente el hecho de que el segundo tema del compuesto se siente a menudo como un colectivo; por ello se dice *guardabarrera* y *guardarropa*, que son las formas registradas en el *Diccionario* de la Academia Española. En otros casos, el mismo *Diccionario* da cuenta de la vacilación, encabizando el mismo artículo con las dos formas: *portalámpara* o *portalámparas*, *portaequipaje* o *portaequipajes*. En otros, todavía, como ocurre con *cortapapeles*, el mencionado *Diccionario* aclara: "En América úsase más en singular". Este último hecho, en efecto, es bastante común: en la Argentina se denomina *guardabarro* a cada uno de los cuatro que posee el automóvil, en tanto que la Academia Española recoge sólo la forma *guardabarros* con igual sentido.

En el lenguaje escrito el uso, como se ha dicho, vacila. Véanse algunos ejemplos: "A iniciativa de un señor con portafolio y anteojos, de aspecto honorable [...] todos dieron preferencia al cieguito" (E. Sábato, *Sobre héroes y tumbas*, Bs. Aires, ed. 1963, 309); "Acto continuo sacó del portafolio una carta dirigida al ministro" (J. L. Borges, *El informe de Brodie*, Bs. Aires, 1970, 123); "Vieron a Gregorovius [...] cargando como de costumbre con un portafolios atiborrado de libros" (J. Cortázar, *Rayuela*, ed. 1963, 53). En escritores más jóvenes que los citados, se da a veces el caso de que aparezca la forma sin *-s* cuando el autor hace hablar a sus personajes, y con *-s* cuando habla él mismo, como si considerara que la última es más "correcta": "Fijate bien, los vas a ver en seguida: con portafolio de plástico, leyendo el diario, haciéndose los sonsos cuando pasa un ciego..." (R. Talesnik, *La fiaca*, Bs. Aires, 1967, 24); "JAUREGUI. — (Tomando un sombrero o un portafolios, algo que haya traído y denote que está por marcharse)" (Id., *ibíd.*, 45). El uso periodístico es igualmente vacilante, y no es extraño encontrar las dos formas en una misma edición del mismo diario, a pesar de que muchos de ellos procuran uniformar estas anomalías en el estilo de sus diversos redactores.

Por último, en lo que se refiere al uso oral, una encuesta hecha por el Departamento de Investigaciones Filológicas entre personas de los dos sexos y de diferentes edades y niveles sociales de la ciudad de Buenos Aires, revela que en la generación joven —que es la que mejor permite conjeturar el afianzamiento futuro de una y otra forma— predomina *portafolio* sobre *portafolios* en una proporción del 80 %.

En consecuencia, la Academia Argentina de Letras considera que si bien las dos formas se usan hoy, y por lo tanto ninguna de ellas puede considerarse incorrecta, *portafolio* es la que tiende de modo visible a imponerse, y es, precisamente, la que usa en su consulta la Comisión Permanente de Madrid.

ARGENTINISMOS

Enmiendas, ratificación o inclusión de argentinismos en el « Diccionario Mayor » (1970) y en el « Manual » (1950) de la Real Academia Española ¹

Baguala

La *baguala* es una antigua canción argentina perteneciente al grupo de las que la musicóloga Isabel Aretz denomina “canciones profanas de ejecución colectiva”, y entre ellas,

¹Debe advertirse que la noción de argentinismo será deliberadamente usada en esta sección de un modo lato y no rigurosamente técnico. Incluye los que los diccionarios de la Academia Española señalan con la nota de *Argent.*, los que junto con la Argentina atribuye a otros países, e incluso varios que califica como *americanismos*. Pero se tiene clara conciencia de que algunos señalados como argentinismos son términos que aparecen en común en áreas más amplias; que no tiene mayor sentido separar dichas áreas según límites políticos, y, al revés, que otros términos poseen solo alcance local dentro del país.

Para una formulación científica de estos problemas, cf. Fernando Antonio Martínez, *Lexicography*; Juan M. Lope Blanch, *Hispanic Dialectology* y J. Malkiel, *Hispanic Philology* (sección IV), en *Current Trends in Linguistics*, 4 (Ibero-American and Caribbean Linguistics), Mouton, The Hague, 1968. Los trabajos de dialectólogos como J. P. Rona están contribuyendo a deslindar estas cuestiones.

en especial, las *vidalitas*, o sea "las especies líricas que el pueblo entona en coro, sin que esta característica excluya la posible ejecución individual. Estos cantos se acompañan especialmente con caja o tambor, y suelen llevar por texto coplas, generalmente entrelazadas con estribillos que todos los cantores conocen" (Isabel Aretz, *El folklore musical argentino*, Bs. Aires, 1952, 114).

Como señala la mencionada investigadora, la *baguala* se basa casi siempre en tres notas similares a las de un acorde perfecto mayor (generalmente con el ritmo básico de negra - dos corcheas), que se acompaña, como queda dicho, con tambor o caja, y su origen es probablemente indígena, si se tienen en cuenta sus características y la zona de dispersión actual. Se ejecuta la *baguala* preferentemente en carnaval, la principal fiesta profana del noroeste, y es entonada indistintamente por hombres, mujeres y niños. Dice Isabel Aretz (obr. cit., 115):

"En las reuniones es costumbre formar rueda, preferentemente de pie. Los participantes no necesitan ser buenos cantores, y basta que uno del grupo indique el 'tono' (la melodía, o el estribillo solamente), para que todos la entonen a coro. Uno, dos o tres *cajeros* baten con insistencia el acompañamiento, y los cantores buscan la armonía de la voz con la percusión. Inmediatamente dicta alguien una copla y comienza el canto: unas voces se elevan *por grueso* (voz grave), otras *por delgadito* (voz aguda). Típico de estos cantos es también el pase de uno a otro registro, y sobre todo el *falsete*, que les confiere un color muy particular". A estos últimos aspectos alude una copla popular que recogió Carrizo (cf. F. Coluccio, *Dicc. folklórico argent.*, Bs. Aires, 1950, 43):

*Yo no canto delgadito
porque se me va a cortar;
yo canto grueso, gruesito,
como pa trama i costal.*

No son del todo convincentes las etimologías sugeridas para el término *baguala*. Por lo pronto, resulta muy poco probable el origen quechua propuesto por algunos (cf. Diego A. de Santillán, *Gran enciclop. argent.*, I, Bs. Aires, 1956, 345; J. V. Solá, *Dicc. regional. Salta*, Bs. Aires, 1956, 53). Generalmente se ha pensado en una vinculación con *bagual*, que como adjetivo significa 'bravo, indómito'; pero como el nombre del cacique querandí Bagual, que dio origen a ese vocablo (cf. S. Canals Frau, *Sobre el origen de la voz 'bagual'*, en *AILC*, I (1942), 71 sgs.; Corominas, *DELC*, I, Madrid, 1954, 366 b), se difundió desde los siglos XVI y XVII en regiones pampeanas, y la canción de que aquí se trata tuvo en cambio su primitiva zona de dispersión en comarcas andinas, la cuestión merece estudio aparte basado en documentación más abundante. Resulta significativo, sin embargo, que *baguala*, como femenino de *bagual*, es normal en el interior argentino (cf. B. E. Vidal de Battini, *El habla rural de S. Luis*, Bs. Aires, 1949, 97 y 104; A. Rosenblat, *Notas de morfología dialectal*, en *BDH*, II, 2, Bs. Aires, 1946, 121), y que muchos estudiosos hayan señalado, precisamente, el carácter agreste y rústico de la canción (cf., por ej., R. Jijena Sánchez, *Achalay*, Bs. Aires, 1932, 81: "Vidala muy rústica"; Justo P. Sáenz, h., *Cortando campo*, Bs. Aires, 1941, 129: "...emocionante en su agreste tonalidad", etc.).

El área actual de difusión de la *baguala* abarca, principalmente, regiones de las provincias argentinas de Tucumán

(Ábalos, *Norte pencoso*, Bs. Aires, ed. 1964, 68, y la información gentilmente proporcionada para este dictamen por la profesora Alicia D. Bellomo), Santiago del Estero (O. Di Lullo, *Contrib. al estudio de las voces santiagueñas*, Sgo. del Estero, 1946, 63 b), Catamarca (C. Villafuerte, *Voces, y costumbres de Catamarca*, I, Bs. Aires, 1961, 94), Salta (Dávalos, *Lexicología de Salta*, en BAAL, t. 2, 1934, 7; Ábalos, *obr. cit.*, 68), Jujuy (A. Fidalgo, *Breves toponimia y vocab. jujeños*, Bs. Aires, ed. 1965, 28). Isabel Aretz dice haberla oído asimismo desde La Rioja hasta los confines con Bolivia, y en Formosa y el Chaco, y dice que en Salta se denomina también a este tipo de canción *tonada* o *coplas*; en la región de los Valles de Tafí (Tucumán), *joi-joi*; en otras partes de la misma provincia, *vidala*, *vidalita*, *tono*, *tonada*, *copla*, *arribeña*, *abajena*; en Jujuy, a veces simplemente *coplas*; en Catamarca, La Rioja y San Juan, *vidala* o *vidalita*, etc.

El vocablo *baguala*, como queda dicho, se conoce prácticamente en todo nuestro país y hasta aparece en obras literarias que no tienen que ver con temas rurales o folklóricos; baste citar un solo ejemplo: "...y todavía menos con los altibajos de Boca Juniors y los cultos necrofílicos de la baguala y el barrio de Boedo" (J. Cortázar, *Rayuela*, Bs. Aires, ed. 1963, 275).

En consecuencia, la Academia Argentina de Letras solicita a la R. Academia Española que incluya este término, como argentinismo, en la futura edición de su *Diccionario*.

Chancleta

Prácticamente todos los valores con que la palabra *chancleta* se usa en la República Argentina están contenidos en la definición que de ella da el *Diccionario* de la R. Academia Española (ed. 1970, p. 404, y *Suplemento*, p. 1389): “*chancleta* (d. de *chancla*) f. chinela sin talón, o chinela o zapato con el talón doblado, que suele usarse dentro de casa. // 2. com. fig. y fam. Persona inepta. // . . . // 3. *Amér.* fam. y desp. Mujer, en especial la recién nacida”. Se agregarán aquí algunas precisiones.

Como es sabido, el vocablo *chancleta* (para cuya etimología cf. Corominas, *DELIC*, s.v. *zanca*; cf. Spitzer en *RFE*, VIII, 1921, 404) está documentado en nuestra lengua desde muy antigua fecha: Oudin, *Tesoro* (1607): “soulriers sans talon”; Covarrubias, *Tesoro* (1611): “Chancletas. Un género de calçado sin talón, como chinelas”; *Dicc. Autor.*, II, 1729: “Chancleta. Lo mismo que chinela o pantuflo”.

Como ya había puntualizado Eleuterio F. Tiscornia (“*Martín Fierro*” comentado y anotado, Bs. Aires, I, 1925, 399), el sentido recto de la antigua voz castellana, que para los paisanos argentinos es ‘alpargata vieja y deshecha’, dio origen en muchas partes de América a una derivación característica: ‘mujer’, y sobre todo ‘niña recién nacida’. Véase un ejemplo: “El primogénito ofrecíase al padrino; cuando *chancleta* venía al mundo, si éste no la creía más conveniente para sí propio, pues no extrañábase casarse una joven con su abuelo, que tal parecía sesentón contra doncellita de quince abriles” (Pastor S. Obligado, *Salineros*, en *Tradiciones argentinas*, 8ª serie [1912], Bs. Aires, ed. 1955, 144).

En cuanto al origen de este paso semántico, probablemente estaba más en lo cierto M. L. Wagner (*RFE*, X, 1923, 73 sgs.) —quien pensaba en una alusión sexual como las que había estudiado R. Kleinpaul (*Sprache ohne Worte*, Leipzig, 1888, 308)—, que Kany (*Semántica hispanoam.*, tr. esp., Madrid, 1962, 80-81), el cual supone que éste es uno de tantos casos en que el nombre de un objeto se aplica a los niños cuando indican algo redondo, gordo, rechoncho o sin forma. Decía Tiscornia que los diccionarios argentinos no registraban tal significado, afirmación extraña, pues el viejo léxico de Segovia, a quien el propio Tiscornia cita con otro motivo, decía: “CHANCLETA. f. fam. Niñita recién nacida, *meonita*. Lo mismo en Chile. Es expresión ligeramente despectiva” (*Dicc. argent.*, Bs. Aires, 1911, 189).

El mismo Tiscornia recordaba que en el habla rural la extensión semántica del vocablo avanzó un grado más, y *chancleta* pasó a significar ‘hombre apocado, de ánimo mujerial’, de donde ‘flojo, cobarde, pobre diablo’ (cf. Villafuerte, *Voces y costumbres de Catamarca*, I, Bs. Aires, 1961, 235: “Chancleta. En forma cariñosa a los recién nacidos del sexo femenino. // Pobre diablo”); con este último valor está empleada la palabra en una conocida estrofa del *Martín Fierro* (I, 229 sgs.): “Pues siempre la mamajuana / vivía bajo la carreta, / y aquel que no era chancleta, / en cuanto el goyete vía, / sin miedo se le prendía / como güérfano a la teta”. Es tal vez oportuno hacer notar que el mismo valor de ‘mujerial, afeminado’ pasó pronto al lunfardo (Luis C. Villamayor, *El lenguaje del bajo fondo*, Bs. Aires, 1915, 60: “Chancleta. Aplicable al individuo afeminado”), y que

con sentidos conexos —como el de *puerta* de una casa—, que vendrían a reforzar la conjetura antes mencionada de Max Leopold Wagner, se utilizó ya desde el siglo pasado en la jerga de la delincuencia (cf. A. Dellepiane, *El idioma del delito*, Bs. Aires, 1894, 67 y el ejemplo que da F. M. Casullo, *Dicc. de voces lunfardas y vulgares*, Bs. Aires, 1964, 75: “Si te ves apurado esta noche, rajá por la primera chancleta con que te topés”).

Sobre el posnominal popular *chancletiar* (< -ear) decía, en el pasaje antes citado, Eleuterio F. Tiscornia: “El sentido de cosa absolutamente femenina aparece en el verbo *chancletiar*, que sólo se aplica a las mujeres y vale para el caso ‘moverse en chancletas de un punto a otro, andar siempre, no parar en casa, llevar y traer cuentos’ ”.

Debe recordarse, por otra parte, que es hoy usual, en el lenguaje familiar argentino, la expresión *tirar la chancleta*, con el sentido de ‘perder el control moral, darse a una conducta disipada’: “—Si le digo blanco él ya está pensando en que es negro, desconfiado como él solo, piensa que tiro la chancleta en las giras, y ahora que está ganando bien ¿por qué está tan nervioso? . . .” (Manuel Puig, *La traición de Rita Hayworth*, Bs. Aires, 1970, 64).

La 3ª acepción de la palabra *chancleta*, mencionada al principio, que agregó en su *Suplemento el Diccionario* de la R. Academia Española, es común a muchos países de América, como ya lo afirmaba Malaret (*Dicc. americ.*, Bs. Aires, 1946, 298), y aún habría que agregar a esa nómina al menos México, Venezuela y Colombia, contra lo que dice Kany (*Semánt. hispanoam.*, ed. cit., 81).

Por todo ello, esta Corporación informa a la R. Academia^o

Española que entre las acepciones que registra en su *Diccionario* (ed. 1970), las que significan 'chinela sin talón' y 'niña recién nacida' son hoy usuales en todo el territorio argentino, y por lo tanto conviene que se incluyan ejemplos de ellas en el *Diccionario Histórico* que tiene en curso de publicación.

Chicana, -ear, -ero

La palabra *chicana* y sus derivados, de uso antiguo y corriente en nuestro país, proviene del francés *chicane*, lengua en la cual es un deverbal de *chicaner*, de etimología oscura, atestiguado ya en el siglo xv.

Es sabido que desde el siglo pasado y en la primera mitad del actual, el vocablo fue condenado repetidamente como galicismo; baste recordar, a modo de cifra de tales censuras, la de un autor representativo como Baralt (*Diccionario de galicismos*, Madrid, 1855, 175). Obsérvese la fecha del anatema de Baralt, la cual prueba que el término era ya frecuente en nuestro idioma hace más de un siglo.

También lo censuró Rufino J. Cuervo (*Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, 6ª ed., París, 1907; cf. *Obras*, I, Bogotá, Inst. Caro y Cuervo, 861). Para demostrar que el excesivo purismo es casi siempre vencido por el uso, baste recordar que en el mismo párrafo en el cual censuraba *chicana*, Cuervo aconsejaba evitar también los galicismos *avalancha*, *condolencia*, *comité*, *elucubración* (*lucubración*), *etiqueta*, *finanzas* y otros muchos, todos los cuales han sido aceptados por la Academia Española, y, lo que más importa, se usan hoy normalmente en los países de habla hispánica.

A los puristas argentinos siempre les ha causado desconcierto saber que palabras tan corrientes en el uso general, como *rebenque* y *rancho*, son de origen francés: *rebenque* (< fr. *raban* 'envergue, cabo que afirma la vela a la verga') está documentado en España en 1585, y aparece en el *Quijote*; *rancho* (< fr. *se ranger* 'instalarse en un lugar') se encuentra ya en el español peninsular en 1535, y también figura en el *Quijote*.

El vocablo francés *chicane*, de modo semejante, fue ya adoptado sin variar su forma por el inglés, desde el s. XVII (lo usa, entre otros, el filósofo Locke), y es sabido que se emplea corrientemente en portugués (*chicana*). En nuestro idioma ya ha ingresado al caudal lexicológico, como el francés *tourisme*, tras adaptarse a la fonética y fonología castellanas, según ocurre con los galicismos diacrónicos o etimológicos (cf. B. Pottier en *ELH*, II, Madrid, 1967, 128).

En la Argentina, que es lo que principalmente interesa aquí, aparece ya registrado por los lexicógrafos desde principios del presente siglo, y su uso está documentado en la capital y en todo el interior del país: baste recordar que lo recogen Garzón (*Dicc. argent.*, Barcelona, 1910, 151: "Embrolio, sofisma, adulteración maliciosa de la verdad. // En los trámites judiciales, incidente injustificado o cualquier otro subterfugio o pretexto que crea maliciosamente una de las partes para alargar el pleito. // Por ext., cualquier medio o ardid empleado para hacer aparecer una cosa por otra, o para ocultar los defectos de esta"); Díaz Salazar (*Dicc. argent.*, Bs. Aires-Barcelona, 1911, 28); Segovia (*Dicc. argent.*, Bs. Aires, 1911, 117); en Salta, Solá (*Dicc. regional. de Salta*, Bs. Aires, 1956, 116); en Jujuy, Sánchez

de Bustamante (ap. *BAAL*, t. 20, n° 75, 1951, 213); en Catamarca, Avellaneda (ap. Lafone Quevedo, *Tesoro de catamarqueñismos*, Bs. Aires, 1927, 299) y Villafuerte (*Voces y costumbres de Catamarca*, I, Bs. Aires, 1961, 255); en San Luis, Berta E. V. de Battini (*El habla rural de S. Luis*, Bs. Aires, 1949, 162) y gran cantidad de diccionarios comunes que no hace falta citar aquí.

Por otra parte, sin hablar de la lengua coloquial, en la que la palabra es hoy corriente (aunque está desapareciendo un tanto entre las generaciones más jóvenes), el uso está documentado en el lenguaje literario desde fines del siglo pasado. Véanse algunos ejemplos: "A Casilda se le antojaba que en una sucesión tan clara como el agua no había para qué tanto ajeteo, y que el enredador y el chicanero era el despierto albacea" (C. M. Ocantos, *Quilito*, París, 1891, 70); "...nada más distante de él que ese derecho español, todo chicana bajo su cariz entre teológico y curial" (L. Lugones, *El imperio jesuítico*, Bs. Aires, 1904, 50); "El resto es chicana, a propósito de requisitos que los gobiernos tienen siempre buen cuidado de llenar cumplidamente" (R. J. Payró, *Marco Severi*, en *Teatro Completo*, Bs. Aires, 1956, 153); "Raucho habló con un tono irónico, que presagiaba sus deseos de buscar chicana" (R. Güiraldes, *Raucho*, en *Obras Completas*, Bs. Aires, 1962, 220).

Como se ha dicho, la palabra *chicana* es de uso hispánico general: Santamaría (*Dicc. mejic.*, Méjico, 1959, 373) la documenta también en Méjico, Guatemala, Costa Rica, Colombia y Venezuela.

Por ello, y sobre la base de los argumentos que anteceden, la Academia Argentina de Letras solicita a la R. Aca-

demia Española que incluya este vocablo y los derivados *chicanear* y *chicanero* en su *Diccionario* (pues no figuran en la ed. de 1970), y que al hacerlo haga constar que se emplean en la Argentina.

Papelón

No figura en el *Diccionario* de la R. Academia Española (ed. 1970), ni en las adiciones y enmiendas que la Corporación de Madrid ha comunicado posteriormente a la Academia Argentina de Letras, una acepción familiar de la palabra *papelón* que es sumamente frecuente en nuestro país y en otros de América: 'papel desairado, situación lamentable y ridícula por su inoportunidad o torpeza'. Tampoco, por consiguiente, registra dicho *Diccionario* la expresión *hacer un papelón* 'ponerse en ridículo'.

Américo Castro (*La peculiaridad lingüística rioplatense*, Madrid, 2ª edic., 1961, 123) dice al respecto, refiriéndose a la penetración de portuguesismos, y en particular brasileñismos, en el lenguaje del Río de la Plata: "No se incluye en lo anterior *papelón*, del port. *papelão*, adopción que rima plenamente con la actitud de recelo social en que vive el argentino". El mismo origen le atribuye Kany (*Semánt. hispanoam.*, tr. esp., Madrid, 1962, 149): "Entre los préstamos portugueses (generalmente brasileños en la región del Río de la Plata) están... *papelón* (de *papelão*) 'papel ridículo' ". Con todo, esta hipótesis de Américo Castro, quien por lo demás creía que tal acepción de *papelón* era únicamente un argentinismo, queda invalidada por el hecho, oportunamente señalado por Corominas (*DELIC.*,

IV, s.v. *papel*; ver también *Indianorómanica*, en RFH, VI, 2 (1944), 143), de que con el mismo sentido se emplea el término al menos en Panamá (B. Isaza Calderón - R. J. Alfaro, *Panameñismos*, Ciudad de Panamá, 1968, 84); en Cuba; Perú y Uruguay (Malaret, *Dicc. americ.*, Bs. Aires, 1946, 621) y también en Chile (Malaret, *Correc. al dicción. de americ.*, en *Univ. Pontif. Bolívar.*, XVII, n° 65, 1952, p. 488).

El origen, que es sin duda resultado de una extensión del esp. *papel* en su sentido teatral, dio pie a una sensata observación de Eleuterio F. Tiscornia: "HACER UN PAPELÓN 'ponerse en ridículo'. *Hacer un papel*, *representar un papel* son frases propias del lenguaje teatral, que han dado origen a las españolas *hacer buen papel*, *hacer mal papel* con que se alude simplemente al desempeño airoso o deslucido del individuo en alguna empresa. *Hacer un papelón* es hacer un papel feo y risible. Es de advertir —agrega Tiscornia— que ese dicho no es propio del habla rural sino del habla urbana, y que Hernández lo traslada de un ambiente a otro al ponerlo en boca de Fierro. La frase *hacer un papelón* es de uso frecuente, así en el lenguaje culto como en el familiar, y alterna con su equivalente *hacer un papel ridículo*" (J. Hernández, *Martín Fierro. Comentarios, notas y vocabulario de E. F. Tiscornia*, Madrid, Aguilar, 1971, 345. Véase, en el mismo sentido, Juan B. Selva, *La metáfora*, en BAAL, t. X, n° 37, 1942, 165).

No interesa a este informe examinar los otros valores de la palabra, derivados del que señalaba ya Covarrubias (*Tesoro*, Madrid, 1611, s. v.: "*Papelón*, papel doblado y pegado con engrudo, que por otro nombre llaman *cartón*"),

acepción que aparece ya en el *Quijote* (I, 2), en Góngora y en otros escritores posteriores, pues la historia de la palabra y de sus derivaciones americanas ha sido ya trazada por A. Rosenblat (*Buenas y malas palabras*, I, Madrid, ed. 1960, 242 sgs.).

Sí importa, en cambio, recordar que de la acepción que aquí se comenta hay testimonio en nuestro país al menos desde el siglo pasado: “*Son salvajes por completo / hasta pa su diversión, / pues hacen una junción / que naides se la imagina: / recién le toca a la china / el hacer su papelón*” (J. Hernández, *Martín Fierro*, II, vv. 679 sgs., si bien el uso resulta en este ejemplo un tanto forzado, pues como observa el académico Ángel J. Battistessa en su edición del poema, Bs. Aires, 1964, p. 141, “aquí el aumentativo o es humorístico y enfático, o ha sido impuesto por la rima”). Los lexicógrafos Garzón (*Dicc. argent.*, Barcelona, 1910, 353) y Segovia (*Dicc. argent.*, Bs. Aires, 1911, p. 254, 813, 817) la documentan asimismo desde principios de siglo, y el primero de ellos da pruebas de su uso normal en esa época aduciendo un ejemplo periodístico significativo (*op. cit.*, 321, s. v. *muchachada*): “La muchachada tenía miedo de hacer un papelón, y debido a eso es que más del cincuenta por ciento se abstuvieron de asistir” (Diario *La Razón*, Bs. Aires, 16 dic. 1908).

También es normal y frecuente esa acepción en el sainete, género teatral que por sus características refleja con bastante fidelidad el habla popular, y asimismo en el drama de tipo rural que, por el origen de sus autores, a menudo pone esta palabra de uso originariamente urbano, como señala Tiscornia, en boca de personajes del campo; véase un solo ejemplo:

LIBORIA (tomando el balde y desapareciendo por la izquierda). —¡Vaya con los papelones que le hacen hacer a una los patroncitos éstos!” (José de Maturana, *La flor del trigo*, estren. en el teatro “Apolo”, de Bs. Aires, el 17 de agosto de 1908, *apud El drama rural*, Bs. Aires, Hachette, 1959, 146).

En conclusión, y sobre el fundamento de los testimonios que anteceden, la Academia Argentina de Letras solicita a la Real Academia Española que incluya en su *Diccionario* los americanismos familiares *papelón* y *hacer un papelón*, con los valores señalados, y que al hacerlo deje constancia de que se usan hoy normalmente en el lenguaje oral y escrito de la Argentina.

Patota, patotero

Las palabras *patota* y *patotero* reflejan un hecho social que en Buenos Aires, y luego en centros urbanos del interior del país, ha pasado por distintas etapas, con características también distintas, desde las dos últimas décadas del siglo pasado hasta el presente. Sería muy extenso relatar aquí las causas y la historia de este proceso, que en gran parte coincide con un momento culminante de la inmigración extranjera, y con la transformación de la Gran Aldea en la cada vez más populosa capital de la Argentina. Aunque varios sociólogos han estudiado con metodología científica el mencionado proceso, basta aquí citar la descripción que de él hace Domingo F. Casadevall (*El tema de la mala vida en el teatro nacional*, Bs. Aires, 1957; en especial cap. XVI: *Patoteros y bufones*).

Interesa señalar en primer término que las *patotas* de principios de siglo, llamadas generalmente *indiadas* hacia 1890, eran grupos de jóvenes, casi siempre de clase alta, que se entregaban a provocaciones, desmanes y abusos en las calles y lugares públicos. De esas *indiadas* de 1890 dijo Luis María Jordán (*Cartas de un extranjero*, Bs. Aires, 1924, 15-16) que estaban compuestas en su mayoría por “hijos, sobrinos, primos, concuñados, parientes cercanos o simples camaradas de algún miembro del Poder Ejecutivo, de un miembro de la Corte o de un diputado nacional; de ahí que en sus relaciones con el resto de la población no dirigente gozaran de una libertad y franquicia sin límites”. Lo que importa también señalar, porque interesa para conocer la historia del término, es un hecho muy sabido en la tradición de Buenos Aires: que tales grupos de clase alta frecuentaban de noche los suburbios y barrios de extramuros porteños en que se incubó el lunfardo, la jerga del bajo fondo. “La juventud dorada —dice el mencionado Casadevall— practicaba en el centro de la ciudad las enseñanzas del suburbio al cual visitaba, como hemos visto, para recibir lecciones de tango y bizzarría”.

Este origen socialmente mixto de costumbres y palabras explica las afirmaciones aparentemente contradictorias del periodismo de la época: “No nos cansaremos de recordar a la policía, aun cuando esta hace oídos de mercader, que tiene el ineludible deber de impedir que en los barrios suburbanos se sitúen en las esquinas *patotas* de malevos. . .” (*La Prensa*, 6-3-1907); “La *patota* triunfa en toda la línea. Sus puños de bravos en cuadrilla, sin bravura personal, continúan tropezando día tras día y noche tras noche con los cuerpos

de ciudadanos tranquilos e indefensos, quienes después de ser brutalmente estropeados por los *mocitos bien* son conducidos a las comisarías" (*La Razón*, 1-5-1907).

No es propósito de este informe, como se ha dicho, trazar la historia de estos grupos, que hoy se han identificado con los de jóvenes rebeldes y agresivos, de diversa extracción social, que con distintos nombres existen en todas las ciudades del mundo.

En cuanto a la etimología del término *patota*, lo más común ha sido suponer que proviene del portugués del Brasil; así Américo Castro (*La peculiaridad lingüística rioplatense*, 2ª ed., Madrid, 1961, 122), A. Capdevila (*Consultorio gramatical de urgencia*, Bs. Aires, 1967, 96-97) y otros. Esta hipótesis aparece robustecida por el hecho de que el portugués *batota* 'trapaça ao jôgo. Jôgo de azar. Casa de jôgo. Lôgro, burla' (C. de Figueiredo, *Novo dic. da língua port.*, ed. 1925, I, 266) se usa en el Brasil con la forma *patota* (A. Buarque, *Pequeno dic. brasileiro da língua port.*, Rio de Janeiro, ed. 1960, s. v.). Lo mismo *batoteiro* y *patoteiro*. Es más: a los valores señalados, L. Freyre (*Grande e novís. dic. da língua port.*, Rio de Janeiro, 1954, vol. IV, 3855) agrega otro muy próximo al sentido argentino: "Turma de agentes", entendiendo por turma 'porção de bandos'.

A pesar de ello, y sin que pueda excluirse del todo esta hipótesis que parece tan atrayente, pues es notorio que el lunfardo argentino incorporó considerable cantidad de brasileñismos, es importante señalar, como lo hace Corominas, que el término existe también en catalán, con idéntica forma (cf., por ej., Pompeu Fabra, *Diccionari general de la llengua catalana*, 2ª ed., Barcelona, 1954, p. 1279: "Trampa que es

fa arrançant d'amagat les cartes perquè, en jugar, resulti perjudicat l'adversari"). Como se ve, sin embargo, el sentido fundamental del vocablo en portugués y en catalán, salvo la acepción señalada por L. Freyre, no coincide con el que asume en el Río de la Plata. Por el momento se presenta meramente como un hecho aislado, que requeriría mayor estudio, el que la palabra haya sido recogida en Arequipa (Perú) con el sentido de 'conjunto desordenado de personas' (Malaret, *Correcc. al Dicc. de Americ.*, en *Univ. Pontif. Bolivariana*, Medellín, vol. 17, jul.-ag. 1952, s. v.) y en Colombia con el de 'grupo, pandilla de estudiantes, etc.' (J. Tobón Betancourt, *Colombianismos*, 2ª ed., Bogotá, 1953, s. v.), datos que no menciona Corominas. Como además el verbo *patotear* 'andar de un lado a otro, fingiendo trabajar sin hacer realmente nada' ha sido documentado en el dialecto judeo-hispano-marroquí (J. Bendiél en *Bol. R. Acad. Esp.*, t. XIII, Madrid, 1926, 360), parece oportuna la cautela con que afirma Corominas: "Será voz jergal, cuyo origen no puedo precisar" (*Indianoromanica*, en *RFH*, VI, 2, 1944, p. 143).

Los términos *patota* y *patotero* fueron ya recogidos por nuestros más antiguos lexicógrafos (Garzón, *Dicc. arg.*, Barcelona, 1910, 362 *b*, quien en su época consideró conveniente indicar que la palabra tenía difusión solo en la Capital Federal; Segovia, *Dicc. arg.*, Bs. Aires, 1911, 257, con igual restricción a Buenos Aires; Díaz Salazar, *Vocab. arg.*, Buenos Aires-Barcelona, 1911, 48).

Posteriormente los términos *patota* y *patotero* se difundieron por todo el país; se han dado y se dan no sólo en el lenguaje oral, sino también en escritores de Buenos Aires y del interior: "Nos juntamos con otra patota y agarramos pa los

diques" (Florencio Sánchez, *Canillita* (1904), en *Teatro completo*, Bs. Aires, ed. 1952, 220); "¿Pero qué es lo que no he sido yo? Desde enfermero de hospital hasta tanguista en las patotas del centro" (Carlos M. Pacheco, *La ribera* (1909), en *El sainete criollo*, Bs. Aires, 1957, 281. Nótese que Pacheco escribió en 1913 *La patota*, obra teatral a la que describió como "Escenas de la vida porteña"); "Juan Moreira [. . .] fue precursor de patoteros de la peor especie" (R. Güiraldes, *Notas y Apuntes*, en *Obras Completas*, ed. 1962, 731); "Mal educado que anda en pandilla o patota, bochinchea, pega o se envalentona solamente cuando se siente en grupo" (B. González Arrili, *Buenos Aires 1900*, Bs. Aires, ed. 1967, 55; cf. en la misma obra el cap. *El patotero*, p. 146 sgs.); "La hermosa lección que ese bravo cliente acababa de dar a los patoteros que provocaban desorden. . ." (J. Arminini, *Panta Vilca*, Bs. Aires, 1943, 125).

En el lenguaje periodístico el término tiene hoy plena vigencia, y no vale la pena citar ejemplos que se encuentran casi cotidianamente. En la lengua oral, en cambio, y según una encuesta realizada por el Departamento de Investigaciones Filológicas de la Academia, las generaciones más jóvenes usan relativamente poco la palabra *patota*, y da la impresión de que no la sienten como integrada a su vocabulario habitual; en mayor desuso todavía parece estar cayendo entre ellas el término *patotero*.

NOTICIAS

Fallecimientos

El 1º de enero falleció en esta ciudad el señor académico de número don Manuel Peyrou. Había ingresado a la Corporación el 6 de abril de 1972 y ocupaba el sillón "Joaquín V. González" vacante por el fallecimiento del señor académico don Arturo Marasso.

En el acto del sepelio hizo uso de la palabra, en nombre del Cuerpo, el señor académico Jorge Luis Borges.

El 6 de febrero, en receso todavía la Academia, dejó de existir el señor Secretario General de la Institución, académico de número don Alfredo de la Guardia, quien ingresara a la Corporación el 13 de mayo de 1965. Ocupó el sillón "Martín Coronado" en el que lo habían precedido los académicos don Enrique García Velloso y don José León Pagano.

Fue elegido Secretario General de la Corporación el 2 de mayo de 1968 y reelecto el 13 de mayo de 1971, función que ejercía cuando falleció.

En nombre del Cuerpo despidió sus restos el señor Tesorero, académico don Bernardo González Arrili.

En la primera sesión del Cuerpo celebrada el 21 de marzo, el señor Presidente don Leonidas de Vedia recordó a los miembros fallecidos.

Licencia

El señor académico don Manuel Mujica Lainez solicitó licencia hasta el mes de noviembre, con motivo de ausentarse con destino a Europa.

Jurados

Con motivo del fallecimiento del señor académico don Alfredo de la Guardia, la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires solicitó se designase un miembro que lo reemplazara en el Jurado de Teatro correspondiente al año 1972. La designación cayó en el señor Presidente, don Leonidas de Vedia.

La Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires solicitó se designasen cuatro miembros que representen al Cuerpo en los jurados de poesía, imaginación en prosa, ensayo y teatro, para la Producción de 1973. Aceptaron los señores académicos don José Luis Lanuza, don Carlos Mastronardi y don Leonidas de Vedia que lo serán en ensayo, imaginación en prosa y poesía y teatro, respectivamente.

Licencia

El señor académico don Roberto F. Giusti ha solicitado licencia por razones de salud.

Homenaje

El Superior de la Comunidad Salesiana de Don Bosco de Bernal comunicó sobre la realización de un homenaje al Presbítero Rodolfo M. Ragucci, S. D. B. con motivo de cumplirse el primer aniversario de su fallecimiento. El señor académico don Ángel J. Battistessa representará a la Academia y hará uso de la palabra en el homenaje.

Licencia

En la sesión del 9 de mayo el señor académico don Atilio Dell'Oro Maíni, solicitó licencia por dos meses, con motivo de tener que trasladarse a París, para hacerse cargo de sus funciones en la UNESCO.

Memoria y Balance

En la sesión del 9 de mayo el Cuerpo consideró y aprobó por unanimidad la Memoria y el Balance, correspondientes al año de 1973.

Elección de autoridades

El jueves 15 de mayo el Cuerpo se reunió en sesión secreta con el objeto de elegir autoridades, de acuerdo con lo que establece el Reglamento, para el período 1974-1977.

Resultaron electos: Presidente don Ángel J. Battistessa; Vicepresidente don Fermín Estrella Gutiérrez; Secretario General don José Luis Lanuza, y Tesorero don Bernardo González Arrili.

Representación

El señor Secretario General don José Luis Lanuza, como miembro de la Academia Argentina de Letras integró la Comisión Nacional de Homenaje a Leopoldo Lugones, y con ese carácter concurrió al acto central que se realizó en Córdoba el 13 de junio, con motivo de cumplirse ese día el centenario del nacimiento del destacado escritor. Asimismo don Ángel J. Battistessa, como Presidente de la Corporación, fue invitado por la Subsecretaría de Cultura de la Nación. Con el señor Ministro de Cultura y Educación viajó a Villa María del Río Seco, Córdoba, donde participó del acto oficial. Posteriormente invitado por la Embajada Argentina en el Uruguay, concurrió a ese país e intervino en los actos organizados en homenaje a Leopoldo Lugones.

Distinción

Al señor Presidente don Ángel J. Battistessa le fue conferida especial distinción, otorgada por el Papa Paulo VI, con motivo de la traducción anotada de la *Divina Comedia*.

Boletín

El *Boletín* correspondiente al segundo semestre de 1973 apareció el 24 del corriente año; queda por lo tanto al día dicha publicación.

Publicaciones

La Academia ha publicado el libro del señor Secretario General académico, don José Luis Lanuza, titulado *Las brujas de Cervantes*.

Donaciones

Los señores académicos don Fermín Estrella Gutiérrez, Vicepresidente, don Bernardo González Arrili, Tesorero, don Osvaldo Loudet y don Carlos Mastronardi, donaron con destino a la Biblioteca, los siguientes libros: el Sr. Fermín Estrella Gutiérrez: *Anthologie de la nouvelle poésie française; Dorronsoro y María; Albas y Combates; Valle del Cauca; Colombia a su alcance* y el *Boletín de la Academia de Historia del Valle del Cauca*, número 158-160. El Sr. González Arrili: *Hombres de Mayo*, 1960; *Un motivo folklórico en el poema del Cid*, de Lía Noemí Uriarte Rebaudi separata de Filología; *El diario de Cádiz*, de José Antonio Pérez-Rioja, Madrid 1968. También entrega para el Archivo Literario, fotocopia del contrato de la primera edición de la novela *Mecha Iturbe*, de César Duayen, 1906. El Sr. académico don Carlos Mastronardi: *Luz de coplas; Propiedades de la magia; El remanso; Dos pecadores para el diablo; El anillo; Construcción de Alberto Hidalgo; La cuadrilla volante; Antología de Vicente Huidobro; El estado judío y Proyecciones del surrealismo en la literatura argentina*.

PUBLICACIONES RECIBIDAS *

1. Libros y folletos

- AGUIRRE SOTOMAYOR, LUIS ERNESTO. Estirpe. Rosario, Tip. Llordén, 1973. 97 págs.
- ALCÁNTARA, JOSÉ SALVADOR. Clavo en la voz. Monterrey, Sierra Madre, 1960. 42 págs.
- ALFIERO. Dos pecadores para el diablo. Buenos Aires, Perlado, 1954. 235 págs.
- ARRÁS, MARIO. Asido al viento. Monterrey, Sierra Madre, 1966. 45 págs.
- Canciones de viento. Monterrey, Sierra Madre, 1968. 24 págs.
- ASTEY V., LUIS. Algunos aspectos del mal en la poesía de Baudelaire. Monterrey, Sierra Madre, 1967. 23 págs.
- El Ludus de Nativitate de Benediktbeuern. Monterrey, Sierra Madre, 1970. 37 págs.
- Peregrinus. Monterrey, Sierra Madre, 1971. 53 págs.
- AURA, ALEJANDRO. Varios desnudos y dos docenas de naturalezas muertas. Monterrey, Sierra Madre, 1971. 43 págs.
- BELLO, ANDRÉS. Gramática castellana. Nueva York, Appleton, 1963. 160 págs.
- BIALADE, AUGUSTO. El camino es largo. Buenos Aires, Los Vientos, 1972. 341 págs.
- BRENA, TOMÁS G. Exploración estética. Buenos Aires, Impr. Record, 1974. 436 págs.
- CALZADA, JOSÉ JESÚS. Primeros sueños, primeros espejismos. Monterrey, Sierra Madre, 1972. 54 págs.
- CAPOBIANCO, JOSÉ. Los gorriones no cantan. Buenos Aires, N. P. Editora, 1971. 26 págs.

* Se incluyen en esta lista únicamente las obras de literatura y de filología.

- CARBALLIDO, EMILIO. Acapulco los lunes. Monterrey, Sierra Madre, 1969. 64 págs.
- Almanaque de Juárez. Monterrey, Sierra Madre, 1972. 48 págs.
- CASCELLA, ARMANDO. La cuadrilla volante. Buenos Aires, Viau, 1938. 167 págs.
- CASTAGNINI, CARLOS. Cuentos fantásticos y apasionados. Buenos Aires, Huemul, 1970. 118 págs.
- CAVADINI, RUBÉN. Tiempo de asombro. Buenos Aires, Colombo, 1973. 49 págs.
- CERVANTES, JOSÉ RAFAEL. Tiempo de escalpelo. Monterrey, Sierra Madre, 1968. 24 págs.
- CROCCHINI, HÉCTOR. El sendero y los días. Bahía Blanca, Inst. de Humanidades, 1973. 191 págs.
- CLAUDEL, PAUL. Le Chemin de la croix. Monterrey, Sierra Madre, 1969. 28 págs.
- Magnificat. Monterrey, Sierra Madre, 1969. 40 págs.
- COLLADO, GLORIA. Juego de dos. Monterrey, Sierra Madre, 1971. 28 págs.
- COVARRUBIAS, MIGUEL. El poeta. Monterrey, Sierra Madre, 1969. 24 págs.
- CROSS, ELSA. Peach Melba. Monterrey, Sierra Madre, 1970. 24 págs.
- CVITANOVIC, DINKO. El sueño y su representación en el barroco español. Bahía Blanca, Cuadernos del Sur, 1969. 211 págs.
- Nadea. Buenos Aires, Samet, 1929. 144 págs.
- DOMANGE, LOUIS. El perfume de la mujer y el dandismo en la poesía de Baudelaire. Monterrey, Sierra Madre, 1967. 23 págs.
- DURÁN, LUIS HORACIO. Segundo camino. Monterrey, Sierra Madre, 1969. 46 págs.
- EL ESPAÑOL Y EL INGLÉS EN PUERTO RICO. Puerto Rico, Academia Puertorriqueña de la Lengua, 1973. 30 págs.
- ESTUDIOS DE CRÍTICA LITERARIA. La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1973. 209 págs.
- FERNÁNDEZ DE PIEDRAHITA, LUCAS. Noticia historial de las conquistas del Nuevo Reino de Granada. Bogotá, Kelly, 1973. 2 t.
- FRIEDERICH, WERNER P., Historia de la literatura alemana. Buenos Aires, Sudamericana, 1973. 313 págs.
- GARCÍA GIL CASTILLO, AGUSTÍN. Cabeza de palma. Monterrey, Sierra Madre, 1970. 23 págs.
- GIUFFRÀ, CARLOS A. El aparecido. Buenos Aires, Botella al Mar, 1971. 64 págs.

- La niña triste. Buenos Aires, Botella al Mar, 1972. 53 págs.
- GÓMEZ HOYOS, RAFAEL. Hombres, libros e ideas. Bogotá, Kelly, 1973. 508 págs.
- GONZÁLEZ ARRILI, BERNARDO. El magistrado Vidaurre y su "Plan del Perú". Barcelona, Araluce, 1928. 62 págs.
- GONZÁLEZ SALAS, CARLOS. Acercamiento a la poesía de Manuel Ponce. Monterrey, Sierra Madre, 1969. 24 págs.
- GUAJARDO, CARLOS I. Los cocodrilos están dormidos. Monterrey, Sierra Madre, 1962. 499 págs.
- GUEDES, LIRIA. Cronología de un silencio. Buenos Aires, Drusa, 1973. 34 págs.
- GUIJARRO, JUAN. Luz de coplas. Buenos Aires, Tall. Gráf. Matera, 1951. 108 págs.
- GURFEIN DE ROTZAIT, EUGENIA. Los días que nos pisan. Buenos Aires, Siglo, 1972. 46 págs.
- HEBBEL, F. MARÍA MAGDALENA. Buenos Aires, Centro Ed. de América Latina, 1968. 214 págs.
- HIDALGO, ÁNGEL. El P. Federico Faura S. J. y el observatorio de Manila. Manila, Observatorio de Manila, 1974. 72 págs.
- El P. José Algué S. J. científico, inventor y pacifista (1856-1930). Manila, Observatorio de Manila, 1974. 96 págs.
- El P. Miguel Selga, S. J. científico e historiador (1879-1956). s.l. Observatorio de Manila, 1974. 83 págs.
- HORST, KARL A. Caracteres y tendencias de la literatura alemana en el siglo xx. München, Wolf & Sohn, 1964. 159 págs.
- HUERTA, ANDRÉS. Elegía a la vida de Pedro Garfias. Monterrey, Sierra Madre, 1970. 32 págs.
- HUIDOBRO. Antología. Santiago de Chile, Zig-Zag, 1945.
- KHAIAME, OMAR. Las Rubiatas. s.l., Ed. Nac. Braille, s. a.
- LAWSON MUENCH, VERA. Echoes. Monterrey, Sierra Madre, 1961. 67 págs.
- LENIERO, VICENTE. Pueblo rechazado. Monterrey, Sierra Madre, 1969. 44 págs.
- LEÓN FELIPE INTERPRETER OF THE "SONG OF MYSELF" BY WALT WHITMAN. Monterrey, Sierra Madre, 1967. 25 págs.
- MACÍAS, ELVA. El paso del que viene. Monterrey, Sierra Madre, 1969. 20 págs.
- MAESE GREGORIO. La quinta pata del gato. Buenos Aires, Ed. L. H., 1971. 45 págs.
- MARECHAL, LEOPOLDO. Primer apólogo chino. Monterrey, Sierra Madre, 1972. 8 págs.

- MBULAMOKO, N. Verbe et personne. Tübingen, Fotodruck Prazis, 1973. 298 págs.
- MEDINA ROMERO, JESÚS. Lectura de Ramón López Velarde. Monterrey, Sierra Madre, 1972. 28 págs.
- MILLARES CARLO, AGUSTÍN. Don Andrés Bello. México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1970. 222 págs.
- MUÑOZ COTA, JOSÉ. Construcción de Alberto Hidalgo. Asunción del Paraguay, Firmamento, 1947. 71 págs.
- NÚÑEZ, ROBERTO F. Espíritu en las formas. La Plata, Ministerio de Educación, 1972. 78 págs.
- ORTIZ GIL, CARLOS. La Eva original. Monterrey, Sierra Madre, 1971. 47 págs.
- OVEJERO, DANIEL. El terruño. Salta, Fundación Michel Torino, 1973. 258 págs.
- La fontana del Santo. Salta, Ed. Fundación Michel Torino, 1973. 215 págs.
- Huaira Puca (el viento rojo). Salta, Ed. Fundación Michel Torino, 1973. 194 págs.
- El ruego de Lázaro y otros cuentos. Sobre el arte de envejecer. Salta, Fundación Michel Torino, 1973. 171 págs.
- OXLEY, DIEGO R. El remanso. Buenos Aires, Doble P., 1956. 172 págs.
- PARRA, JUAN DARÍO. En los altos ventanales. Maracaibo, Universidad de Zulia, 1973. 118 págs.
- PEDRO GARFIAS (1901-1967); antología homenaje. Monterrey, Sierra Madre, 1972. 45 págs.
- PEREGRINA, SERGIO. Cascantla, Monterrey, Sierra Madre, 1972. 19 págs.
- PHILLIPS, ALLEN W., La prosa artística de Efrén Rebolledo. Austin, Imp. de la Universidad de Texas, 1972. 60 págs.
- PINELO, ANTONIO LEÓN. Epítome de la bibliotheca. Madrid, Gráficas Jacques, 1973. 3 ts.
- POEMA DE LA CREACIÓN ENUMA ELISH. Monterrey, Sierra Madre, 1961. 70 págs.
- POESÍA EN EL MUNDO. 16. Los sonetos de Shakespeare. Monterrey, Sierra Madre, 1959. págs. 357 a 373.
- POESÍA EN EL MUNDO. 17. De la lírica popular tradicional mexicana: José Vasconcelos. Monterrey, Sierra Madre, 1959. págs. 381 a 397.
- POESÍA EN EL MUNDO. 27. De la poesía mexicana contemporánea: Francisco Alday. Monterrey, Sierra Madre, 1960. págs. 622 a 636.
- POESÍA EN EL MUNDO. 29. The waste land: T. S. Eliot. Monterrey, Sierra Madre, 1961. 20 págs.

- POESÍA EN EL MUNDO. 33. Asombro ante el mundo en Fray Luis de Granada. Monterrey, Sierra Madre, 1961. 20 págs.
- POESÍA EN EL MUNDO. 35 De la poesía italiana: Leopardi. Monterrey, Sierra Madre, 1962. 19 págs.
- POESÍA EN EL MUNDO. 36. De la poesía moderna francesa: Colette. Monterrey, Sierra Madre, 1962. 23 págs.
- POESÍA EN EL MUNDO. 37. Del teatro mexicano en el siglo XVI: González de Eslava. Monterrey, Sierra Madre, 1962. 21 págs.
- POESÍA EN EL MUNDO. 38. De la poesía francesa contemporánea: Apollinaire. Monterrey. Sierra Madre, 1962. 25 págs.
- POESÍA EN EL MUNDO. 39 De la poesía modernista venezolana: Pérez Honalde. Monterrey, Sierra Madre, 1962. 23 págs.
- POESÍA ITALIANA. Monterrey, Sierra Madre, 1967, 2 t.
- RANGEL DOMENE, ERNESTO. El suplicio del agua. Monterrey, Sierra Madre, 1962. 42 págs.
- RETES, IGNACIO. Viento sur. Monterrey, Sierra Madre, 1968. 24 págs.
- REYES, ALFONSO. Dos escritos sobre Paul Valéry. Monterrey, Sierra Madre, 1971. 16 págs.
- RÍO, MARCELA DEL. Cuentos arcaicos para el año 3000. Monterrey, Sierra Madre, 1972. 43 págs.
- ROBINA, RICARDO DE. Arroyo Subín (Las maneras de ver). Monterrey, Sierra Madre, 1968. 24 págs.
- ROJAS GACIDUEÑAS, MANUEL. La gran amiba. Monterrey, Sierra Madre, 1961. 39 págs.
- RUBIO, ALFONSO. Roce de ala. Monterrey, Sierra Madre, 1967. 24 págs.
- SHREEVE, LYMAN S. El gaucho. Monterrey, Sierra Madre, 1964. 109 págs.
- SOLA, GRACIELA DE. Proyecciones del surrealismo en la literatura argentina. Buenos Aires, Eds. Culturales Argentinas, 1967. 253 págs.
- SPINETTA RIVAS, ALICIA. Quisiera ser noche. s. l., se., sa. 74 págs.
- SPOTA, LUIS. ¿Qué pasa con la novela en México? Monterrey, Sierra Madre, 1972. 16 págs.
- STEINBERG, SIMÓN. Eternidad y fugacidad de la vida; baladas de vida y de muerte. Rosario, Llordén, 1973. 92 págs.
— Meditaciones. Rosario, Llordén, 1972. 94 págs.
- URQUIZA, JUAN JOSÉ DE, Testimonios de la vida teatral argentina. Buenos Aires, Ministerio de Cultura y Educación, 1973. 265 págs.
- VALÉRY, PAUL. Eupalinos ou l'architecte. Monterrey, Sierra Madre, 1970. 95 págs.

- VOCOS LESCANO, JORGE. Los aires y el destello. Buenos Aires, Mercatali, 1958. 92 págs.
- Como si el mundo fuera natural. Buenos Aires, Mercatali, 1971. 94 págs.
 - Con la figura el temblor. Buenos Aires, Mercatali, 1973. 94 págs.
 - El alma hasta la superficie. Buenos Aires, Mercatali, 1957. 88 págs.
 - El tiempo más hermoso. Buenos Aires, Losada, 1973. 118 págs.
 - Día tras día. Buenos Aires, Mercatali, 1957. 84 págs.
 - Queriendo y en la vida. Buenos Aires, Mercatali, 1972. 77 págs.
 - Sonetos anteriores. Buenos Aires, Mercatali, 1958. 78 págs.
 - Y Dios dirá después. Buenos Aires, Sur, 1962. 79 págs.
- ZAID, GABRIEL. La poesía, fundamento de la ciudad. Monterrey, Sierra Madre, 1963. 49 págs.

2. Revistas

ALEMANIA

- BAYERISCHE AKADEMIE DER WISSENSCHAFTEN, Tübingen, 1973.
- EDUCACIÓN, Tübingen, 8, 1973.
- HUMBOLDT, Munich, n° 52, 1973.
- UNIVERSITAS, Stuttgart, v. 11, n° 2, 3, 1973-1974.
- ZEITSCHRIFT FÜR ETHNOLOGIE, Braunschweig, band 97, n° 1, 2, 1972.
- ZEITSCHRIFT FÜR VOLKSKUNDE, Stuttgart, n° 1, 2, 1972; n° 1, 2, 1973.

ARGENTINA

- ANALES DE LA ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES, Buenos Aires, t. 6, 1972.
- ANUARIO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE BELLAS ARTES, Buenos Aires, n° 1, 1973.
- APROXIMACIÓN CRÍTICA, La Plata, cuad. 1, 1973.
- ARCHIVOS DE HISTORIA DE LA MEDICINA ARGENTINA, Buenos Aires, año 3, n° 6-7, 7-8, 1973.

- BOLETÍN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS DE CÓRDOBA, Córdoba, t. 50, entr. 1-4, 1973.
- BOLETÍN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA, Buenos Aires, v. 51, 1º y 2º semestre 1973.
- BOLETÍN INFORMATIVO, Ministerio de Relac. Exteriores, Buenos Aires, n° 7, 8, 9, 10, 1973.
- CENTRO DE DOCUMENTACIÓN INTERNACIONAL, Buenos Aires, n° 3, 1973.
- CRITERIO, Buenos Aires, n° 1683, 1684, 1685, 1686, 1687, 1688, 1689, 1690, 1691, 1692, 1693, 1973-1974.
- CUADERNOS DE LA BIBLIOTECA, Mendoza, n° 5, 1973.
- REVISTA DEL CÍRCULO MILITAR, Buenos Aires, n° 696, 1973.
- REVISTA DEL INSTITUTO HISTÓRICO MUNICIPAL DE SAN ISIDRO, San Isidro, n° 1, 1973.
- SAPIENTIA, Buenos Aires, año 29, n° 111, 1974.
- STROMATA, San Miguel, año 29, n° 3, 1973.
- UNIVERSITAS, Buenos Aires, año 8, n° 32, 1974.

BÉLGICA

- COURRIER DU CENTRE INTERNATIONAL D'ÉTUDES POÉTIQUES, Bruselas, n° 95, 96, 97, 98, 1973; n° 99, 1974.

BRASIL

- REVISTA DE LETRAS, Assis, v. 15, 1973.
- SYMPOSIUM, Recife, v. 15, n° 2, 1973.

COLOMBIA

- BOLETÍN CULTURAL Y BIBLIOGRÁFICO, Bogotá, v. 14, n° 3, 1973.
- BOLETÍN DE LA ACADEMIA COLOMBIANA, Bogotá, t. 23, n° 98, 1973; t. 24, n° 99, 100, 1973.
- IDEAS Y VALORES, Bogotá, n° 30-31, 1968; n° 32-34, 1969.
- NOTICIAS CULTURALES, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, n° 150, 151, 152, 153, 154, 155, 1973.
- REPERTORIO HISTÓRICO, Medellín, v. 28, n° 221, 222, 1973.

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE COLOMBIA, Bogotá, t. 23, n° 98, 1973.
UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA, Medellín, v. 48, n° 184, 1972; n° 185,
186, 1973.

COSTA RICA

REPERTORIO, San José, n° 19, 1973.
REVISTA DE POESÍA CENTROAMERICANA, San José, set.-oct. 1973.

CUBA

REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL "JOSÉ MARTÍ", La Habana, v. 14,
n° 3, 1972.

CHECOSLOVAQUIA

PHILOGICA, Bratislava, v. 21, 1969; v. 22, 1970.
PHILOGICA PRAGENSIA, Praga, v. 16, n° 3, 1973.

CHILE

BOLETÍN DE LA ACADEMIA CHILENA, Santiago de Chile, n° 62, 1973.

CHINA

ASIAN OUTLOOK, Taipei, v. 8, n° 7, 8, 9, 10, 1973.
CHINESE LITERATURE, Peking, n° 1, 1974.
JOURNAL OF CONFUCIUS AND MENCIUS SOCIETY, Taipei, abr. 1973.
JOURNAL OF TAIPEI MUNICIPAL TEACHERS COLLEGE, Taipei, v. 2, 3,
1972-1973.

DINAMARCA

DANIA POLYGLOTTA, Copenhagen, 1972.

ECUADOR

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA, Cuenca, t. 29, n° 1-2, 1973.
BOLETÍN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, Quito, v. 56,
n° 121, 1973.

ESPAÑA

BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, Madrid, t. 53, cuad. 199,
200, 1973.
CARTULARIO DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA, Salamanca, t. 2, 1973.
CUADERNOS DE LA CÁTEDRA MIGUEL DE UNAMUNO, Madrid, n° 22, 23,
1972-1973.
CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, Madrid, n° 279, 280-282, 1973;
n° 283, 284, 1974.
ESCRITOS DEL VEDAT, Valencia, v. 3, 1973.
ESPAÑOL ACTUAL, Ofines, Madrid, n° 25, 1973.
ESPÍRITU, Barcelona, año 22, n° 68, 1973.
HELMÁNTICA, Salamanca, año 25, n° 76, 1974.
ÍNDICE CULTURAL ESPAÑOL, Madrid, n° 288, 1973.
PAPELES DE SON ARMADANS, Madrid-Palma de Mallorca, año 18, n° 211,
212, 1973; año 19, n° 213, 1973; año 19, n° 214, 215, 1974.
REVISTA DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA, Madrid, t. 55, cuad. 2, 1972; cuad.
3-4, 1973.
SUMARIO ACTUAL DE REVISTAS, Madrid, n° 1-2, 1973.

ESTADOS UNIDOS

COMPARATIVE LITERATURE, Eugene, Oregón, v. 25, n° 4, 1973.
ETC, A REVIEW OF GENERAL SEMANTICS, San Francisco, v. 30, n° 4,
1973.
HISPANIA, Wichita, v. 56, 1973.
HISPANIC REVIEW, Pennsylvania, v. 41, n° 4, 1973; v. 42, n° 1, 1974.
MANUSCRIPTA, Saint Louis, v. 17, n° 3, 1973.
NEW MEXICO HISTORICAL REVIEW, Albuquerque, v. 48, n° 4, 1973.
PHILOLOGICAL QUARTERLY, Iowa, v. 52, n° 2, 1973.
PROCEEDINGS OF THE UTAH ACADEMY OF SCIENCES, Utah, v. 49, 1972.
REVISTA DE ESTUDIOS HISPÁNICOS, Alabama, t. 7, n° 3, 1973.

REVISTA IBEROAMERICANA, Pittsburgh, v. 39, n° 84-85, 1973.
ROMANCE PHILOLOGY, Berkeley, v. 27, n° 2, 1973.

FILIPINAS

BOLETÍN DE LA ACADEMIA FILIPINA, Manila, v. 2, n° 7, 1972.

FRANCIA

BOLETÍN DE LA UNESCO PARA LAS BIBLIOTECAS, París, v. 27, n° 4, 5, 6,
1973.

CAHIERS DU MONDE HISPANIQUE; Caravelle, Toulouse, n° 20, 1973.

GUATEMALA

UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS, Guatemala, n° 73-78, 1968-1969; segunda
época, n° 1, 170; n° 2, 1971; n° 3, 1972.

HUNGRÍA

ACTA LINGÜÍSTICA, Budapest, t. 23, fasc. 1-2, 1973.

A MAGYAR TUDOMÁNYOS AKADÉMIA, Budapest, n° 69, 1973.

INGLATERRA

PROCEEDINGS OF THE LEEDS PHILOSOPHICAL AND LITERARY SOCIETY,
Londres, v. 3, 1973.

THE BODLEIAN LIBRARY RECORD, Oxford, v. 9, n° 1, 1973.

ISRAEL

LESONÉNU, Jerusalem, v. 37, n° 2-3, 4, 1973.

SCRIPTA HIEROSOLYMITANA, Jerusalem, v. 25, 1973.

MÉXICO

AMÉRICA INDÍGENA, México, v. 33, n° 2, 3, 4, 1973.

ANUARIO INDIGENISTA, México, v. 33, 1973.

COMUNIDAD, México, v. 8, n° 43, 44, 45, 46, 1973.

NUEVA REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA, México, t. 21, n° 2, 1972.

REVISTA DE FOMENTO CULTURAL, México, mayo 1973.

PANAMÁ

BOLETÍN DE LA ACADEMIA PANAMEÑA DE LA LENGUA, Panamá, 4ª época, n° 1, 1973.

PERÚ

BOLETÍN DE LA ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA, Lima, n° 8, 1973.

POLONIA

POLONIA, Koszykowa, n° 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 1973; n° 1, 2, 3, 1974.

PORTUGAL

ANUARIO DA ACADEMIA DAS CIENCIAS DE LISBOA, Lisboa, 1973.

BOLETIM DA ACADEMIA DAS CIENCIAS DE LISBOA, Lisboa, v. 44, fasc. 1, 2, 3, 1972.

COLÓQUIO, Letras, Lisboa, n° 15, 16, 1973; n° 17, 1974.

MEMÓRIAS DA ACADEMIA DAS CIENCIAS DE LISBOA, Lisboa, t. 15, 1972.

PUERTO RICO

BOLETÍN DE LA ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA DE LA LENGUA ESPAÑOLA,
S. J. de Puerto Rico, t. 1, n° 1, 1973.

CEIBA, S. J. de Puerto Rico, Ponce, año 1, n° 2, 1973.

EDUCACIÓN, S. J. de Puerto Rico, n° 35, 1971.

HORIZONTES, S. J. de Puerto Rico, año 15, n° 29, 1971.

RÍO PIEDRAS, S. J. de Puerto Rico, n° 2, 1973.

SIN NOMBRE, S. J. de Puerto Rico, v. 3, n° 4, 1972; v. 4, n° 1, 2, 1973.

REPÚBLICA DOMINICANA

BOLETÍN DE LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA LENGUA, Santo Domingo, n° 16-17, 1972.

RUMANIA

ATLASUL LINGVISTIC ROMAN, Bucarest, v. 3, 4, 1973.

CAHIERS DE LINGUISTIQUE, Bucarest, v. 10, fasc. 2, 1973.

PHILOGICA, Bucarest, n° 2, 1972.

REVISTA DE ETNOGRAFIE SI FOLCLOR, Bucarest, t. 18, n° 3, 4-5, 6, 1973;
t. 19, n° 1, 2, 1974.

REVUE ROUMAINE DE LINGUISTIQUE, Bucarest, t. 18, n° 3, 4, 5, 6,
1973; t. 19, n° 1, 1974.

SIRIA

REVUE DE L'ACADÉMIE ARABE DE DAMAS, Damasco, v. 48, n° 3, 4,
1973.

SUECIA

SCRIPTA MINORA, Lund, 1972-1973.

VENEZUELA

ÁRBOL DE FUEGO, Caracas, año 4, n° 44, 45, 1971; año 2, n° 46, 47,
1972.

BOLETÍN DE LA ACADEMIA VENEZOLANA DE LA LENGUA, Caracas, año
39, n° 127-128, 1971.

POESÍA DE VENEZUELA, Caracas, n° 62, 63, 64, 1973; n° 65-66, 1973.

REVISTA DE LITERATURA HISPANOAMERICANA, Maracaibo, n° 4, 1973.

REVISTA VENEZOLANA DE FILOSOFÍA, Caracas, n° 1, 1973.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL 11 DE OCTUBRE DE 1974 EN LA IMPRENTA CONI S. A. C. I. P. I.
CALLE PERÚ 684, BUENOS AIRES

C O N J

BUENOS AIRES